

24

IOA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

Teléfono: (06) 920321 - Fax (06) 920461

Casilla Postal 10-02-1478

OTAVALO – ECUADOR

SARANCE

*-REVISTA DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA-
CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES*

Nº 24

Octubre de 1997

© Instituto Otavaleño de Antropología 1997

REVISTA SARANCE

JOSE ECHEVERRIA ALMEIDA
DIRECTOR

COMITE EDITORIAL

MARCO ANDRADE ECHEVERRIA
MARIO CONEJO MALDONADO
PATRICIO GUERRA GUERRA
MARCELO VALDOSPINOS RUBIO

COMITE ASESOR

CARLOS COBA ANDRADE
JOSE ECHEVERRIA ALMEIDA
HERNAN JARAMILLO CISNEROS

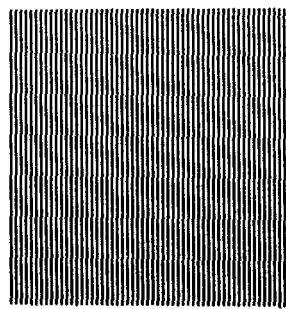
CARATULA E ILUSTRACIONES

JORGE VILLARRUEL NEGRETE

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

MARCELO VALDOSPINOS RUBIO
PRESIDENTE

EDWIN NARVAEZ RIVADENEIRA
DIRECTOR GENERAL



Contenido

Pág

Presentación	<i>José Echeverría Almeida</i>	9
El verdadero significado de El Dorado	<i>Betty J. Meggers</i>	13
El hombre y sus relaciones adaptativas en Bosques Pluviales: Uso del Páramo andino y la selva amazónica DIVA - ECUADOR	<i>Pablo Morales Males</i>	23
La problemática de la alteridad en la arqueología ecuatoriana	<i>José Echeverría Almeida</i>	49
Introducción a la prehistoria de la cuenca del Plata Oriental	<i>Jorge Amílcar Rodríguez</i>	71
Implicaciones de las ofrendas en un cementerio Jambelí, en la Costa del Ecuador	<i>Paulina Ledergerber-Crespo</i>	99
Implicaciones del medio ambiente del Pleistoceno Tardío y Holoceno temprano para la ubicación de ocupaciones humanas precerámicas en la Sierra Central del Ecuador	<i>A. Jorge Arellano</i>	119
La cerámica formativa del sitio El Tingo (BA-1) Provincia Bolívar, Ecuador	<i>A. Jorge Arellano</i>	135

Las investigaciones arqueológicas
en el área septentrional andina norte:

Antecedentes y Propuestas

Cristina Muñoz 149

Etnicidad y adaptación. El periodo
tardío de la ocupación Cara en la

Sierra Norte del Ecuador

J. Stephen Athens 161

Los artículos que publica esta revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores
y no traducen necesariamente el pensamiento de la entidad.
Se solicita canje con publicaciones similares.

Dirección: Casilla Postal 10-02-1478
Otavalo - Ecuador

PRESENTACION

El estudio del pasado tiene sentido, si las experiencias de las generaciones anteriores iluminan el presente y el futuro. No se puede pensar el futuro en divorcio con el pasado y el presente; tampoco podemos dar sentido al presente sin mirar el pasado y avisorar el futuro. Especialmente hoy, que necesitamos un reencuentro del ser humano con la naturaleza se hace urgente una revalorización de la sabiduría ancestral que nos devuelva la conciencia de que aún necesitamos de este planeta y que el planeta no necesita de nosotros, como señala Betty Meggers en el artículo “El verdadero significado de El Dorado”. Durante cinco siglos, los americanos hemos seguido adherentes al mito de El Dorado, porque soñar es más fácil que enfrentar la realidad. Hoy, es tiempo de despertar y construir El Dorado con la sabiduría de nuestros mayores.

Precisamente, Pablo Morales, en el artículo “El hombre y sus relaciones adaptativas en Bosques Pluviales: Uso del páramo andino y la selva Amazónica–DIVA–ECUADOR” nos llama a una reflexión para que los occidentalizados participemos de las experiencias del nativo andino-amazónico para racionalizar el uso de los recursos naturales. El diálogo intercultural y el respeto por el “otro” deben orientar el uso de los recursos no renovables.

Continuando con las reflexiones anteriores, el trabajo “La problemática de la alteridad en la arqueología ecuatoriana” permite

observar nuestra actitud frente al “otro” colonial y prehispánico. ¿Qué es para nosotros el pasado? ¿Qué importancia les damos a los antepasados? ¿Qué actitud ha tomado el Estado frente al patrimonio cultural de la nación?

“Introducción a la prehistoria de la cuenca del Plata Oriental” de Jorge Rodríguez, nos permite enriquecer nuestra visión del paleoclima sudamericano con las experiencias de Uruguay y sus más antiguos asentamientos.

Paulina Ledergerber-Crespo escribe “Implicaciones de las ofrendas en un cementerio Jambelí, en la costa del Ecuador”, un informe preliminar resultado del análisis interdisciplinario de los artefactos asociados con enterramientos humanos excavados por Douglas Ubelaker en San Lorenzo del Mate, provincia del Guayas, en 1974. Este artículo complementa uno similar publicado por la autora en 1992.

La Sierra Central, un poco olvidada por los arqueólogos, se ve enriquecida con el aporte de Jorge Arellano: “Implicaciones del Medio ambiente del Pleistoceno Tardío y Holoceno Temprano, para la ubicación de ocupaciones humanas precerámicas en la Sierra Central del Ecuador”; un estudio básico para poder inferir sobre la más antigua ocupación de estas tierras por parte del ser humano, pues se pensaba que en esos períodos todo estaba cubierto de hielo y era inhabitable por la actividad volcánica. El trabajo de campo se realizó entre 1989 y 1992.

El segundo trabajo de Arellano “La cerámica formativa del sitio El Tingo (BA-1), provincia de Bolívar, Ecuador”, presenta el análisis del material cerámico como prueba del carácter temprano de este asentamiento que lo correlaciona con los elementos culturales formativos conocidos para la sierra central y sur del Ecuador. Lo sobresaliente de este asentamiento es su ubicación geográfica, a

3000 msnm, en la orilla occidental del río Chimbo, un sitio importante de interacción costa-sierra.

La Sierra Norte del Ecuador, tiene nuevos aportes. Cristina Muñoz escribe “Las investigaciones arqueológicas en el Area Septentrional Andina Norte: Antecedentes y Propuestas”. Hay un estado de la cuestión y la sugerencia de continuar con las investigaciones arqueológicas con un carácter multi e interdisciplinario y seleccionando subáreas geográficas específicas, como las cejas de montaña, que podrían proporcionar información importantísima sobre la relación tierras altas-tierras bajas.

Un trabajo clásico constituye el aporte de John Stephen Athens “Etnicidad y adaptación. El Período Tardío de la Ocupación Cara en la Sierra Norte del Ecuador”. El objetivo de este estudio es presentar argumentos sobre la importancia de la etnicidad como una estrategia de adaptación para el Período Tardío de la Cultura Cara en la Sierra Norte del Ecuador. Las reflexiones sobre la importancia del comercio e intercambio regional durante el Período Tardío, considerado a partir de las evidencias materiales, señalan que existió un intercambio mínimo y que la Cultura Cara fue una sociedad relativamente cerrada, respondiendo poco o nada a los estímulos fuereños para su desarrollo o funcionamiento, pese a la proximidad geográfica de otros grupos sociales.

César Toapanta nos ofrece un informe preliminar, resultado de un trabajo de arqueología de salvamento realizado para INECEL (Instituto Ecuatoriano de Electrificación), por la construcción de la represa del río Apaquí, en la margen norte del río Chota, cantón Bolívar, provincia del Carchi. Los datos expuestos sobre los antiguos asentamientos detectados en esta área servirán para entender un poco más la interacción existente entre los diversos asentamientos ubicados en el valle del Chota-Mira y lugares cercanos.

José Echeverría Almeida

*Betty J. Meggers**

**EL VERDADERO
SIGNIFICADO DE
EL DORADO****

* Research Associate, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

** Disertación presentada en el Simposio "Raíces del Pasado" por el Quinto Centenario, Septiembre 23, 1988, Smithsonian Institution.

El año 1992 marcó el quinto centenario del descubrimiento por parte de los europeos de un vasto territorio más allá del horizonte occidental, el cual desde su perspectiva constituyó un "Nuevo Mundo". Siendo así, sus tierras y recursos no tenían dueños, sus dirigentes no tenían legitimidad y sus habitantes no tenían derechos. Con la ventaja de prácticas y valores más agresivos en lo tecnológico, social, político, económico y religioso, ellos precipitaron una confrontación brutal de escala sin igual entre formas de vida ajenos que sigue trastornando la armonía del hemisferio.

Antes de 1492, los habitantes de lo que se convirtió en el “Viejo Mundo” han permanecido interconectadas después de que emergió y se esparció nuestra especie desde África hacia el norte. Durante los milenios siguientes, invenciones y descubrimientos se difundieron a través de fronteras lingüísticas, étnicas y culturales, proveyendo una fundación común entre las comunidades de África, Europa y Asia, aunque muchos se ignoraban uno al otro. Después de la adopción de la agricultura y el surgimiento de estados e imperios en el Cercano y Lejano Oriente hace unos seis milenios, los intercambios locales y redes de comercio informales fueron obscurecidos por correrías y guerras para obtener territorios y mercancías. En el Occidente, los egipcios y los árabes enviaron expediciones militares y comerciales al África tropical y los romanos se expandieron hacia el norte de Europa. En el lado opuesto del continente euroasiático, los barcos mercantes chinos llegaron a la India y la influencia India se extendió a través de la península

malaya dentro de Indonesia. Las esferas culturales oriental y occidental fueron informalmente unidas mucho antes de que Marco Polo viajara a China y regresara a Europa con informes de sus maravillas. Irónicamente, el deseo para facilitar e intensificar el comercio fue lo que permitió el “descubrimiento de América”.

Este descubrimiento juntó a poblaciones que habían permanecido separadas durante 20 milenios o más, cuando los primeros inmigrantes del noreste de Asia cruzaron el estrecho de Bering. Por cerca de 13.000 años, sus descendientes se habían esparcido por todo el hemisferio. Con el paso del tiempo, el desarrollo cultural siguió un curso similar al del Viejo Mundo. Se domesticaron las plantas, emergieron los estados e imperios y se cristalizaron dos centros mayores, uno en Mesoamérica y el otro en los Andes Centrales. Ellos también intercambiaron inventos y descubrimientos, aunque los mecanismos pudieron haber sido menos

formales que en el Viejo Mundo.

Antes de 1492, las Américas estuvieron casi completamente aisladas de Eurasia. Los vikingos colonizaron El Labrador unos pocos siglos antes, pero su impacto en las poblaciones indígenas fue efímero. Mesoamérica y el norte de Sudamérica recibieron visitantes transpacíficos intermitentes, los cuales aparentemente introdujeron inventos, rituales, arte, arquitectura y otros elementos exóticos, pero fueron demasiado pocos para dominar los sistemas políticos indígenas y demasiado tiempo en viaje para transmitir enfermedades contagiosas.

Por el siglo XV, Europa y América habían desarrollado ideologías distintas e incompatibles. Mientras los americanos se consideraron como parte de su medio ambiente; los europeos se consideraron como su dueño. El contraste fue aparente desde el inicio del contacto y colocó el escenario para el desastre. En una carta con fecha

de 15 de febrero de 1493, Colón informó que los habitantes de Hispaniola y Cuba fueron “tan generosos con lo que ellos poseían que nadie que no lo haya visto podría creerlo. Ellos regalan todo lo que pueden tener, nunca rechazan nada que se les haya pedido” (Smith 1962). Los europeos respondieron apropiándose de la tierra, esclavizando a la gente y forzando la adopción de la cristiandad.

Algunos de los invasores quedaron impresionados con lo que vieron, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, quien escribió sobre la gran ciudad azteca de Tenochtitlán que “aquellos quienes habían estado en Roma y Constantinopla dijeron, que por conveniencia, regularidad y población, ellos nunca habían visto igual (1927:178). Los españoles lo demolieron en unos pocos años. Los Incas construyeron paredes de piedra que fueron más finas de cualquier existente en Roma y tejieron textiles con hilos más delicados de los que pudieron fabricar en Europa. Las amenidades disfrutadas por la clase baja impresio-

naron a los conquistadores, quienes provenían principalmente de una clase social similar y el sistema social incaica sirvió de modelo para la “utopía” de Thomas Moro. Todo lo demás fue oscurecido por el oro; lo que estaba disponible en cantidades fuera de los sueños más extravagantes de los invasores. Para conseguirlo, ellos engañaron, mintieron, saquearon, asesinaron, esclavizaron y destruyeron caprichosamente. Los grupos indígenas que sobrevivieron a este abuso físico o que también vivieron demasiado lejos para experimentarlo directamente, fueron diezmados por la guerra bacteriológica más masiva jamás perpetrada.

Los tesoros fabulosos de México y Perú fueron pronto agotados, pero la sed de oro permaneció inextinguida. Los rumores de El Dorado empezaron a circular durante los primeros encuentros en las Antillas y fueron difundidos por los explotadores subsecuentes. En el siglo XVI, Walter Raleigh escribió: “El imperio de Guiana ...tiene más oro que en cual-

quier parte del Perú y igual número o más ciudades grandiosas. Me han asegurado los españoles que han visto Manoa la ciudad imperial de Guiana a la cual los españoles llaman El Dorado, que por la grandiosidad, por la riqueza y por la excelente ubicación, este excede en mucho a cualquier lugar del mundo por lo menos de este mundo conocido por la nación española” (1811: 123). Queda como una pregunta abierta, si los españoles tuvieron un motivo ulterior en hacer esta denuncia. Desde entonces, incontables exploradores han buscado en vano. Sin embargo, los rumores de El Dorado aún persisten. En febrero de 1989, yo recibí una carta de un grupo de exploradores residentes en Manaus, sosteniendo haber ubicado el Lago Parima, donde los incas obtuvieron su oro, e invitando a nuestro “renombrado Instituto” a verificar su hallazgo.

La búsqueda continua de El Dorado sería meramente una locura divertida si esta no reflejara un conjunto de actitudes europeas que siguen enfrentán-

dose con las prácticas y creencias indígenas. Nosotros consideramos a la tierra que no ocupamos sin dueño, los valores que no sostenemos como inmorales, los sistemas sociales que no concuerdan con nuestras metas como aborrecidos y las tecnologías más sencillas que las nuestras como inefectivas. Si El Dorado es un mito, ¿son otras creencias nuestras igualmente irrealistas? ¿Hay cosas más importantes que el oro? Una inspección aún superficial de los ingredientes de la vida moderna sugiere que si los hay.

Siendo descendiente de europeos del norte, a menudo me ha asombrado de lo insípido de la dieta de mis ancestros. Ellos no tenían maíz, papas, frijoles, calabazas, tomates, ají, maní y chocolate. ¿Cual de nosotros se puede imaginar la carne sin papas fritas, paseos al campo sin chifles de papa y sin sandía, perros calientes sin salsa de tomate, o asistir al cine sin palomitas de maíz? ¿Se puede imaginar una vida sin dulces de chocolate? Considere los usos múltiples del caucho, las vidas

salvadas por la quinina, las ramificaciones sociales, económicas y médicas del tabaco y la cocaína. Estos y otros productos han generado industrias multinacionales y han afectado las vidas de poblaciones alrededor del planeta tan drásticamente que olvidamos que fueron desconocidas afuera de las Américas hace 500 años. Todo el oro en El Dorado nunca podría igualar su impacto.

Muchas de las introducciones del Viejo Mundo a las Américas tuvieron impactos igualmente significativos. Los campos de trigo en regiones templadas y las plantaciones de caña de azúcar en los trópicos transformaron paisajes y crearon órdenes sociales nuevas. Cantidades incalculables de coraje y crueldad, generosidad y avaricia o codicia, deleite y depresión, satisfacción y sufrimiento hicieron posible para que nosotros disfrutemos de los placeres triviales, tales como los sánduches de mantequilla de maní y las barras de chocolate.

Hasta hace poco, todo parecía estar caminando bien. Te-

níamos el planeta bajo control y estuvimos soportando simultáneamente más seres humanos de que hayan existido desde que se originó nuestra especie. De repente, sin embargo, nuestro dominio es amenazado. El hambre, la polución, las epidemias, la violencia, la pobreza, el crimen, el genocidio y la revolución social hacen los encabezados diariamente. A pesar de las advertencias de los ecólogos del próximo desastre medioambiental, previsto por inundaciones, sequías, ventiscas, huracanes y tornados cada vez más frecuentes y devastadores; seguimos adherentes al mito de El Dorado. Perseguir un sueño es más satisfactorio que enfrentar la realidad porque enfrentar la realidad nos obliga a reconocer que aún necesitamos de este planeta, el planeta no necesita de nosotros.

La gente que encontró a Colón, las autoridades del Imperio Inca y la mayoría de los otros americanos nativos se consideraron parte del orden natural. Ellos habían acumulado abundantes conocimientos

ecológicos que lo aplicaron consciente e inconscientemente para maximizar la productividad a largo plazo de sus medioambientes. Tal fue su éxito que el aire, la tierra y el agua de este hemisferio permanecieron tan puros después de 20 milenios de explotación como cuando llegaron sus ancestros. Entre las regiones que ellos manejaron exitosamente estaba el bosque tropical lluvioso, la localidad de El Dorado. Desde que nosotros tradicionalmente equiparamos el nudismo con la ignorancia y la ausencia de bienes materiales con pobreza, solo nos ha ocurrido recientemente, que los primeros americanos podrían saber algo que nosotros no sabemos. Su conocimiento de plantas comestibles nos parece especialmente asombroso, considerando que muchos de nosotros no podemos identificar todos los productos disponibles en el supermercado local.

Los Tembé del sureste amazónico, en una hectárea de bosque identificaron 138 especies de árboles, 15 especies de vides, todo los cuales fueron

utilizados para comida, golosina, madera, fibra, armas, utensilios, medicinas, magia, ornamentos, pintura, aceite, repelente o comercio (Baleé 1987). Un grupo de Yanomamis del sur de Venezuela ha puesto nombres a 328 plantas silvestres y 85 plantas cultivadas. Ellos hicieron uso del 57% de aquello y emplearon su conocimiento de la asociación de plantas y animales para mejorar su éxito en la cacería (Lizot 1978). Dos poblaciones Jíbaras en el borde limítrofe entre Ecuador y Perú han dado nombres para el 80% de las 110 especies de animales, casi 300 especies de pájaros, dos especies de reptiles y 250 clases de invertebrados en su habitat. La mayor parte de sus distinciones concuerdan con nuestra taxonomía científica (Berlín y Berlín 1983: 306).

El conocimiento de los cultivos tropicales es igualmente detallado. Los Kuikuru del alto Xingu reconocen 46 variedades de yuca amarga (Carneiro 1983: 99). Los Desana del oriente de Colombia cultivan unas 400 clases de plantas, incluyendo 40

variedades de yuca amarga y dulce (Kerr y Clement 1980). Los Kayapó del sureste amazónico cultivan 22 variedades de papa dulce (*Ipomea*), 21 variedades de cará (*Dioscorea* sp.), 12 variedades de maíz, 13 variedades de plátano, y 41 especies de frutas (Kerr y Posey 1984). Los requerimientos diferidos de estas variedades transforman el mosaico de las combinaciones locales de suelo, drenaje, caída de lluvia, luz solar, y otras variables medio ambientales de una desventaja a una ventaja (Kerr y Clement 1980:254).

Observaciones agudas de las interacciones entre plantas y animales se reflejan en medidas intencionales e inintencionales para una explotación sostenible a largo plazo. Los Tukano del oriente de Colombia emplean procedimientos que minimizan la degradación irreversible de las poblaciones de peces (Chernela 1987). Los Yekuna del sur de Venezuela aseguran un constante abastecimiento de caza mediante la rotación de áreas de cacería y pesca (Sponsel 1986:20). Los Kayapó aplican su

conocimiento del comportamiento de los insectos para proteger sus cultivos de cualquier daño, su conocimiento de los suelos para maximizar las cosechas y su conocimiento de asociaciones de plantas para mejorar la productividad de los alimentos silvestres (Posey 1987). Las prácticas adaptativas son reforzadas por mitos, rituales e ideologías (Johnson y Baksh 1987 y Von Hildebrand 1987) y codificadas en reglas de comportamiento social y económico, con el resultado que las densidades poblacionales se mantienen en niveles compatibles con la capacidad de carga del medio ambiente.

El quinto centenario provee la oportunidad para comparar nuestra admiración del hemisferio occidental con aquel de la primera ola de inmigrantes. Nuestras transformaciones son más obvias, pero pueden ser menos duraderas. Las paredes incas construidas hace 500 años permanecen intocadas por los terremotos que han derribado nuestros edificios. Las prácticas agrícolas de los indígenas ama-

zónicos han enriquecido el ecosistema, mientras que las nuestras están destruyéndola. Los cazadores-recolectores del occidente norteamericano manejaron los bosques controlando los incendios, impidiendo la conflagraciones masivas que experimentamos cada verano. Estos contrastes reflejan diferentes niveles de entendimiento de los procesos naturales, los cuales generalmente son más complicados de lo que nosotros suponemos.

Uno de mis ejemplos preferidos de esta complejidad viene del lago-desembocadura del bajo Tapajós, un tributario del Medio Amazonas, donde la matanza de caimanes disminuyó en vez de aumentar la abundancia de peces, su comida principal. El análisis indicó que el agua es deficiente en los nutrientes esenciales para la producción de algas y phytoplankton, que forman la base de la cadena alimenticia acuática. Las algas y phytoplankton, son ingestados por larvas y zooplankton; éstos a su vez son consumidos por los peces, los cuales son

comidos por los caimanes, tortugas y mamíferos acuáticos. Las excreciones de estos depredadores devuelven los nutrientes al agua para ser reciclados por las algas y phytoplankton. Así, al contrario a nuestra lógica, un número mayor de grandes depredadores aumenta en vez de disminuir la abundancia de peces (Fittkau 1970).

De acuerdo al crecimiento de nuestro entendimiento de los métodos de explotación indígena, se vuelve cada vez más aparente que lo que consideramos una subutilización a menudo representa una adaptación exitosa a largo plazo. Las plantas silvestres utilizadas por los amazónicos nativos contienen más clases de compuestos químicos potencialmente valiosos que los que podemos descubrir por síntesis en nuestros laboratorios y sus cultivos proveen un estanque de genes para aumentar la productividad de nuestras cosechas. Las poblaciones amazónicas no son únicas en la profundidad de sus conocimientos ecológicos, pero la naturaleza excepcional del medioambiente

del bosque tropical lluvioso hace especialmente relevante su información para diseñar formas sostenibles de una explotación más intensiva.

Muchas de las semillas, en forma literal como figurativa, que fueron desarrolladas y cultivadas por los americanos originales se han mantenido inactivas durante los últimos cinco siglos. Afortunadamente, algunas permanecen viables. Si podemos resucitar y propagarlas, podremos finalmente descubrir el verdadero significado de El Dorado.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Baleé, William
1987 A etnobotánica quantitativa dos índios Tembé (Rio Gurupí, Pará), *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi, Série Botânica* 3:29-50).
- Berlin, Brent and Elois A Berlin
1983 Adaptation and ethnozoological classification: theoretical implications of animal resources and diet of the Aguaruna and Huambisa. In: *Adaptive Responses of Native Amazonians*, R. B. Hames and W. T. Vickers, eds., pp. 301-315. New York, Academic Press.

- Carneiro, Robert L.
1983 The cultivation of manioc among the Kuikuru of the Upper Xingu. In: *Adaptive Responses of Native Amazonians*, R. B. Hames and W. T. Vickers, eds. pp. 65-111. New York, Academic Press.
- Chernela, Janet
1987 **Endangered ideologies: Tukano fishing taboos.** *Cultural Survival Quarterly* 11:50-52.
- Díaz del Castillo, Bernal
1927 **The True History of the Conquest of Mexico.** New York, Robert M. McBride.
- Fittkau, E.J.
1970 Role of caimans in the nutrients regime of mouth lakes of Amazon afluent (an hypothesis). *Biotropica* 2:138-142.
- Johnson, Allen and Michael Baksh
1987 Ecological and structural influences on the properties of wild foods in the diets of two Machiguenga communities. In: *Food and Evolution*, Marvin Harris and Eric Ross, eds., pp. 387-405. Philadelphia, Temple University Press.
- Kerr, Warwick E. and Charles R. Clement
1980 Práticas agrícolas de conseqüências que possibilitaram aos índios da Amazônia uma melhor adaptacao as condicoes ecológicas da regio. *Acta Amazónica* 10:251-261.
- Lizot, Jacques
1978 Connaissance et usage des plantes sauvages chez les Yanomami. In: *Unidad y Variedad*, Erika Wagner and Alberta Zucchi, eds., pp. 129-171, Caracas, IVIC.
- Posey, Darrel A.
1987 Etnologia e ciência de folk: sua importancia para a Amazônia. In: *Homem e Natureza na Amazônia*, G. Kohlepp and A. Schrader, eds., pp. 95-108. Tübinguer Geographische Studien 95.
- Ralegh, Walter
1811 The discoverie of the large, rich and beautifull empire of Guiana, with a relation of the great and golden cities of Manoa (which the Spaniards call El Dorado)... Performed in the yeere 1595... Hakluyt's Collection of the Early Voyages, Travels, and Discoveries, of the English Nation: 4:115-156. London, Hakluyt Society.
- Smith, Bradley
1962 **Columbus in the New World.** New York, Doubleday.
- Sponsel, Leslie E.
1986 **La cacería de los Yekuna bajo una perspectiva ecológica.** Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- Von Hildebrand, Martin
1987 Hombre y naturaleza: una interpretación indígena del ecosistema amazónico. In: *Homem e Natureza na Amazônia*, G. Kohlepp and A. Schrader, eds., pp. 125-139. Tübinguer Geographische Studien 95.

*Pablo Morales Males**

**El hombre y sus
relaciones adaptativas
en Bosques Pluviales:
Uso del páramo andino
y la selva amazónica-
DIVA-ECUADOR**

* Universidad Católica del Ecuador.
Museo Nacional de Dinamarca.

“El Amasanga, el hombre Amasanga el enseñó a cazar la cacería. Ellos han sido cazadores, juntamente con el hombre Quindi (colibrí)... Amasanga es sacha runa (hombre de la selva) o sacha supay (diablo de la selva). Ellos han enseñado (a los hombres) a comer la carne de la cacería. Ellos mismos enseñaron a los hombres la sabiduría de la selva, enseñaban por medio de los sueños a las personas que ayunaban, para obtener esta sabiduría. (Digna Illanez, 1997).

INTRODUCCION

“Los Andes y las tierras amazónicas adyacentes constituyen un centro importante en el planeta para los actuales procesos de diversificación biológica” (DIVA, 1994).

El acercamiento del hombre a la naturaleza es posible por medio del mecanismo propio de la especie: la cultura. El indio andino-amazónico en base a su concepción ideológica representada en sus mitos se adapta y recrea el medio; es decir, genera estrategias adaptativas que conforman su nueva “estructura adaptativa” o “percepción ambiental” que le mantiene dentro de sus relaciones al interior de la especie y con otras especies. Cantril y Watzlawick afirman que “...el mundo que vivimos es *producto de nuestra percepción, no su causa*” (Fericgla, 1996: 76). El hombre de estos espacios como especie cumple un importante papel en el uso, conocimiento y diversificación biológica de los recursos para fines de subsistencia específica, lo que permite generar

una nueva concepción del uso, valor y conservación del bosque en Ecuador y en la Región.

La comuna Oyacachi de la provincia del Napo, la comuna Canelos de la provincia del Pastaza y el Centro Shuar Mutints de la provincia de Morona Santiago son las comunidades indias donde se ha desarrollado el estudio. En estas comunidades la utilización de especies para subsistencia local, ubicadas en diversos pisos ecológicos desde el páramo andino hasta la llanura amazónica constituye un buen parámetro para definir el “espacio socio cultural comunitario”.

El conocimiento comunitario de la distribución de las especies y la diversificación de su uso para: alimentación, medicina, vivienda, artesanía, etc., sustenta el derecho de la comunidad a la propiedad de su “territorio ancestralmente aprovechado”.

La diversificación de las especies es transmitida de generación en generación como un

cúmulo de información, que le permite al hombre manejar la variabilidad genética de especies de flora domesticadas y semi domesticadas para la subsistencia indígena con la finalidad de aprovechar con mayor eficiencia las especies de alto consumo, así: papa chaucha (*solanum tuberosum*), yuca (*Manihot, esculenta*) y chonta (*Bactris, gassipaes*).

El hombre define en el tiempo su estancia en el medio y el aprovechamiento de los recursos naturales. Los Andes orientales y la Amazonía son espacios de “especiación” y “alta diversificación” de especies biológicas. Es necesario señalar que el espacio, es percibido de manera física per se y/o dotado con atributos espirituales. Los seres míticos de la selva protegen o sancionan a los humanos que usufructúan de los recursos biológicos o “biodiversidad” existente en el bosque, de acuerdo a la valoración que el grupo establece en su relación con la naturaleza.

El Gobierno Nacional ha centralizado su interés en la Amazonía por la importancia de recursos como: Petróleo, minerales, madera y explotación de palma africana. El territorio amazónico está concesionado a las compañías petroleras y mineras transnacionales. La dinámica del desarrollo nacional va en un vertiginoso camino a la destrucción de recursos biológicos básicos para la subsistencia de las comunidades indias, las cuales paradójicamente han sido declaradas como base de la diversidad cultural. Desde la perspectiva de los intereses transnacionales, la diversidad biológica se convierte en un recurso altamente apetecido para su explotación indiscriminada, por ejemplo empresas farmacéuticas mundiales como Shaman Pharmaceutic, han iniciado investigaciones con el latex del árbol Drago, *Crotón*, sp.. Por tanto, se hace necesaria la conservación de los recursos biológicos para permitir su futura explotación y función reguladora del clima mundial, así como el mantenimiento a largo plazo

de uno de los recursos más valiosos en el mundo actual: el recurso hídrico (Ortiz, 1994: VI).

Las comunidades indias han sido intervenidas a partir de los años 50, por diversos agentes del desarrollo: Estado, misioneros, militares, y Organismos no Gubernamentales –ONG's, para quienes el concepto de desarrollo no toma en cuenta la realidad mítica social de las comunidades, es que la dinámica de la “cultura dominante” es incapaz “...de valorar y de intercambiar experiencias, visiones filosóficas, mundos espirituales, conocimientos y tecnologías con otras culturas...” (Ortiz, 1994: VII), que permita un desarrollo sostenible, donde los recursos biológicos y culturales sean revalorizados dentro de una propuesta que parta de sus propias iniciativas, junto con el aporte técnico, científico y financiero de instituciones solidarias con las iniciativas indias.

UBICACION GEOGRAFICA, ECOLOGICA Y CULTURAL:

Las comunas indias perciben su lugar en el espacio a tra-

vés de sus mitos. Oyacachi, una de ellas, es definida como un territorio con un gran sistema lacustre y de estructura tectónica, demostrada en la siguiente tradición mítica de El *Chificha*, Supay (Diablo):

“...El Chificha se había comido al papá de los niños, ...luego se puso la piel del papá muerto y se fue a la casa. Ahí estaba su mujer, entonces le pidió que le preparara la comida. La mujer se dio cuenta que era el Chificha, avisó a su familia y ellos dijeron que hay que hacerle una fiesta... En esa fiesta le hicieron chumar (embriagarse) con la chicha... luego cocinaron unas piedras, y como estaba bien dormido le abrieron la boca y le pusieron las piedras... El Chificha desesperado fue a la cascada, que hoy se llama Supay Paccha, para abriendo la boca apagar las piedras. Ahí es que se ha quedado encantado, por eso la cascada se llama Supay Paccha [cascadas del diablo]”

(Nestor Euclides Parión, entrevista, 1996.

Las comunidades definen su espacio vivido y “producido”, dice Dollfus como: “...producto y dimensión de las sociedades humanas, el espacio geográfico es un conjunto apropiado, explotado, recorrido, habitado, y administrado”. (Dollfus, 1991: 27), llenos de una carga de espiritualidad: “espacios sacralizados o sagrados” donde el agua es el recurso más prolífico que hay en los territorios comunitarios. Del mito se extrae, además, que el espacio particular de la cuenca del Oyacachi tiene una estructura pedregosa: “...y como estaba bien dormido le abrieron la boca y le pusieron las piedras”(Euclides Parión, entrevista, 1996) (Morales & Schjellerup en DIVA, 1997: 29).

Las zonas de transición andino amazónica, son barreras geográficas ecológicas que ayudan al reciclaje y diversificación de las especies en la Cuenca amazónica, por lo tanto prestan servicios ambientales de alto va-

lor y necesarios para la misma continuidad cultural.

La comuna Oyacachi se encuentra geográficamente entre 0° 12' de latitud Sur, y los 78° 05' de longitud Oeste, en las estribaciones de la cordillera Real u Oriental, en la provincia del Napo, en los límites con la provincia de Pichincha, dentro de la Reserva Ecológica Cayambe Coca. La comuna Canelos miembro de la Federación de la Nacionalidad Quichua del Pastaza- FENAQUIPA, geográficamente se encuentra entre los 1° 35' de latitud Sur y los 77° 45' de longitud Oeste, de la provincia del Pastaza. El centro Mutints, se encuentra entre los 2° 8' de latitud Sur y 77° 44' de longitud Oeste. El centro Mutints pertenece a la Asociación Tunnants, de la Federación Independiente de Pueblos Shuar del Ecuador - FIPSE, de la provincia de Morona Santiago. El Centro es parte del Bosque Protector Cutucú, Reserva Ecológica bajo la Co-administración del Instituto Nacional Ecuatoriano Forestal y de Areas Naturales -

INEFAN y la Fundación Etno ecológica - Tsantsa.

El territorio de la comuna Oyacachi contiene tres zonas de vida: páramo subalpino, bosque húmedo montano y bosque muy húmedo montano, en un rango de entre 2200 - 4000 msnm. (Skov en DIVA, 1997: 14-15). El territorio de la comuna Canelos se encuentra en la llanura Amazónica a 500 msnm., en la cuenca del río Bobonaza. El territorio del Centro Mutints se encuentra en la misma llanura Amazónica en la llamada tierra firme, a 700 msnm, en la zona Trans Cutucú, de la Cordillera Vieja del Cutucú.

La comuna Oyacachi es una población Quichua del grupo lingüístico Quijo. La comuna Canelos es una población Quichua del grupo lingüístico Canelos, con influencia de la lengua Záparo. El Centro Shuar Mutints, es una población Shuar hablante. En el caso de Oyacachi es un asentamiento de unos 2000 años, Canelos es registrado desde inicio de la época colonial (1535), y Mutints es un

asentamiento de hace unos 27 años.

METODOLOGIA

El desarrollo de la temática se basa en el trabajo en las comunidades ya citadas de Oyacachi, Canelos y Mutints. La población de dichas comunidades indias fueron seleccionadas para ser encuestadas de forma aleatoria y entrevistadas. Además se hicieron grabaciones acerca de los mitos. Durante el proceso investigativo se realizaron talleres comunitarios, como espacio de difusión de la información, retroalimentación y corrección idiomática de la información recopilada en los documentos elaborados. El acercamiento con las comunidades fue profundizándose en la medida de que comprendían la validez de la investigación para la definición de sus límites territoriales y de los recursos existentes, herramienta comunitaria que funcionará en defensa del avance de las compañías petroleras y mineras.

La investigación es producto de un equipo interdisci-

plinario. Los mapas territoriales y de contenido de recursos naturales fueron elaborados por el Geógrafo Richard Resl y las colectas de las especies útiles del bosque y la chacra que actualmente se las está identificando las realizó la Botánica Selene Baez. En este proceso fue importante y decisiva la participación comunitaria en la elaboración de los mapas de límites y de distribución de los recursos naturales.

Las comunidades perciben sus territorios de forma integral: en sus ríos, cascadas, árboles, pájaros, especies del suelo y subsuelo en general, conviven con sus “Seres espirituales”. En este sentido, la sacralización del espacio por parte de las sociedades indias funciona como respuesta social a su adaptación a este espacio históricamente poblado.

BIODIVERSIDAD COMUNITARIA

La Biodiversidad es manejada por el indio andino amazónico dentro de un “espacio”

particular donde la presencia de la cordillera de los Andes define “históricamente” la existencia de especies biológicas endémicas en las estribaciones de la misma cordillera y en la llanura amazónica, en los llamados “Bosques Pluviales Andinos”. El hombre en dichos espacios maneja la biodiversidad en base a su “velocidad de adaptación cultural”¹ tanto en el bosque, de forma silvestre; como en la chacra, de forma doméstica y semi-domesticada.

El espacio, desde el punto de vista de la Física es materialmente definido como la velocidad o capacidad de aprovechamiento de los recursos naturales durante un tiempo delimitado.

El indio andino amazónico, del que trata el tema de esta ponencia desde hace unos 12.000 años (Meggers, 1996: 35) ha definido su espacio, a través de expresiones culturales, entre las que se cuentan los mitos. Uno de los mitos Canelos da cuenta de las migraciones originales en los llamados “tiempos

primordiales” de estos grupos humanos.

“El hermano mayor (Cui-llur o estrella), al hermano menor (lucero) le dijo: –Usted, lance con la lanza en la punta del árbol, y yo a la raíz. A la madre Tigre que ha estado embarazada le hace adelantar para caminar. El árbol que se llama “sinchi ruya”, **usaban para pasar al otro lado del mar.** Y los demás tigres han caído al mar, solo la que ha estado embarazada ha quedado. Han dañado la canoa” (Digna Illanez, 1996).

Este espacio poblado milenariamente es el asiento de una diversidad cultural, que maneja los recursos naturales de acuerdo a los límites determinados social y ambientalmente y que es legada a sus descendientes, a través de las prácticas concretas y de sus mitos. Los grupos humanos en su relación con el ecosistema han creado estructuras sociales y tecnológicas que le han permitido

aprovechar de los recursos naturales con mayor o menor éxito. “Uno de los atributos significativos de la cultura es su transmisibilidad con ayuda de medios no biológicos..., la cultura..., es una forma de herencia social. Vemos así a la cultura como un *continuum*, un orden de cosas y hechos *suprabiológicos* y *extrasomáticos*, que fluye a través del tiempo de una época a otra” (White, sf.: 337).

El mito es un proceso simbólico expresado en un “Espacio dialógico”, sea este el bosque y la chacra, donde el ser humano mantiene un equilibrio manifiesto, al interior de su especie y en relación con otras especies, para Claude Lévi-Strauss es: “Una historia del tiempo donde los hombres y los animales aún no eran distintos. Ninguna situación parece más trágica más ofensiva para el corazón y el espíritu que esa de una humanidad que coexistía con otras especies vivientes, sobre una tierra de la cual ellas compartían el usufructo y con la cual ella no puede comunicarse. Uno comprende que los mitos

están o ven a su aparición el evento inaugural de la condición humana y del aislamiento... El mito responde a las necesidades intelectuales y morales de la sociedad. (Leví-Strauss, 1990: 193, 196). Esta realidad se pragmatiza dramáticamente con la deforestación y explotación irracional de los recursos naturales, que implica la destrucción del habitat humano y animal.

El mito de “Amasanga” clarifica mejor la definición del espacio dialógico. Amasanga es el Dios de la cacería y el conocedor del espacio integral. Este “Ser” enseña al hombre de la selva las estrategias y la sabiduría de la cacería:

“El Amasanga, el hombre Amasanga el enseñó a cazar la cacería. Ellos han sido cazadores, juntamente con el hombre Quindi (colibrí). Toda la cacería era para comer el Amasanga, para él cazaba, Amasanga es sacha runa (hombre de la selva) o sacha supay (diablo de la selva). Ellos han enseñado

(a los hombres) a comer la carne de la cacería. Ellos mismos enseñaron a los hombres la sabiduría de la selva, enseñaban por medio de los sueños a las personas que ayunaban, para obtener esta sabiduría. Los humanos tomaban guayusa (*Ilex sp.*) y se dormían en la selva, en la que hacia soñar este hombre Amasanga para dar la sabiduría del shamanismo, estos sabidurías obtenían nuestros antepasados, esto nos saben conversar nuestros abuelos. (Digna Illanez, entrevista 1997).

“Los mitos... reflejan la estructura, de la sociedad... contribuyen a integrar la sociedad, le proporcionan cohesión, fomentan la solidaridad y mantiene la continuidad” (Sahlins, 1972: 152). Las especies del bosque son las mejores instructoras de las relaciones que se establecen entre el hombre y ellas.

La explotación de los recursos se realiza a partir de un

“Tiempo primordial” en los albores de la humanidad cuando el hombre hablaba el mismo lenguaje que los animales e inclusive estos enseñaban su comportamiento social, donaban el poder y la sabiduría, para cultivar la “Chacra” y cazar en el “Bosque”, en una adquisición histórica de la “Velocidad o adaptación cultural de aprovechamiento”, dependiente de la demanda de recursos naturales para la subsistencia de la unidad doméstica ampliada.

LA COMUNA OYACACHI

Los pueblos indios han resuelto sus problemas básicos de subsistencia, en estas sociedades utilizando como instrumentos de experimentación, trabajo y conocimiento a la magia y al mito. Elementos de la sociedad humana que resuelven incognitas de su interacción con la naturaleza, y también donde según Malinowski “... la incertidumbre de la actuación productiva lleva consigo riesgos graves para la vida y la subsistencia” (Sahlins, 1972: 152). El mito acerca de la danta y el oso

en Oyacachi muestra las estrategias de aprovechamiento de las especies silvestres y domésticas:

“...Estaba una viejecita en la chacra y 2 niñas se le acercaron jugando con 2 frutos de tzímbalo², y le dijeron a esa viejecita que las lleve a la Iglesia ...Ella las llevó y las niñas dijeron que se le ponga en el altar. En el altar estaban las cabezas de oso (*Tremarctos ornatus*), danta (*Tapirus pinchaque*) y chonta o cervicabra (*Mazama rufina*)...

Ellas ordenaron que las cabezas de los animales se los bote en el medio del río. Esas cabezas ya estando yendo decían: Madre va, padre va!, ya mas abajito a dos cuadras estaba un derrumbo. En ese derrumbo se formaron nuevamente con todo su cuerpo, animal vivo, recobraron los animales sus cuerpos, pero sólo el oso logró subir al monte, mientras que la danta y la chunta se quedaron en el

río. En ese Unanchi o Juyancha³ la Virgen ha dejado que los cazadores sigan con perros o escopetas. La danta y chonta siempre caen al agua, por eso a estos animales se los caza en el río. El oso no cae en el agua y se caza con escopeta (Mito de Prudencio Aigaje, 1996).

La práctica agrícola de la “viejecita” en la chacra muestra el uso de las especies locales, como la papa. El mito presenta una variedad de papa, *Solanum tuberosum*: Tzímبالo, que actualmente se encuentra en Oyacachi. De igual manera las especies que sirven para la cacería: Oso, danta y cervicabra muestran al hombre de forma natural sus costumbres habituales las cuales son utilizadas por este en sus prácticas de cacería.

LA COMUNA CANELOS-PASTAZA:

En la comuna Canelos los hombres aprenden las prácticas agrícolas de sus mayores, quienes de igual forma en los “tiem-

pos primordiales” fueron destruidos por el hombre Quindi o Colibrí:

“Mientras tanto el hombre Quindi (Colibrí) solamente con el viento solía hacer y formar grandes chacras. El Quindi quería que vieran la chacra de él. Las dos mujeres uncucos (sapos) se fueron a la chacra del Quindi, entraron a la chacra y cogieron palos de yuca como para una chacra. Una mujer dijo: –Estoy terminando más (mucho) a la chacra del Quindi. El Quindi, del horizonte estuvo mirando enojado, pues aquellas mujeres solamente habían llenado piedras, según las mujeres pensaron que llevaban yuca. Viendo eso, regresaron a la casa de Quindi, se fueron contar. El hombre Quindi contestó: –Así! tienen que hacer la chacra–. Después el Quindi se fué llevando a las mujeres a la chacra. Ay Dios! Ni los ojos podían ver! Tan grande (era) la

chacra del hombre Quindi. Aquellas mujeres empezaron a coger los palos de yuca, las llevaron y fueron a sembrar. Otro poco dejaron para sembrar al día siguiente.

Enseguida comentaron las mujeres –Si hubiesemos venido antes, nos hubiesemos casado con el hombre Quindi tan trabajador! Las pobres, las dos hermanas comentaban. La otra ñaña gritó: –Quiero tomar, quiero tomar, Anda traer agua para tomar–, dijo la otra. De la esquina, el hombre Quindi estuvo observando desde el camino. –Ahora van haber– estuvo comentando, para hablarles a estas mujeres. La otra ñaña también estuvo gritando con una tula. Así se hace– estuvo gritando y trabajando. Pues diciendo así, estuvo sembrando el palo de yuca, sonando un! unmm!, Mas el Quindi estuvo viendo y hablando. Ahí van a desaparecer, cu-

ñado– Esto estaba diciendo. Se convirtieron las mujeres de personas a sapos unculos y se quedaron para siempre en huecos de tierra.

Después de hacer todo, el Quindi empezó a comentar. –Ahora yo no voy a poder vivir aquí– diciendo. El también empezó a cortar la chacra chin! chin! chin! e inmediatamente se convirtió en pájaro Quindi, esos lugares son los que vemos en la selva espacios dejados vacíos. Por eso es que en la actualidad la gente dice que la huadua es el esposo del plátano. Dicen que hay que sembrar las plantas del plátano, hay que sembrar en las huaduales para que de un buen plátano” (Mito de Digna Illanez, 1997).

El Quindi fue el ser mítico que instruyó en las artes de hacer la chacra, y la distribución espacial de los recursos, como señala el mito: “hay que sem-

brar en las huadales para que de un buen plátano”. El arte de abrir las chacras implica el fuerte trabajo de botar el monte, por lo que funciona como un mecanismo de identificación del varón en estas sociedades.

El mito de la mujer “Chikim”, la instructora de las “mujeres” en el arte del manejo de la chacra, complementa al mito de Quindi. Ella, Chikim, tenía una chacra modelo y era un ejemplo a ser replicado por la sociedad femenina:

Había un mujer llamada Chikim (hoy es pájaro), la mujer Chikim se preocupaba mucho de la chacra tenía muy limpia su chacra la Chikim, Chikim. Mientras la guatuza ha sabido robar la yuca de la Chikim. La Chikim ha sabido hablarle a la guatuza. La mujer Chikim ha sabido tener haciendo la chacra. ¡Ha sido muy inteligente! De ese modo ha quedado la costumbre de hacer nuevas chacras.

Nuestros viejos así suelen contar.

El Chikim si no hubiese dañado. Nosotros las personas, hubiesemos sido lo mismo (que chikim). Desde ahí, en ese tiempo la chacra del Chikim era bien limpia, sin yerbas. La chacra solamente habían yucas caídas, viniendo ha sabido recoger los frutos de la yuca colocaba en la ashanca.⁴ Rejuntado ha sabido amontonar. Después de amontonar y pelar ha sabido gritar: “APA MAMA... APA MAMA...! Que su yuca quede aquí mismo (el poder, la fertilidad) –Diciendo asimismo– ha sabido lanzar la cascara de yuca⁵ Estas cáscaras se caían en las mismas matas de yuca. Chikim así ha sabido hacer para producir. Eso no más sé del Chikim (Mito de Digana Illanez, 1997). En las prácticas hortícolas de las mujeres quichuas en sus chacras aparece es-

ta cognotación mítica. Ellas, antes de la siembra de yuca suelen pintar sus caras y a sus perros, con la variedad de achiote: “lumumanduru” como una forma de protección y para el aumento de la fertilidad del cultivo. “La especie de lumumanduru se la utiliza para pintar la cara de todos los que van a sembrar los palos de yuca, que chupan la sangre, y solo engrosa el producto y no carga. Además deben azotar las semillas yucas con las hojas y cáscara de la yuca. Otro producto: la papa jíbara, al sembrar deben golpearse las piernas para que el producto sea grueso como las piernas” (Ernestina Canelos, entrevista 1997). De esta manera se aumenta la fertilidad de los productos, los mismos que en estas culturas son parte de la unidad natural y humana.

EL CENTRO MUTINTS:

Los astros: la Luna y el Sol juegan un papel importante en

los ciclos productivos y de cacería de las comunidades indias. En el Centro Shuar Mutints, “Etsa (el Sol) era un joven buen cazador” (Daniel Cashindo, entrevista 1997). El mismo que vivía en la selva y se trasladaba a su espacio estelar a través de Etsa nek (*Bauginia, sp.*), o la escalera de Etsa (sol). Los astros y los hombres siempre estuvieron en conjunción y eran estos los que establecían las normas de cacería y producción agrícola.

“Nantu o Luna era casado con Ajuju, entonces un día. Su esposo decía que prepare algo de zapallo, zapallo maduro... Y después como ya dejó indicando que cocine la comida con el zapallo más maduro. Su esposo Nantu se fue a cacería, después regresó por la tarde, llega muy tarde. Ya que comenzó la mañana llega con hambre, pensando que la comida ya estaba listo... Entonces Nantu se fue. Entonces ese bejuco que existe como escalera en el monte: Etsa nek, entonces

anteriormente existía hasta llegar irse en el cielo había como escalera ya. Entonces, como luna se fue con ese camino. Atrás de este a su esposa, cogió todo lo que había en la casa, todos los trastes, todo, todo, todo lo que había, chankinas⁶ todo, todo llevó. Después de esto se fue atrás, como la luna ya se ha ido. Entonces habido un señor que se llamaba ardilla o Kunampe, siempre estaba al lado de ellos. A él le dijo (Nantu): –Cuando viene mi esposa. Esté listo para contarle– le decía. Como Ardilla tenía machete. Bueno ellos siempre estaba listo para cortar cualquier árbol, cualquier bejuco. A él le rogó que corte ese bejuco, para que no avance a su esposa. Le dejó listo a él. Entonces Auju estaba subiendo, como ya tenía pues, pena a su esposo. Aju a su esposo atrás le seguía llorando. Aju... auju... dice, entonces se-

guía a través de su esposo, entonces subía y subía.

Después de esto ya estuvo cerca para subir. Entonces cuando ya estaba listo para subir, ¡tas! le corta. Pobre señora Aju... pishh!, abajo. Toda esa carga que tenía pishh!, abajo se pues. Una caída, una sola, lo que tenía ese pájaro echo, tenía ollas. Toda eso, entonces pedazos de ollas que se aparecere en cualquier lado dicen que es porque aju ha botado. Entonces como ya no alcanzó a su esposo, entonces ya se transformó Auju, en pájaro Auju. Entonces como siempre lloraba a través de su esposo, Esposo, esposo– decía. Auju. En vez de decir a su esposo ahora dice Auju, Auju, siempre cada cuando viene luna, siempre canta. Siempre se recuerda hasta ahora se recuerda, de su esposo luna. Entonces cuando ya esta asomando, siempre canta de la pena de su esposo.

Ese es el cuento de luna y Auuju (Mito de Daniel Cashindo, 1997).

El mito muestra la admiración del hombre por ciertos recursos como las lianas o bejuco, cuya magnificencia puede observarse en la selva. El bejuco *Etsa nek* en el mito funciona como la escalera del astro rey.

Las comunidades indias realizan sus prácticas de cacería y agrícolas tomando en cuenta la luna tierna o nueva, cuando la noche está obscura, para cazar, cortar madera e iniciar la siembra de ciertos productos. Mientras que la tumbada del monte para las chacras se lo hace en luna llena para que los árboles se pudran más fácilmente y no es posible la realización de las otras prácticas agrícolas o de cacería (Morales & Schjellerup: 1997: 40).

VISION INDIA DEL MANEJO DE RECURSOS NATURALES

Las comunidades indias han definido su espacio socioambiental dentro de una in-

tegralidad espacial donde los recursos naturales son la expresión de seres míticos, cuyas bondades se manifiestan dentro de sistema homeostático entre naturaleza y ser humano. Las cascadas, el espíritu animal del tigre y la boa tienen el poder de conferir sus talentos a ciertas personas. Estas personas deben usar plantas enteógenas⁷ como la ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*), el floripondio (*Datura sanguinea*) y la guayusa (*Ilex sp.*) para comunicarse con sus dioses.

Los Mitos ponen énfasis en la localización del espacio físico donde el hombre desarrolla sus actividades, relieves la importancia del elemento agua, suelo y bosque al magnificarle en los lagos, cascadas, selva y chacra. “De ahí que talar la selva no sólo implica saqueo de madera sino destrucción del mecanismo de evapotranspiración y simplificación del balance hídrico” (Cerón, 1991: 19), y se agrega el conjunto de la biodiversidad y el despojo del mundo espiritual de las culturas andino amazónicas.

Los mitos recuerdan al ser humano que puede transformarse en Japa (Venado), Am-push (lechuza) y Wampa (mariposa); es decir, que luego de su permanencia en el espacio terrestre se integra cíclicamente al mundo natural. Tsetsek dice: "Cuando ya en la vida una persona habían tenido relaciones íntimas con sus familiares, como hermana, hermano, así. Se transformaba en un venado furioso. Los mayores tenían ese poder como ya habían ido en las tunas (cascadas), había tomado malikaua y natem. Todo si había adquirido el poder se transformaba en Yawa (Tigre) Ankuash o Wampa. A veces en un ser más poderoso, como Panki (boa) pumas, en esa forma era la transformación que se podía ocurrir" (Entrevista Ernesto Tsetsek, 1997).

La visión india era perenne y modificadora de las relaciones sociales productivas. Los animales se manifestaban como seres que influían positiva y negativamente en las relaciones humanas. "Los poderes eran positivos y negativos. Así se transformaban en animales her-

mosos y poderosos; es decir, en poderes positivos. Mientras que en venados cuando el poder era negativo. Se transformaba en tigre o boa. Así, algún mayor había adquirido el poder del tigre o boa o rayo solar (Etsa), cualquier poder dado en la tuna o cascada cuando haya tomado Ayahuasca o Malikaua, según ese poder quedaba en tuna, especialmente en la cascada". (Entrevista Ernesto Tsetsek, 1997).

En las comunidades indias, los jóvenes actualmente continúan con esa tradición, con la finalidad de adquirir la sabiduría de la selva: "Ellos con un jirshman (shaman o viejo) llevan en la tuna para hacerle bañar ahí y le daban de tomar ayahuasca, malikua todo eso para que adquiriera el poder, para eso es bueno un ayuno de 4 o 5 días, y así adquiriría el poder, para adquirir el poder. En tuna adquiriría el poder de forma de vivir, de forma del trabajo, o adquirir también el poder". (Entrevista Ernesto Tsetse, 1997). De esta manera la riqueza cultural habla de su relación directa con los recursos ambientales.

Los Quichuas también coinciden en explicar esta relación con las cascadas y los cerros, principalmente cuando asignan nombres a los sitios de acuerdo a los seres míticos que los habitan. “Así donde canta el gallo han puesto los viejos <<Gallo Urcu>>”. La visión india es dualista, como se dijo: existe el espacio per se, y espiritual. “Siempre dicen que una cordillera es pueblo, a la sabiduría de los shamanes. Creo que es grande el pueblo, como Canelos. Pero en lo nuestro, con la visión de este mundo, con la visión de otros mundos espirituales toda cordillera tiene su pueblo... Entonces ha dicho tío Aurelio (En la laguna Wichu cachi)... Entonces le ha echo soñar al viejo, no: –Bueno, desgraciadamente no me he dado cuenta. Sino tu me hubieses desaparecido ahí–, Le ha revelado el espíritu de la Laguna Wichu cachi. La laguna es como una casa y cada laguna tiene su dueño, Amarun, la boa”. (Entrevista Marciano Cuji, 1997).

Los shamanes o “Yachacs”, poseedores de la “sabiduría na-

tiva”, son los dueños de los seres que habitan los cerros, como el “Huagra urcu” en donde según ellos radican los poderes Shamánicos: “En estos cerros al acercarse siempre se nubla y no se puede acercar. Cuando se va a adquirir el poder se ve al tigre y a la Boa. En (el cerro) Huagra urcu, mi abuelo me sabe conversar que hay el tigre, el más grande, que manda a todos los tigres. Ese tigre le acaba a este mundo, dicen que le tiene encerrado bien, los brujos. Por eso, a las 12 de la noche cuando uno está durmiendo ahí cerca comienza a bramar, hace temblar la tierra. Un día estaba con mi abuelo ahí cerca” (Entrevista Ramiro Canelos, 1997). De este cerro hay cinco dueños, aseveran los informantes: “Primero es que está el Pascualito, el ha sido el primer dueño. Después es que sigue el Palati, Palati (antiguo guerrero Quichua Canelos) también ha sido shamán y que vive ahí dice. Después sigue el Gonzalo Banco, después Banco Acevedo y después viene el abuelo Nestor Canelos” (Entrevista Marciano Cuji y Ramiro Canelos, 1997).

Los espacios, recursos naturales: pájaros, peces, frutos y seres estelares utilizados por los indios también son recreados por los mitos en la cual los animales adoptan la forma humana, como lo muestra el mito de “Ilucu” relatado por Digna Illanez:

Quilla o La luna vacilaba (enamoraba) a su misma hermana y le ha dejado embarazada (a la ilucu). Por la noche, Ilucu le pintó con vitu (*Genipa, sp*) a la luna para saber quien era el que tenía relaciones con ella (incestuosas), le bañó la hermana ilucu a la luna (su esposo). Al día siguiente, la luna ha convocado a la gente para hacerles lamer lo que estaba pintado. Desde ahí (desde ese tiempo), el mono cushillu es demasiado negro, tiene los labios negros, así también “milla quihua pishcu”, el bagre, mota, por eso (de limpiarle a la luna) han quedado pintados (de negro). La luna no se ha lavado todo, por

esto ha quedado pintado, no ha salido todo. Si se hubiese lavado toda la cara de la luna, nosotros hubiesemos quedado con la cara negra. En caso de que se hubiese lavado la cara de la luna. Nosotros quedabamos pintados como con vitu (si se quitaba la pintura de la luna). Los paujils en ese tiempo han desaparecido.

Ahora me voy—: Dijo la luna. Mientras tanto la esposa sin hacer caso u obedecer se fue a la chacra. La mujer Ilucu ha sido una mujer muy trabajadora en el monte, cultivaba mucho zapallo y ha sabido comerse todo el maduro cuando no estaba el marido, y cocinaba zapallo tierno para el marido.

El marido solía estar metido debajo del toldo (escondido). Entonces cuando la hermana también desapareció. El hizo reunir a los quihua pishcus para tejer la huarachina (aven-

tador). Luego les pidió que avienten muy fuerte, además pidió que les construyan una esclaera, ese bejuco escalera o “Chacana angu”, por ese bejuco ha sido la subida de la luna. No se sabe cuanto (de que dimensión) de largo hicieron.

Mientras subía la luna por el Chacana angu, los millai quihua pishcus con la mano aventaban, con el aventador. La luna mientras seguía subiendo tocaba el “chapa” o pingullo. En la actualidad mi compadre solía tocar, cuando yo era niña, mientras se iba tocando, alguien le avisó a Ilucu que su esposo se estaba yendo de viaje. Mientras Ilucu fue a ver o regresó, la luna ya estuvo arriba, estuvo bien arriba del chacana angu. La Luna le dijo a Ilucu: –Apa que suba–. Manga paqui, tabla paqui, mocahua paqui; cualquier cosa

juntaba en la pambilera (vestido), hecha la que agarraba, agarraba (recogía). Mientras el esposo se fue elevando más arriba, han estado aventando (los pájaros) desde abajo y desapareció. Entonces Ilucu empezó a llorar como queriendo decir: –Mi marido...! y dijo: –...ilucu...! Mientras que corría sale volando transformado en Ilucu, mientras que los “millai quihua pishcus” caían a la yerba transformados en pájaros. Así conversaron nuestros antepasados antiguamente (Mito de Digna Illanez, 1997).

Los pájaros, los árboles, las lianas y los astros en un determinado espacio ambiental se reproducen en un patrón de relaciones similares a las humanas. La visión india dualista e integral de la naturaleza permitirá sustentar a largo plazo el aprovechamiento de los recursos naturales existentes.

VISION DE LA SOCIEDAD NACIONAL EN EL MANEJO DE LOS RECURSOS NATURALES: PROYECTOS SOCIALES DEL ESTADO Y ONG'S

El llamado desarrollo es visto con mucha reserva por las comunidades. Las instituciones del Estado y privadas amplían el radio de la acción de la sociedad nacional, a través de proyectos: Petroleros, mineros, explotación forestal y de utilización de recursos como el agua de las Reservas Ecológicas.

Las comunidades son abordadas sin analizar su realidad socio ambiental, su espacio, y el contenido integral de su cultura que relaciona sus recursos naturales con sus espíritus protectores del suelo y el subsuelo. Los proyectos de desarrollo no toman en cuenta el tiempo y la velocidad o capacidad india con la que se adaptarían al cambio, sin destruir la cohesión social regulada por su organización comunitaria.

Entre las principales instituciones que realizan proyectos

de desarrollo comunitario y de apoyo a la Conservación están: Fundación Antisana - FUNAN, Fundación Natura - FN, Agencia para el desarrollo de los Estados Unidos - AID, The Nature Conservancy - TNC en la comuna Oyacachi donde se realizan varios proyectos: Centro de Aguas Termales, Piscicultura, Ecoturismo, con el apoyo Técnico de y el proyecto de extracción de Agua para abastecimiento de la ciudad de Quito. En Canelos se desarrollan Ecoturismo, Reforestación, Artesanías de Tagua, con el apoyo del Proyecto Samay, y de la Institución IBIS - Dinamarca. En Mutints, Macuma, con el apoyo de la Ayuda en Acción se desarrollan proyectos productivos Avícolas, educativo y para la Nutrición de los infantes de hasta 5 años.

En resumen estos proyectos implican cambios a los cuales las sociedades indias no están acostumbradas. Las sociedades indias se ven presionadas a integrarse la dinámica capitalista so pena de ser devastados por el avance genocida del neo-

liberalismo, que da supremacía a las necesidades de un mercado voraz y anti humano.

Los impactos de los proyectos en el espacio comunal indio tendrán una doble dimensión: social y ambiental, los cuales deberán ser previstos con la finalidad de frenar el deterioro devastador de los recursos naturales. Se hace necesaria una real valoración de los recursos naturales con la finalidad de asumir costos para la conservación de los mismos.

El proyecto de Agua Potable para la ciudad de Quito y de riego, desde los territorios de la comuna Oyacachi en la RECAP, intenta ser un buen ejemplo de internalización de costos ambientales, y de modelo para administrar los recursos naturales como inversiones a largo plazo, a través de la creación de una tasa pagada por los consumidores finales del recurso hídrico, recursos que aportarán para el manejo y conservación de este valioso recurso.

Mientras tanto, un ejemplo contrario es el que ha pro-

vocado la carretera Macas - Macuma. Los Shuar ante el avance de la colonización, por la introducción de la carretera, perdieron sus tierras y ahora son jornaleros de los colonos. El nivel de alcoholismo y delincuencia se ha presentado de manera abrupta y actualmente esta obra es cuestionado por el resto de comunidades Shuar.

MANEJO DE RECURSOS NATURALES: SUSTENTABILIDAD COMUNITARIA

La lógica foránea de avance desarrollista debe partir de un nuevo concepto del dialogo intercultural, en donde el respeto por el "otro" motive a un nuevo modelo del desarrollo social, en donde los recursos naturales sean explotados de forma racional y dentro de una interacción que respete su práctica milenaria y sus concepciones míticas consideradas como el motor de su propio desarrollo.

En este sentido se hace necesario el cumplimiento de los acuerdos y Convenios internacionales de la Biodiversidad,

entre los países dueños del capital y la tecnología, y los países poseedores de la riqueza biológica. “El Convenio reconoce, en su artículo 16(1), que el acceso a y la transferencia de tecnología entre las Partes es esencial para el cumplimiento de la conservación, uso sostenible y reparto equitativo de beneficios”. (Oviedo, 1995: 4). Suena ilusorio decir, que Ecuador es uno de los países “megadiversos” cuando el interés transnacional está focalizado a la explotación de recursos únicos como: El petróleo, con enormes consecuencias negativas ya observadas en la explotación de dicho recurso, y que es contrario a la conservación de los recursos biológicos. Es hora de demandar la atención del mundo desarrollado para prever la devastación de los recursos que se dicen pertenecen a toda la humanidad.

El estado deberá asignar recursos financieros a través de convenios bilaterales con organismos responsables de la cooperación para proyectos propios de las comunidades, como el manejo sostenible de la Gana-

dería, la Agricultura, Artesanía, el Ecoturismo, la Piscicultura, Avicultura con especies nativas, y cultivo de sapos nativos y mieles con la finalidad de autoabastecer el consumo local. Los proyectos comunitarios confluirán en un mejor manejo del Bosque, en base a los elementos siguientes:

BASE ECONOMICA

ECOLOGICO BOSQUE HOMBRE LEGAL-POLITICO

SOCIAL-IDEOLOGICA

CONCLUSIONES

1. Las Políticas nacionales de uso de recursos no renovables son de carácter homogenizadoras y etnocidas en nombre del llamado “Desarrollo Nacional”. Gran parte de la diversidad biológica se está perdiendo, con la explotación petrolera, minera y maderera.
2. Se hace necesario estudios y tecnologías para desarrollar las iniciativas locales indias en el campo de la producción, nutrición y manejo sos-

tenido del bosque a través de productos no maderales.

3. El Ecoturismo puede ser una buena inversión nacional al desarrollo de las iniciativas para la conservación del Bosque.
4. Debe frenarse la explotación irracional de estos espacios indios cargados de espiritualidad que no son sólo capital, sino diversidad cultural. Un país que aún tiene la esperanza de ofrecer al mundo recursos para el sustento de la alimentación mundial, y que se lo demuestra en la variabilidad genética manejada dentro de los laboratorios in situ: sus chacras.
5. El recurso agua es el más prolífico en la cuenca amazónica y será uno de los recursos más apetecidos en el próximo milenio. La irracional explotación de los recursos actuales no permitirá sustentabilidad de dicho recurso.
6. Los shamanes o especialistas en la selva deberán asimilarse

a la sociedad nacional o involucionarán con una carga de información necesaria a las demandas urgentes de su propio mundo y del resto del mundo.

7. La experiencia de campo demuestra que cuando se parte de la realidad local, brilla la expresión india al ver que su quehacer está en concordancia con su cosmogonía o vivencia natural, lo que garantizará la continuidad a largo plazo de su identidad cultural en Ecuador y la Región.

NOTAS

- 1 Velocidad de adaptación cultural: Acceso y uso eficiente de información acumulada y utilizada en beneficio del grupo social.
- 2 Tzimbalo: variedad de papa silvestre, *Solanum, sp.*
- 3 Unanchi o Juyancha: tiempo primordial o de encantamiento o mágico.
- 4 Ashanca: Canasto nativo hecho con el bejuco tahuana.
- 5 Las cascaras y hojas cuando se azotan a la semilla de yuca (palos) aumenta la fertilidad, según las informantes.

- 6 Chankina: Canasto hecho del bejuco Kaapi.
- 7 Enteógena: Planta que genera <la vivencia de> dios dentro de nosotros. (Fericgla, 1996: 10).
- Morales, P. & Schjellerup, I.
1997 "The people and their culture", en: DIVA Technical Report N° 2, DIVA, May 1997.

Oviedo, Gonzalo
1995 "Algunas consideraciones sobre la implementación del Convenio sobre la diversidad biológica en el Ecuador", en II Congreso Nacional Ecuatoriano del Medio Ambiente, Quito, Ecuador, Fundación Natural.

BIBLIOGRAFIA

CERON S., Benhur

1991 El manejo indígena de la selva pluvial tropical, orientaciones para un desarrollo sostenido, Quito, Ecuador, Abya-Yala.

DIVA

1994 Programa Danés de Investigación del medio ambiente, octubre, 1994.

DOLLFUS, Oliver

1991 Territorios andinos: reto y memoria, Lima, Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos IFEA.

FERICGLA, Josep M.

1996 Al Trasluz de la Ayahuasca, Antropología cognitiva, consciencias alternativas y oniromancia, Quito, Ecuador, Universidad Politécnica Salesiana.

LEVI-STRAUSS, Claude

1996 De pres et de Loin, Didier Eribon, París, Francia. Ed. Odile Jacob. Traducción Corinne Duhalde.

Meggers, Betty J.

1996 Amazonía, Man and Culture in a Counterfeit Paradise, Washington, USA, Smithsonian Institute.

ORTIZ, Rosario

1994 Uso, conocimiento y manejo de algunos recursos naturales en el mundo Yucuna (Mirití - Paraná, Amazonas, Colombia), Quito, Ecuador, Abya-Yala.

SAHLINS, Marshall

1972 Las sociedades tribales, Barcelona, España, Editorial Labor.

SKOV, Flemming

1997 "Physical setting", en: DIVA Technical Report N° 2, DIVA, May 1997.

WHITE, Leslie A.

sf La ciencia de la cultura, un estudio sobre el hombre y la civilización, Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós.

*José Echeverría Almeida**

**LA PROBLEMATICA
DE LA ALTERIDAD EN
LA ARQUEOLOGIA
ECUATORIANA**

* Pontificia Universidad Católica
del Ecuador - Sede Ibarra

Al igual que la antropología, la arqueología también implica un encuentro con el Otro (prehispánico/colonial) dentro de una realidad y problemática específica. La actitud que adoptemos frente a este 'otro' durante la vida y en la investigación, determinará, en parte, el nivel de comprensión que intentemos *abstraer* del sujeto observado. "La paradójica y simultánea distancia y cercanía, alteridad y mismidad..." (Geertz 1989: 24) que ocurren en el proceso de la investigación, deben tenerse en cuenta al rato de analizar los resultados.

La percepción de la alteridad, la representación del otro, no responden únicamente a la diferencia sino a la jerarquización; consideramos “otros” a aquellos que creemos inferiores o superiores o que están ‘distantes’ a nosotros. Escribimos su historia pero en nuestros términos, según la perspectiva actual (Domínguez 1987: 132). Tarea casi imposible, ha sido el de aprehender el pasado sin hacer “nuestro pasado” (Salomon, Clases FLACSO, Sede Ecuador 1993).

“The Past in a foreign country”, extraño, no tanto por sus características o por el tiempo que nos separa sino por nuestra manera de pensar, por la actitud y comportamiento que hemos adoptado frente al Pasado. Para los “occidentalizados”, el Pasado está atrás, muy distante, algo que permanentemente tratamos de olvidar y que cuando fuimos escolares lo aprendimos mal y sólo para el examen. Lo prehispánico son sólo objetos; nos resistimos conocer a sus autores.

Para los indígenas, el Pasado es un Presente, una experiencia, un conocimiento diario que no han olvidado, pese al largo y cruel proceso histórico que han soportado. En la cosmovisión indígena, el tiempo-espacio es indivisible; hay distintas nociones de tiempo, según los cuales ordenan su propia vida.

Para nuestros propósitos, es importante visualizar “al otro” en nosotros y “el nosotros” en “el otro”; determinar qué elementos de nuestra cultura provienen de este “otro” (Cfr. Rabinow 1986).

De acuerdo con Todorov (1989: 195), habrían tres ejes en los que se puede situar la problemática de la alteridad:

- 1) Conozco o ignoro la identidad del otro (plano epistemológico).
- 2) Juicio de valor. El otro es bueno o es malo (plano axiológico).

3) Acción de acercamiento o alejamiento en relación con el otro (plano praxeológico). Asimilo al otro, asumo neutralidad o indiferencia, ¿Hay “simpatía” y comunicación con el otro? En la práctica, estos tres ejes se interrelacionan.

Asimismo, habrían varios niveles como sujetos de acción, podríamos señalar: el estado, las instituciones, el/la investigador/a y el/la ciudadano/a. Entre otros sujetos hay igualmente una estrecha relación; la actitud del Estado influye en las instituciones y en la población y viceversa.

La historia de la arqueología en el Ecuador (Cfr. Echeverría 1996), nos permite observar el cambio que se ha venido dando respecto a la consideración de lo prehispánico. De una posición “colonialista” interesada básicamente en lo exótico de lo prehispánico, tiosos bonitos, figurinas y las ruinas monumentales, que era analizados dentro de pautas tradicionales, hemos pasado paulatinamente a una

consideración del sujeto y no del objeto. Las cosas prehispánicas/coloniales son importantes en cuanto permiten conocer a sus autores. La sociedad es concebida en un proceso continuo de transformación, resultado de la manera como el hombre resuelve su enfrentamiento con la naturaleza, a la que transforma por medio de su capacidad sociocultural.

Aunque no es este el espacio para presentar una reflexión profunda sobre el Estado y las políticas culturales, consideramos que esto es un componente fundamental para entender el desenvolvimiento arqueológico a nivel nacional.

La intervención del Estado ecuatoriano en la defensa del patrimonio arqueológico se inició muy tardíamente, pese a que existían ejemplos previos a nivel del Nuevo Mundo.

Por lo menos en el aspecto legal, Ecuador se integra a un movimiento internacional de esta índole a través de la firma de los acuerdos que sobre esta

materia se realizan en 1902 y en 1923.

Recién en 1945 se emite la Ley de Patrimonio Artístico y se encarga a la Casa de la Cultura Ecuatoriana hacer cumplir la ley, otorgar permisos para realizar excavaciones arqueológicas y la elaboración de un mapa arqueológico nacional. En 1979, se expide la Ley de Patrimonio Cultural y se crea el Instituto de Patrimonio Cultural como institución rectora de las actividades orientadas a salvaguardar todo lo que se considera patrimonio cultural (1).

El testimonio insustituible sobre determinadas épocas, o sea el patrimonio histórico, requiere un tratamiento especial por parte del Poder Legislativo, ya que al defenderlo se está manteniendo en vigencia la personalidad cultural, la identidad y el fundamento histórico de todo un pueblo (2).

El patrimonio arqueológico reviste la particular circunstancia de ser insustituible e irremplazable y siendo que for-

ma parte del patrimonio cultural de la nación, el Estado debe protegerlo, garantizando la atención científica del problema (Torres de Araúz 1981). Especialmente, los gobiernos deben entender que el rescate y conservación del patrimonio cultural e histórico no es solamente una cuestión técnica de inventariar material cultural, monumentos, sitios, etc. Es una situación compleja que tiene que ver con la construcción de nuestra identidad.

Desafortunadamente, el Estado solo se ha preocupado de la transmisión de la información (educación) y no de su producción, por lo que no le ha importado que los textos escolares sigan repitiendo leyendas hechas historia e historia hecha leyenda.

A nivel educativo, si bien los planes y programas oficiales integraron la Historia Aborigen del Ecuador, no mantienen una constante actualización (Cfr. Salazar 1988) y hay poco interés por utilizar los museos y sitios

arqueológicos como elementos didácticos.

La filosofía de la preservación cultural en programas educativos no se ha producido como un proyecto estatal, total. No solamente que hay dejadez, quemimportismo, sino que existen imposibilidades prácticas para el logro de actitudes de este tipo (3).

El propio sistema educativo y la escuela, hasta hace poco, caracterizados por una unidireccionalidad hispanizante y occidentalizante han desprestigiado la cultura indígena y han creado un ambiente de racismo solapado (observación personal, Otavalo, 1982-1991).

A partir de 1492, los valores culturales de los aborígenes se fueron eliminando, aceleradamente en unos casos, paulatinamente en otros. La imposición a la fuerza de valores culturales occidentales rompió la continuidad en muchos aspectos. La mayoría de conocimientos acumulados durante miles de años quedaron borrados en

pocos días. Lo prehispánico quedó atrás, sin ninguna relación con los indios actuales. En su lugar se colocó a un Indio imaginado, según los intereses de los blanco-mestizos y de una nación también imaginada (Cfr. Muratorio 1994). Incluso nuestra peculiaridad mestiza fue obligada a olvidar lo propio, “la pérdida de la memoria colectiva sobre los orígenes y la carencia de identidad que produce la ausencia de mirada hacia el futuro” (Jimeno Santoyo 1992: XIII).

Para los hispanohablantes, ‘indio’ era y es sinónimo de pasado y consecuentemente de atraso; la escuela tradicional transmitió casi siempre un sentido de “vergüenza” de ser indio. Únicamente se ha utilizado “la figura arquetípica del Indio aristócrata o guerrero”, como el nombre de Rumiñahui para el banco de los militares (Muratorio, 1994a: 9 y Nota 2; 1994b).

En el proceso de aprendizaje-enseñanza o en la problematización escolar hay poca preocupación por promover en-

tre los futuros maestros y entre los educandos en general, materias sobre la especificidad del “ecuatoriano”, sus valores culturales de ayer, de hoy y de mañana (Cfr. Veloz 1981) (4).

Los diferentes grupos étnicos que existen en Ecuador no son meras curiosidades de antropólogos o de inquietos periodistas, son culturas que viven, que siguen creando y aportando valores para un convivir más humanos. Es necesario que los maestros desarrollen entre los estudiantes una actitud que reconozca con naturalidad la diferencia y que la cohesión “ecuatoriana” debe estar basada en la diversidad y no en la uniformidad (Jimeno Santoyo 1992: XII-XIII).

No es fortuito el que los gobiernos sean indiferentes ante la destrucción de la identidad cultural pasada, presente y futura. Por ejemplo, se irrespetan los derechos de las minorías y mayorías indígenas que defienden como válido su modo de vida (Cfr. Sanoja 1981).

En los últimos años, por presión de las organizaciones indígenas, y quizá por un enorme remordimiento histórico, los gobiernos han aceptado e impulsado algunas reivindicaciones étnicas, como la educación intercultural bilingüe (5).

Si entre los objetos principales de la Educación Intercultural Bilingüe se halla el rescate de la cultura indígena y teniendo en cuenta que incluso físicamente muchas escuelas se hallan en áreas culturales muy ricas y con un componente arqueológico, a veces monumental, la arqueología sería una fuente riquísima para los propósitos de la educación intercultural bilingüe.

Educar para el futuro es buscar en el pasado y en el presente las indicaciones necesarias para ver si los objetivos se están cumpliendo o no.

Lógicamente, la herencia precolombina es de toda la nación, de todos los ecuatorianos; pero los sectores indígenas, por ser los continuadores de cultu-

ras y subculturas regionales autóctonas, cada una con características propias, estarían más cerca de entender el pasado que el arqueólogo trata de develar.

En la actualidad, en la que muchas actividades particulares y colectivas tienden a uniformar y homogeneizar la sociedad es vital fortalecer la diversidad, el derecho que tienen las minorías de todo el mundo a decidir sobre su propio modo de vida y su papel en la sociedad global.

“La supervivencia de una etnia no sólo depende del territorio apropiado bajo unas formas económicas, ecológicas y culturales que le permiten reproducir sus propias condiciones de vida material, sino que influye el control social y la articulación en un contexto regional de su territorio y otros recursos étnicos tales como el control sobre sus decisiones políticas, sus formas de organización social, sus reglas de parentesco y matrimonio, de vivienda, de

familia, de herencia y sucesión, tanto como el ejercicio de su lengua, de la transmisión de su cultura y de sus conocimientos médicos y religiosos” (Coorea, 1922: 53).

Especialmente en el plano cultural, la información confiable y rigurosa que aporta la arqueología puede ayudar a cambiar la idea de un pasado encubierto y marginado y ver a las culturas prehispánicas como una expresión social orientada a resolver problemas de existencia histórica en el marco del mundo andino (Alvarez 1991: 5).

Aparte de la situación legal, el estado como tal, ha mantenido casi siempre una postura ambigua frente a lo prehispánico. No pocas veces, se ha considerado a la arqueología como un pasatiempo trivial, esotérico y de mucho gasto, “un lujo” que los países pobres no se pueden dar. Al mismo tiempo, en las exposiciones y ferias internacionales, el Ecuador hace ostentación de la diversidad y riqueza arqueológica y etnográfica, di-

vulgando a los cuatro vientos la antigüedad y hermosura de la cerámica precolombina, el laborioso y limpio indio otavaleño y el “buen salvaje ecológico” de la región amazónica. Todo reducido a una atracción turística de un “nacionalismo de exhibición”, al decir de Blanca Muratorio (1994b: 142).

Aparte de estas situaciones coyunturales, en la práctica y en forma continua no hay una preocupación por conocer y acercarnos al otro y asimilar su mensaje. Hay, si se quiere, una ambigüedad entre incorporación y rechazo o, al menos, indiferencia frente a lo prehispánico.

Pese a que Ecuador ha participado e incluso ha sido anfitrión de reuniones internacionales sobre “Patrimonio Cultural”, como estado, propiamente tal, poco ha hecho para proceder a una adecuada utilización de este patrimonio como factor de desarrollo económico-social. En las propias **Normas de Quito** se sugiere incorporar en los planes nacionales de de-

sarrollo, proyectos específicos de restauración y revalorización de los bienes patrimoniales, con fines turísticos (de Zéndegui 1968: 2) (6).

La intervención directa del estado sería lo ideal, con políticas culturales idóneas (aprovechando las experiencias de otros países, como México, Cuba, Brasil), no solamente para legislar, sino también para coordinar acciones, proveer los medios económicos necesarios y constituirse en el gran concientizador del pueblo (Cfr. Crespo 1981) (7).

A más de las instituciones mencionadas, es necesaria también la participación decidida y dinámica de las instituciones y personas que directa o indirectamente tienen que ver con estas actividades.

Frente a este triste panorama, debemos insistir que la acción cultural fundamental no puede reducirse a espectáculos sin respuesta endógena por parte de las comunidades. La acción cultural es un proceso con-

tinuo de animación y de estimulación de las formas de conducta cultural propias de los pueblos, de tal manera que los individuos generen su propia acción y su propia respuesta (Sanoja 1981). La participación bien articulada crea acción y responsabilidad y da confiabilidad de que se cumplan los objetivos propuestos.

La forma como se ve el pasado, determina una postura ideológica y una práctica social en el presente y se construye un proyecto para el futuro. ¿Puede haber un conocimiento “neutral” del pasado? Parece que no, es difícil mirar el pasado sin prejuicios y sin actitudes extremas. Para muchos, remontarse a explicar el pasado a través del presente o el presente a través del pasado, les parece cosa de magia. Cuesta comprender los cambios, las revoluciones, desde siglos atrás. Cuesta construir ese mundo prehispánico que se nos presenta fragmentado e incompleto, en el que los muertos hablan y tienen la facultad de iluminar el presente (Benjamin 1955). Para algunos, reflejarnos

en el rostro del otro, es poco menos que renegar de uno mismo o equivale a dar un paso hacia atrás.

Las prácticas ideológicas que se observan en las diversas actividades arqueológicas, constituyen el sistema de significados y valores que expresan la posición de un individuo, de una clase social o de la propia política cultural del estado.

El Otro prehispánico y colonial también es un yo, los otros de la antigüedad también son sujetos, como nosotros; pero, los sentimos abstractos, ausentes, distantes, no tanto por los años que nos separan, sino por esa distancia fatal creada artificialmente por la tácita despreocupación en conocerlos (Todorov 1989).

No pocas veces, se percibe la posición ambigua que Sider (1987) encuentra en la dominación colonial: una dominación que intenta incorporar al otro, y al mismo tiempo genera un distanciamiento con este. Nos interesamos por las cosas antiguas,

pero sin considerar a los pueblos prehispánicos como autores. Es decir, hemos asumido el papel de Cristóbal Colón en su primer encuentro con los nativos de este continente. Nuestra actitud es aún más criticable, porque han pasado más de 500 años y seguimos pensando igual. Lo de los otros prehispánicos es bueno solo para coleccionar, para exhibir como exótico.

La actitud de Colón frente a la cultura de “estos otros” era en el mejor de los casos, la de un coleccionista de curiosidades, y nunca le acompañó un intento de comprensión. Colón sólo describe, hay una apreciación pragmática, pero no el deseo de conocer. Ve las cosas tal y como le conviene. Colón quiere que los indios sean como él (8).

En su impulso de naturalista lleva a España especímenes de todo género: plantas, aves, animales e indios.

Toda la historia del descubrimiento de América, en su primer episodio de la conquista,

lleva la marca de esta ambigüedad: la alteridad humana se revela y se niega a la vez (Todorov 1989: 57)

Los arqueólogos, salvo honrosas excepciones, en las actitudes negativas son otros Cristóbal Colón. Simplemente se contentan con describir el material cultural que encuentran, ignorando muchas veces a sus autores, o en el mejor de los casos convirtiéndolos en especímenes que se confunde entre tuestos, ollas, huesos y piedras. Pretendemos “reconstruir la cultura” del pueblo que estudiamos, pero a nuestra manera y sólo lo que nos conviene.

Según Urbain Chauveton (Siglo XVI, evocado por Todorov 1989: 254) “conocemos al otro por medio de nosotros, pero también a nosotros por medio del otro”.

El pasado está en el presente; hay eslabones o bisagras que los unen; hay rasgos culturales que aún persisten en la población ecuatoriana: la reciprocidad, el trueque, las técnicas

agrícolas tradicionales, los trabajos manuales (artesanías) formas tradicionales de organización social y de trabajo, en fin, muchas experiencias.

La memoria histórica (especialmente las imágenes de emergencia, los momentos de peligro, las crisis, etc.) está latente en el ser humano, como individuo y como colectividad.

Desafortunadamente, el uso de esta memoria es comúnmente controlado directa o indirectamente por la sociedad dominante. El foro es condicionado por el poder. La amnesia es, a veces, impuesta desde el exterior, por ejemplo, por el Estado.

Es sugerente la frase con la que, corrientemente, terminan la explicación, los entrevistados campesinos "...esto no más me acuerdo". El problema es determinar, ¿en qué momento la memoria de un pueblo se convierte en amenaza a un discurso hegemónico?

A nivel continental, hay casos muy ilustrativos, por ejemplo, la recuperación de la historia de Juan Tama y la redefinición de la identidad indígena entre los páez (Colombia). El recurso a la memoria, el "recordar los derechos" jugó un papel importante en el movimiento de las comunidades y en su decisión de "entrar a recuperar". Los páez "son un pueblo completo que ha fortalecido y recuperado la confianza en sus propios valores, a pesar de que se creía derrotado y en vía inevitable de extinción" (Sánchez 1992: 86; Findji s.f.; Rappaport 1989; 1990).

Otra experiencia importante constituye el proceso vivido por los Indios Tukano, habitantes del Vaupés, Colombia. Con una conciencia indígena propia, modifican su cultura como parte de estrategias interétnicas (Jackson 1989: 127-143).

Siguiendo a Eric Wolf, Hugh-Jones resalta que hay que preguntarse quienes somos has-

ta ahora y qué es lo que hemos negado; “no solamente es lo que hemos dominado a través de la historia sino lo que hemos visto desde nuestra perspectiva occidental” (1988: 139).

La disciplina arqueológica coparticipa en gran medida de la historia de la antropología; muchos de sus problemas se repiten en arqueología. Clifford (1991: 144) refiriéndose a un consenso internacional de mediados de la década de 1930 reclamaba que las investigaciones antropológicas deberían ser realizadas por estudiosos calificados. Si esto se decía hace varias décadas, los arqueólogos nos hemos quedado suspendidos en el tiempo.

En Ecuador, salvo algunos proyectos desarrollados por profesionales, el “hacer arqueología” era asunto de “pico y pala” o de “un fin de semana” o “una práctica de escolares” (9). De muchas actividades, rara vez se sabe algo, por simples comentarios personales o por monografías intituladas “informe preliminar”. Destruimos el pa-

sado y al mismo tiempo nos apenamos de que ello ocurra (Rosaldo 1989: 69-70). El resultado de toda esta situación ha sido el ofrecer una arqueología cuyos indicadores socioculturales se restringen a dar una información temporal y espacial ajena a las posibilidades y necesidades que imponen las explicaciones históricas.

Convertida en un ejercicio de ajedrez, la arqueología no socializa, no historiza sus resultados; generalmente se ha contentado con una descripción minuciosa del material cultural y en el mejor de los casos, una inferencia demasiado obvia y fácil.

La “prehistoria” se ha reducido a una ordenación cronológica de períodos estáticos en los que se han “acomodado” “culturas” y “fases”, sin mayor explicación procesal (10).

“Un pueblo que reemplaza a otro, no es meramente una prolongación de éste último con algunos caracteres nuevos; es dis-

tinto, constituye una individualidad nueva y todas esas individualidades distintas al ser heterogéneas, no pueden fundirse en una misma serie continua ni, sobre todo, en una serie única. Pues la sucesión de las sociedades no podrá ser representada por una línea geométrica, sino que más bien se asemeja a un árbol cuyas ramas se dirigiesen en sentidos divergentes” (Durkheim 1988: 74).

Haciendo una imbricación, sucede que muchos arqueólogos se queman las pestañas construyendo al “otro” prehispánico/colonial, pero hacen lo posible por desconocer a los continuadores actuales de esa cultura milenaria que tratan de entender (11).

Sería cínico y trágico preocuparse sólo de rescatar las evidencias materiales de las culturas indígenas del pasado, ignorando o distanciándonos de los grupos indígenas actuales e incluso de los grupos blanco-

mestizos (Arze 1981). La incorporación del “otro” no puede estar sólo en palabras y símbolos o solo remitido al pasado en corte total con el presente. El reto de la arqueología y de la antropología es unir el pasado, el presente y el futuro.

Como la etnografía, la arqueología busca representar la realidad pretérita de una determinada forma de vida. Alude a la totalidad por partes o focos de atención analítica; evoca una totalidad social y cultural. Privilegia el estar allí (Marcus y Cushman 1982: 175; Geertz 1989: 11-34), el “estar allí”, permite al arqueólogo obtener las evidencias, los contextos culturales arqueológicos que son la base para sus teorías.

La historia se construye y no es el simple reflejo de los hechos. Es un eslogan decir en arqueología que los hechos o las cosas hablan por sí mismos y que incluso pueden reemplazar al lenguaje. La propia naturaleza del trabajo de campo, hace que el acto de observar y medir derive de la teoría: ¿qué obser-

var?, ¿qué medir?, ¿cómo medir? (Cfr. Bernard-Pelto 1986).

El arqueólogo debe descubrir la polifonía (la voz de todas las evidencias) y armar el rompecabezas que constituye la vida de una comunidad extinta.

¿Qué hacemos cuando escribimos las historias de otros pueblos? ¿Realmente estamos conscientes de que las historias de otros nos conciernen? Normalmente, escribimos la historia de algunos pueblos y no de otros; esto implica aceptar que determinados pueblos se han desarrollado mientras que otros no (Domínguez 1978: 135-136), y significa aceptar que hay culturas superiores e inferiores en vez de culturas diferentes (Najenson 1982: 54-55 y 59).

Como bien señala Todo-rov (1989), diferencia no es inferioridad. No podemos aplicar juicios de valor: “bárbaros”, “primitivos”, “salvajes”, “caníbales”, “aucas”, etc. con el propósito de justificar las acciones colonialistas (Hulme 1986).

En la arqueología ecuatoriana, se ha privilegiado la investigación de determinados sitios y de ciertos períodos. Conscientemente olvidamos a otros. A nivel nacional, hay más estudios sobre el Período Agroalfarero que sobre el período anterior, preagroalfarero. ¿Se debe esto a la falta de especialistas o porque la cerámica es más atractiva que las piedras y fósiles?

Sin lugar a dudas, la Costa ecuatoriana ha sido la más investigada (y también la más huaqueada), aunque no hay una correspondencia con el número de publicaciones. En cambio, las regiones Interandina y Amazónica han sido menos investigadas, pero tienen mayor número de publicaciones. Incluso, muchos aficionados a la arqueología tienen sus respectivos apuntes de campo y algunos han logrado publicar varios de sus estudios.

Asimismo, reconstruimos el pasado según nuestra perspectiva y no según el sentido de aquella época. Muchos arqueólogos hicieron su trabajo de

campo al estilo de “*apres moi le déluge*” (después de mí el diluvio) (Clifford 1987: 121). Eran dueños de islas, de regiones, de sitios; quien osaba penetrar en esos dominios era tildado de “pirata” (12). Ser socio de una escuela arqueológica, lanzar hipótesis atrevidas (13) ser descubridor de culturas o de fases o poseer una colección de antigüedades era la carta de presentación para ser llamado “arqueólogo”.

En algunos casos, las bases que determinan lo que se acepta y lo que no, tienen muchísimo que ver con las personas. Escuchamos determinadas voces e ignoramos otras (Geertz 1989: 16). En la arqueología ecuatoriana, importa mucho quien habla, quien escribe, quien dirige el trabajo de campo.

Indudablemente, las declaraciones válidas deben venir de profesionales, de expertos. No es que invalidemos los actos de habla cotidiana; pero es necesario de que, si se quiere socializar el conocimiento, debe

pasar primero por el tamiz de los especialistas. Esto es muy importante puesto que las declaraciones como actos de habla valoradas o serias tienden a ser copiadas, repetidas, divulgadas y comentadas, de ahí la gran responsabilidad de un autor (Tilley 1991: 296-297).

Como en la antropología, también en la arqueología se debería considerar la “posición del sujeto”, el como veamos las cosas dependerá de la actitud que adoptemos en ese momento preciso de la investigación. Incluso la elección de los términos que utilicemos estará en concordancia no solamente con la teoría que apliquemos sino además con la posición que adoptemos y en base a la realidad que estudiemos (Cfr. Rosaldo 1989).

Sin pretender un análisis profundo del asunto, conviene señalar también que concomitantemente con el aspecto ideológico pudo haber influido el género del investigador. Comúnmente, el arqueólogo es masculino; el número de muje-

res arqueólogas es menor que el de hombres (14).

Esta realidad puede determinar implicaciones y consecuencias a la hora de utilizar un lenguaje típicamente sexista y unas interpretaciones del mismo género. Puede haber el peligro de dar un enfoque androcéntrico o simplemente ignorar o minimizar la importancia de las evidencias que tienen que ver con actividades relacionadas con el género femenino (Cameron 1977: cap. 6).

A nivel del ciudadano común y corriente, hay una total ignorancia con respecto a la identidad del otro. El “otro prehispánico” no es siquiera “otro”, sencillamente no existe.

Para algunos individuos (huaqueros, negociantes de antigüedades...), el otro precolonial/colonial es una realidad económica; para los coleccionistas, es algo exótico, intrigante, pero muerto.

Siendo el Ecuador un país multiétnico y pluricultural sería

interesante conocer que es lo que piensa la población indígena, en general, respecto de sus antepasados prehispánicos.

Salvo algunas insinuaciones en los discursos políticos de los dirigentes, poco o nada han hecho para incorporar a su vida los aportes de la arqueología en cuanto a la interpretación de su pasado. No hay ningún interés serio por rescatar lo prehispánico o por hacer suyos los museos (15).

En algunas arengas de los líderes indígenas se hace alusión a sus raíces prehispánicas, argumentando ser los únicos “legítimos americanos”, anteriores a la sociedad nacional dominante y ser los únicos que mantienen viva la memoria de su pasado, cuando en la sociedad mayor prevalece el olvido de ese mismo pasado (Findji s. f.).

Esta situación, lógicamente, no es gratuita, es el resultado de infinidad de factores, muchos de los cuales son de conocimiento público. Como manifiesta Bonfil (1978: 91), me-

dian­te una hábil alquimia ideoló­gica aquel pasado vino a ser el nuestro, el de los no indios (16).

Nos hemos lanzado a salvar, rescatar, conservar y exhibir una serie de objetos, porque pensamos que nosotros los no indios somos los únicos llama­dos a realizar dichas acciones. Hay en esto, indiscutiblemente, problemas de poder, la clase dominante no sólo manipula “la historia”, los objetos, sino además los conceptos de arte y de cultura (Clifford 1988).

Es necesario enfatizar, además, que el capitalismo se ha adjudicado mayores éxitos en la conservación, restauración y estudio científico del material cultural, pero no ha conseguido ampliar el acceso a la cultura de la gran masa de población. Un gran porcentaje de ecuatorianos nunca han ingresado a un museo y los pocos que lo han hecho no han logrado una interacción entre ellos y los objetos. Incluso a nivel de personas con algún grado de escolaridad superior, hay un desconocimiento del otro prehispánico y colonial,

un alejamiento conciente o inconsciente, o una casi total indiferencia.

NOTAS

- 1 Por la amplia gama de materias que constituyen Patrimonio Cultural y la falta de organismos ejecutivos específicos, hacer cumplir la ley es, en la práctica, casi imposible. Incluso a nivel de investigadores, hay individuos que no han cumplido con lo estipulado en la Ley y en el Reglamento respectivo. Se han desarrollado Proyectos sin la autorización oficial o/y no se han entregado los informes de los trabajos.
- 2 El ejemplo de México es realmente impresionante. No hay escatimación de fondos económicos cuando se trata de sacar a la luz un aspecto de su historia. Este país cuenta con un Museo Nacional desde 1831.
- 3 En Ecuador, la venta de objetos arqueológicos y coloniales se ha constituido en una actividad normal. “...es común ver a los vendedores de piezas antiguas en las principales avenidas de Quito, a las puertas de las embajadas o de las casas de técnicos y expertos internacionales o, simplemente, en las tiendas de antigüedades, sin que exista el debido control sobre su comercialización y destino” (Crespo, 1985).
Los gobiernos miran con desinte-

rés un comercio que atenta contra la propia identidad de los pueblos.

- 4 Digno de elogio fueron algunas actividades realizadas por el Museo del Banco Central, Quito, que tomó muy en serio su papel, al integrarse a la acción educativa no formal o complementaria de la población escolar, a nivel de niños y jóvenes, tanto mestizos como indígenas.
- 5 El gobierno de Oswaldo Hurtado oficializó la Educación Bilingüe mediante Acuerdo N° 000529 del 12 de enero de 1982. A partir de 1988 se creó la Dirección Nacional de Educación Intercultural Bilingüe en las áreas rurales donde se habla una lengua materna diferente al Castellano. Funciona en siete provincias de la Sierra: Imbabura, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Cañar, Bolívar, Azuay.
- 6 Las Normas de Quito (1968: 11) señalan precisamente que en los críticos momentos en que América busca transformar sus estructuras económicasociales, la defensa, conservación y utilización del patrimonio cultural adquiere excepcional importancia y actualidad.
- 7 La máxima presencia del Estado en estos aspectos se observa a través de los Museos del Banco Central del Ecuador. Desafortunadamente, en los últimos Gobiernos, las actividades culturales se redujeron a su mínima expresión.
- 8 La antropología biológica desempeñó un papel relevante para de-

mostrar que el europeo es el último grado de evolución, en términos de raza, y también de género. (Cfr. estudios sobre la imagen de la mujer en los países colonizados; por ejemplo: Berger 1972; Corbey 1988; Poole 1988).

- 9 Por ejemplo, algunos trabajos de campo que sirvieron para la elaboración de los respectivos informes firmados por el Padre Pedro Porras, como el de Chilibulo, Alausí, Cotacolloa, fueron realizados por estudiantes, muchas veces, sin la supervisión permanente del responsable del proyecto.
- 10 Esta breve crítica, no significa negar el valor de lo realizado; "para construir una casa también hace falta quien haga los ladrillos".
- 11 Comúnmente, la mayoría de arqueólogos hacen caso omiso de las poblaciones aledañas a los asentamientos prehistóricos. Caso excepcional constituyó el sitio arqueológico de Agua Blanca, Machalilla, Jípijapa, Manabí. La Comuna "Agua Blanca" participó en los trabajos de campo realizados por los arqueólogos María Isabel Silva y Colin McEwan. Actualmente conservan y manejan el museo y sitio vía el turismo. (Observación de octubre de 1990 y junio de 1994).
- 12 Acusaciones de Pedro Porras a Ronald Lippi por el sitio arqueológico de La Ponga, a John Stephen Athens por el sitio de Pastaza y al Museo del Banco Central por el sitio de Cotacolloa (carta de Porras

a Olaf Holm, Quito junio 11 de 1986).

- 13 Especialmente en los años 60, la arqueología ecuatoriana tenía a la mano una respuesta fácil para los interrogantes difíciles. Cuando algún registro arqueológico no encajaba con lo ya conocido, se explicaba su presencia por difusionismo, algunas colecciones arqueológicas se iniciaron con fines científicos, por ejemplo las de Jijón y Caamaño, Emilio Estrada; pero otras tuvieron fines simplemente coleccionistas.
- 14 De 1987 hasta 1945, de setenta y tres investigadores hay dos arqueólogos de sexo femenino; de 1945 a 1970, de 171 autores, 13 son mujeres, buena parte de ellas extranjeras; tercer período: 693 hombres y 132 mujeres (Idrovo 1990). A nivel de profesionales nacionales, a partir de la década de los 80 se han incorporado al quehacer arqueológico del país las mujeres graduadas en la ESPOL, Guayaquil).
- 15 En el levantamiento indígena de 1990, en el punto 10 del "Mandato por la Vida" se pide la protección de los sitios arqueológicos por parte de la CONAIE Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador.
- 16 A nivel ecuatoriano, esta apropiación ha sido mínima y selectiva, siguiendo las prácticas occidentales de "coleccionar el arte y la cultura".

BIBLIOGRAFIA CITADA

ALVAREZ

- 1991 "Introducción: Una década de arqueología en la ESPOL", en: *Avances de Investigación* N° 5. Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos, ESPOL, Guayaquil.

ARZE Quintanilla, Oscar

- 1981 Las culturas tradicionales ante la amenaza del desarrollo. *World Conference on Rescue Archeology*, del 10 al 16 de mayo, Quito.

BENJAMIN, Walter

- 1955 "Theses on the Philosophy of History", in *Illuminations*, New York: Harcourt, Brace and World: 255-266.

BERGER, John

- 1972 *Ways of Seeing*. London: British Broadcasting Corporation and Penguin Books.

BERNAND-PELTO

- 1986 "The construction of primary data in cultural anthropology", in *Current Anthropology* 27, pp. 382-396.

BONFIL Batalla, Guillermo

- 1987 *México Profundo. Una Civilización Negada*. SEP/CIESAS, Secretaría de Educación Pública, Foro 2000.

CAMERON

- 1977 *Feminism and Linguistic Theory*. London: Macmillan.

CLIFFORD, James

- 1987 "Of Other Peoples: Beyond the 'Salvage' Paradigm", in Hal Foster,

- ed. **Discussions in Contemporary Culture**, Seattle: Bay Press: 121-137.
- 1988 "On Collecting Art and Culture", in **The Predicament of Culture**, Cambridge, Mass. Harvard University Press: 215-251.
- 1991 "Sobre la autoridad etnográfica", en Geertz, C. y J. Clifford y otros, **El Surgimiento de la Antropología Postmoderna**. Editorial Gedisa, 1a. Edición, traducción de Carlos Reynoso, México: 141-170.
- CORBET, Raymond
1988 "Alterity: The Colonial Nude", in **Critique of Anthropology** 8 (3): 75-92.
- CORREA
1992 "Imagen de lo indio" en el desarrollo y la identidad nacional, en: **Diversidad es riqueza. Ensayos sobre la realidad colombiana**. Instituto Colombiano de Antropología/Consejería Presidencial para los Derechos Humanos, Santafé de Bogotá.
- CRESPO, Hernán
1981 "Reflexiones acerca de la arqueología de salvamento y la identidad cultural". **Conferencia sobre Rescate Arqueológico del Nuevo Mundo**, Quito, 11 al 15 de mayo.
- 1985 "Remitido: Hernán Crespo Toral, Director de los Museos del Banco Central del Ecuador, Diario "El Comercio" 28 de agosto de 1985.
- De ZENDEGUI, Guillermo
1968 Introducción, en **Patrimonio Cultural, Preservación de Monumentos**, Pan American Union, Washington, D.C.
- DOMINGUEZ, Virginia R.
1987 Beyond the salvage paradigm.
- DURKHEIM, Emile
1988 **Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales**. El Libro de Bolsillo, Alianza Editorial, Madrid.
- ECHEVERRÍA, José
1996 **Personalidades y Dilemas en la arqueología ecuatoriana**. Ediciones Abya-Yala, Quito.
- FINDJI, María Teresa
s.f. "De la resistencia al movimiento social: el caso del movimiento de autoridades indígenas en Colombia", Universidad del Valle, Cali, Colombia.
- GEERTZ, Clifford
1989 **El Antropólogo como autor**. Edit. Paidós, Barcelona.
- HUGH-JONES, Stephen
1988 "The gun and the bow: Myths of white men and Indians" **L'Homme** XXVIII (2-3).
- HULME, Peter
1986 **Colonial Encounters. Europe and the Native Caribbean 1492-1797**. London: Methuen.
- JACKSON, Jean
1989 "Is there a way to talk about making culture without making enemies?", in: **Dialectical Anthropology** 14: 127-143.

- JIMENO SANTOYO
 1992 "La diversidad es riqueza", en: **Diversidad es riqueza. Ensayos sobre la realidad colombiana.** Instituto Colombiano de Antropología-/Consejería Presidencial para los Derechos Humanos, Santafé de Bogotá.
- MARCUS, George and Dick CUSHMAN
 1982 "Ethnographies as texts", in **Annual Review of Anthropology** 11.
- 1982 "Las etnografías como textos", en Carlos Reynoso (Comp.) **El Surgimiento de la Antropología Post-moderna**, Gedisa, Buenos Aires: 171-212.
- MURATORIO, Blanca
 1994a "Introducción: Discursos y silencios sobre el Indio en la conciencia nacional", en: Blanca Muratorio (ed) **Imágenes e imagineros: Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX.** Serie Estudios Antropología, FLACSO-SEDE ECUADOR, Quito: 9-24.
- 1994b "Nación, Identidad y Etnicidad: Imágenes de los Indios Ecuatorianos y sus Imagineros a fines del Siglo XIX", en: Blanca Muratorio (ed) **Imágenes e imagineros: Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX.** Serie Estudios Antropología, FLACSO-SEDE ECUADOR, Quito: 109-196.
- NAJENSON, José Luis
 1982 "Cultura, Ideología y Democidio", en Francisco Rojas Aravena, ed. **América Latina: Ideología y Cultura**, San José: Editorial EUNED: 51-82.
- POOLE, Deborah A.
 1988 "A one-eyed gaze: Gender in 19th century illustration of Peru", en **Dialectical Anthropology** 13: 333-364.
- RAPPAPORT, Joanne
 1989 "Historia, Mito y Dinámica de Conservación Territorial en Tierradentro, Colombia", en **Informes Antropológicos** N° 3, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá: 47-62.
- 1990 **The Politics of Memory: Native Historical Interpretation in the Colombian Andes.**
- RABINOW, Paul
 1986 "Representations are social facts: modernity and post modernity in anthropology", in J. Clifford & G.E. Marcus, **Writing culture. The poetics and politics of ethnography**, Berkeley, U. of California Press, pp. 234-261.
- ROSALDO, Renato
 1989 **Culture and Truth. The Remaking of Social Analysis.** Boston: Beacon Press.
- SALAZAR, Ernesto
 1988 **Mitos de Nuestro Pasado.** Museo del Banco Central, Quito.
- SANCHEZ, Esther
 1992 "Derechos y deberes: El control social entre los páez", en: **Diversidad es riqueza. Ensayos sobre la realidad colombiana.** Instituto Colombiano de Antropología-

/Consejería Presidencial para los derechos humanos, Santafé de Bogotá.

SANOJA, Mario

- 1981 Política Cultural y Rescate del Patrimonio Histórico, *World Conference on Rescue Archeology*, 10 al 16 de mayo, Quito.

SIDER, Gerald

- 1987 "When Parrots Learn to Talk, and Why They Can't: Domination, Deception, and Self-deception in Indian-White Relations", in *Comparative Studies in Society and History* 29 (1): 3-23.

TILLEY, Christopher (ed)

- 1991 *Reading material culture. Structuralism, Hermeneutics and Post-*

Structuralism, Basil Blackwell Ltd. Cambridge.

TODOROV, Tzvetan

- 1989 *La conquista de América. El problema del otro*, Segunda Edición, Siglo XXI Editores, México.

TORRES de ARAUZ, Reina

- 1981 *Fundaciones Legales: Papel y Responsabilidades del Gobierno. New World Conference on Rescue Archeology*, May 11th-15th, Quito.

VELOZ Maggiolo, Marcio

- 1981 *Programas de Educación Pública, Leyes e Intentos Estatales de Preservación de Bienes Culturales en la República Dominicana. New World Conference on Rescue Archeology*, May 11th-15th, Quito.

*Jorge Amílcar Rodríguez**

**INTRODUCCION A LA
PREHISTORIA DE LA
CUENCA DEL PLATA
ORIENTAL**

* Investigador Científico - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.
Universidad Nacional de Entre Ríos - Entre Ríos - Argentina.
Gabinete de Investigaciones Antropológicas - Corrientes - Argentina.

INTRODUCCION

El presente trabajo intenta presentar una síntesis panorámica de las manifestaciones culturales, que por ahora, se pueden definir para esta parte de las tierras bajas de Sudamérica.

Por razones de espacio y para hacer más fácil su lectura se ha esquematizado la información referida a la cultura material en cuadros y la distribución espacial en mapas. Por otro lado, en el texto se describen algunos aspectos generales de la localización ambiental de los asentamientos y de las estra-

tegias de subsistencia de cada entidad.

AMBIENTE ACTUAL

En lo referido al clima, en términos generales, se nota un incremento gradual de sur a norte y de este a oeste tanto de la temperatura como de las precipitaciones. Pero lógicamente, este patrón en ciertas zonas se ve alterado por cuestiones topográficas o algún otro factor local. Las precipitaciones fluctúan entre 2200 mm en algunos sectores del norte y 1000 mm anuales en el sur. Por su parte la temperatura media anual varía entre 23 - 18°C en el norte y 18 - 15°C en el sur.

Desde un análisis a escala muy general, pueden distinguirse en el área dos sectores con características topográficas y florísticas con marcadas diferencias. Por un lado, el sector norte forma parte del planalto brasileño, predominando la vegetación cerrada (selva y bosque) y por otro, la parte meridional baja, con dominio de las formaciones abiertas (sabana y

estepa). El Planalto exhibe sus mayores alturas en las sierras que bordean la costa atlántica, descendiendo desde allí progresivamente hacia el O. En el otro sector, el relieve es también más ondulado en la zona oriental y deprimido hacia el occidente, donde se hace evidente una región con rasgos propios: la extensa llanura del Paraná medio y bajo.

Varias son las formas vegetales que se presentan en cada uno de esos sectores: (1) selva tropical, en la parte más septentrional; (2) selva pluvial atlántica, en la sierra costera; (3) bosque de araucaria, en la zona central del planalto; (4) selva subtropical, en el este y el sur de la zona planáltica, (5) selva en galería a lo largo de la mayoría de los cursos de agua; (6) sabanas y estepas, en el sector meridional del área y en forma de parches en el planalto, (7) monte xerófilo y palmares, en el centro de la mesopotamia argentina.

Este panorama ambiental puede resumirse con la distin-

ción de por lo menos cuatro zonas ambientales mayores, las cuales han tenido significación para la adaptación humana: (1) la planicie costera atlántica; (2) el planalto; (3) las sabanas y estepas bajas y (4) la llanura ribereña paranaense.

AMBIENTE DEL PASADO (ULTIMOS 20000 AÑOS)

Los estudios paleoecológicos del Cuaternario para esta parte del continente se encuentran todavía en un nivel preliminar. Los datos son escasos, mayoritariamente de índole geológica y por ende las reconstrucciones imprecisas, tentativas y/o para una escala reducida. De todas maneras, los avances alcanzados en las dos últimas décadas permite al menos la formulación de un esquema ambiental tentativo, que muestra que esta área, como el resto de Sudamérica, experimentó durante el Pleistoceno final y el Holoceno, una serie de fluctuaciones climáticas de significación. Se puede vislumbrar la correspondencia de algunos de esos eventos climáticos con los

detectados en otras áreas de América.

La información que sugiere la existencia de cambios climáticos provienen, sobre todo, de estudios realizados por Bombin (1976) y Miller (1976, 1987) en el arroyo Touro Passo, un afluente del uruguay medio; Suguio et. al. (1989) en ríos pequeños de los estados brasileños de Sao Paulo y Minas Gerais; Pressinotti et. al. (1989), en el río Tamanduá (Sao Paulo, Brasil); Servant. et. al. (1989) en una zona entre los ríos Doce y Jequitinhonha (Minas Gerais); Iriondo (1980) en el NE; Roth y Lorscheitter (1989) realizaron uno de los pocos análisis polínicos a partir de un depósito de turba de Río Grande do Sul.

Integrando los datos provenientes de esos estudios y vinculándolos con los de áreas vecinas se destacan los siguientes episodios climáticos:

– Entre ca. 25000 y 13000 A.P. el clima fue bastante más frío y seco (árido) que el actual.

– Entre 13000 y 10000 A.P., se nota una transformación progresiva, en general las condiciones frías se mantienen, pero cada vez más atemperadas y alternando con períodos cortos de precipitaciones intensas.

– Entre el 10000 y 8000 A.P., el clima debe haber sido más húmedo y con temperaturas posiblemente más altas. Pero, por lo menos una fase seca se intercala en ese período.

– El clima templado se mantuvo en progresivo, aunque discontinuo, afianzamiento hasta el 6000 - 5000 A.P. (Optimum Climaticum). A posteriori, poco a poco se establecieron las condiciones actuales.

– Entre 1100 y 1400 DC se debe tener en cuenta la existencia de la “Edad Media” templada. Seguida de la “Pequeña Edad del Hielo” entre 1430 y 1850 D.C. con crudos inviernos y cortos veranos húmedos.

– Las condiciones señaladas para esos distintos momentos, a posteriori del 10.000, fue-

ron interrumpidas por reiterados episodios de aridez, tanto de alcance global como regional. Algunos de esos eventos pueden haber tenido lugar aproximadamente entre: 9000 - 8000 A.P.; 6000 - 7000 A.P.; 5000 - 4000 A.P.; 3000 - 2000 A.P.; otros más cortos y quizá de menor alcance se dieron alrededor del 1700 A.P., 700 A.P. y 300 A.P.

DESCRIPCION DE LAS ENTIDADES

El esquema cultural que a continuación se presenta tiene su inspiración en datos y en varias de las entidades formuladas por numerosos autores, de los cuales particularmente habría que hacer mención en el PRO-NAPA (1967, 1969a y b, 1971, 1974), Chmyz (1977, 1982), Miller (1987), Kern (1981), Schmitz (1987, 1988), Ribeiro (1979, 1990), Brochado (1984). Es preciso aclarar que si bien se ha respetado la prioridad en algunas denominaciones (de tradiciones o fases), el contenido en numerosos casos se ha modificado.

En la sistemática adoptada, sobresalen los conceptos Fase y Tradición. Mucho se ha discutido sobre la utilidad y mérito de esas categorías. Si bien se está consciente de las limitaciones y problemas que las afectan, el hecho es que para los fines de integración cultural no existen alternativas superadoras. Por otra parte, deben percibirse como una mera apoyatura instrumental para la integración y que lo crucial es como se las concibe y se las aplica, y que se definan explícitamente (ver Rodríguez 1993).

Fase Ibicuí

Las evidencias son escasas, provienen de sitios que estaban en proceso de destrucción por la erosión y en los cuales no se practicaron excavaciones intensivas. Se localizan en la margen izquierda del río Ibicuí, afluente del Uruguay (Fig. 1). Un tercero originalmente adscrito a esta fase (Miller 1987), localizado sobre el Cuareim, como bien lo ha hecho notar Milder (1995) presenta mayores afinidades con lo que denominamos Sub-

tradición Uruguay.

Los vestigios consisten en especímenes líticos tallados y en huesos de megafauna (ej. *Glossoterium robustus*). se han planteado objeciones respecto a la real asociación de esos restos óseos con los elementos culturales (Milder 1995). Los artefactos se presentan en agrupamientos discontinuos en las barrancas que flanquean a esos cursos de agua.

Es muy probable que esta fase sea una manifestación temprana de la tradición Ivaí, que más adelante se describe, pero por el momento la evidencia es muy escueta como para poder asegurar esta filiación.

Tradición Umbu

Subtradición Uruguay

Los sitios pertenecientes a esta entidad están restringidos por ahora a la cuenca del río Uruguay medio (Fig. 1), pero es probable que futuros hallazgos amplíen su distribución. La mayoría de los sitios ocupan luga-

res donde la costa del río es una cuenca de drenaje, rodeada por colinas, situados frente a correderas (rápidos) y próximos a la confluencia de pequeños paleocauces con el río Uruguay (Miller 1987).

Si bien las reconstrucciones paleoambientales para regiones vecinas sugieren que este es un período de transición climática, en que se desvanecían las condiciones frías y secas de la era glacial y se afianzaban otras más templadas y húmedas. La situación paleotopográfica de los sitios indica que el río se mantenía con un caudal menor que el actual, lo cual implicaría la persistencia, en la cuenca del Uruguay medio, de las condiciones áridas y consecuentemente la preeminencia de las formaciones vegetales abiertas, que a su vez pueden haber sustentado la existencia de una variada fauna de herbívoros, entre los que se contaban numerosas especies de megafauna hoy extinta. Pero todo indica que estos pobladores tempranos en lugar de adoptar una estrategia de subsistencia, al es-

tilo de los paleoindígenas de Norteamérica se orientaron a una adaptación generalizada, en la cual seguramente los recursos acuáticos tuvieron un rol importante.

Esta entidad tuvo su clímax en el río Uruguay alrededor del 10.000 A.P.. Después del 9000 A.P. decrece el número de sitios, para desaparecer totalmente un milenio después. Miller (1987) atribuye esa desaparición a una severa modificación del ambiente, debido a una densa precipitación de cenizas volcánicas, que llegó desde los Andes. Un episodio seco ocurrido para esa misma época, podría también haber contribuido a una migración forzada hacia regiones vecinas.

Subtradición Umbu

Los sitios que la representan suman más de 400. Los mismos tienen una amplia distribución (Fig. 1), abarcando buena parte del área, pero son más numerosos en el centro SE de la misma. La mayor concentración parece ocurrir en el borde

meridional del planalto. La mayoría son a cielo abierto pero en el NE del Rio Grande do Sul también se presentan en abrigos o cuevas. Se localizan próximos a ríos importantes como a pequeños arroyos, también a lagunas o bañados (SE de Rio Grande do Sul y NE del Uruguay). El tamaño y la potencia de estos sitios es muy variable, con límites entre 10 - 300 cm para la extensión vertical y 20 - 6.000 m² para la horizontal. Pero la mayoría son superficiales.

Los ambientes prioritariamente ocupados por estas manifestaciones están dominados por las siguientes formaciones vegetales: el bosque de araucaria, la sabana, la pradera y la selva subtropical (básicamente la que bordea los cursos de agua).

Se tiende a considerar que esta entidad ocupó preeminentemente espacios abiertos de praderas o savanas. La comparación de la actual distribución florística y la de los sitios no es claramente coincidente con eso. Pero justamente, es posible que

tal concordancia haya existido en el pasado durante los períodos secos del Holoceno.

Sea como fuere, todo indica que exploró ambientes muy diversos, adecuando su patrón adaptativo a las especificidades de cada habitat. Por otra parte, el área de influencia de cada sitio engloba habitualmente dos o tres tipos de ámbitos ecológicos o directamente están localizados en los ecotonos de las formaciones vegetales (transición de una con otra). Es casi obvio suponer que tal integración ambiental tiene sus razones en requerimientos adaptativos. Para el caso de los sitios del planalto, las combinaciones de ambientes observadas son: bosque de araucaria/sabana, selva subtropical/bosque de araucaria, selva atlántica/bosque de araucaria. Aquí están alejados de los cursos principales, lo cual puede implicar escasa dependencia de los recursos acuáticos, pero por otro lado, énfasis al menos estacional en los recursos del bosque de araucaria. En cambio, para las fases localizadas hacia el sur y al oeste del

planalto, donde la diversidad ambiental es menor, la dependencia de ámbitos acuáticos (ríos, lagunas, bañados) parece haber sido mayor. Quizás ésto estuvo relacionado a la necesidad de complementar en forma más decisiva las proteínas provenientes de la caza, con los productos de la pesca y la recolección de recursos acuáticos

Fase Vinitu

Propuesta por Igor Chmyz (1980, 1982) en base a hallazgos realizados en el estado de Paraná. Quince de éstos se localizan en ambas márgenes del río Sao Francisco Verdadeiro, afluente del Paraná, los restante sobre este último (Fig. 1). Se emplazan en lugares elevados, en el tope o en pendientes suaves de colinas, casi siempre próximos a arroyuelos. El tamaño de los sitios puede variar entre 6 a 11000m² (siendo la distribución de los materiales en los más grandes por parches discontinuos) pero la mayoría está dentro del rango de 600 a 2500 m².

Los materiales más típicos consisten en: puntas de proyectil, raspadores, cuchillos bifaciales, hojas bifaciales, lascas retocadas o con rastros de uso, percutores, núcleos con rastros de utilización y desechos de talla (lascas, hojas, microlascas, núcleos).

Es una industria con claro predominio de artefactos elaborados sobre lascas. Incluso la mayoría de las puntas de proyectil fueron trabajadas en ese tipo de forma base.

La ubicación cronológica de esta entidad no es del todo clara, aunque existen dos fechados: uno de ± 4000 y otro de ± 7000 AP.

Tradición Humaitá

Estas manifestaciones están presentes en numerosos sitios a lo largo de la cuenca del río Jacuí, del alto Uruguay y en un tramo del alto Paraná (Fig. 2). De tal manera ocupa ambientes vegetados por la selva subtropical y el bosque de araucaria. En el área ocupada la pre-

precipitación anual promedio está por encima de los 1400 mm. Los sitios son la mayoría del tipo “a cielo abierto”, siendo excepcionales los situados en abrigos o cuevas. Su extensión horizontal puede variar entre 400 y 10000 m², mientras que la vertical entre 10 y 40 cm. Se localizan cercanos a cursos de agua y su emplazamiento habitual es en lugares elevados.

Si bien la mayoría de los asentamientos ocurre en ambientes ribereños, cubiertos por la selva subtropical, es habitual también que se ubiquen cercanos al bosque de araucaria, o en el ecotono de esas dos formaciones. La distribución ambiental de los sitios es muy semejante a la de la Subtradición Taquara, que explotó estacionalmente los recursos del bosque de araucaria, lo cual está bastante bien conocido debido a la mayor disponibilidad de datos arqueológicos y etnohistóricos. Por lo tanto, es probable que los grupos de Humaitá hayan sido los que iniciaron y desarrollaron esa estrategia de subsistencia. La incorporación

de los recursos del bosque de araucaria parece haber sido un proceso gradual, si tomamos como indicador de esa posibilidad, a la dispersión progresiva de Humaitá hacia territorios donde la araucaria es predominante. Una posible migración en dirección este, hacia zonas más altas y más frías, desde el Paraná y el Uruguay (actual zona limítrofe argentino/brasileña) hacia las cabeceras del Uruguay y del Jacuí puede tener que ver con eso. Al considerar esos posibles movimientos de población, no se puede dejar de considerar las fluctuaciones climáticas ocurridas durante el Holoceno, que provocaron expansiones y retracciones en los espacios ocupados por las distintas formaciones vegetales.

La movilidad residencial debe haber tenido un carácter estacional, con permanencia en el ámbito ribereño durante la mayor parte del año y el traslado a las zonas interiores para explotar los recursos de la araucaria al final del verano y el otoño.

Tradición Ivaí

Su área de distribución comprende por un lado, un tramo del alto río Paraná y la cuenca de dos de sus principales afluentes en esa misma zona, el Paranapanema y el Ivaí, por el otro, la cuenca del Uruguay medio y otro tramo más meridional del Paraná (Fig. 2). La formación vegetal más característica allí es la selva subtropical, que en determinadas zonas se restringe a los valles de los ríos (selva en galería). La precipitación promedio anual no sobrepasa los 1500 mm. Los sitios son del tipo a cielo abierto. El tamaño de los mismos es variable, pueden tener una extensión horizontal entre 500 y 5000 m², así como una vertical entre 10 y 30 cm. Se localizan generalmente cercanos a cursos fluviales de cierta importancia y se emplazan sobre las terrazas, albardones o colinas linderas, también en islas. No es raro que su localización coincida con la presencia de rápidos y/o islas. Los indicios ponen de manifiesto que su estrategia de subsistencia puso gran énfasis en la

explotación de los recursos existentes en ese tipo de habitat. Incluso la movilidad residencial es probable se haya realizado de preferencia a lo largo del ambiente ribereño, apuntando a una explotación intensiva del mismo, en lugar de hacerse hacia el interior. En el río Uruguay medio, donde la selva se restringe al margen de los cursos y existe la posibilidad de la explotación de otros ambientes contiguos, ese énfasis parece mantenerse. Los traslados de campamentos/base tierra adentro parece ser un evento esporádico.

Tradición Litoraleña

Prácticamente en todo el litoral atlántico de Sudamérica existen sitios arqueológicos que consisten en "conchales" (montículos de conchas). Aunque es preciso señalar que la distribución de los mismos no es continua, sino que se concentran en determinados tramos de la costa (Fig. 2). En el litoral marítimo del área que nos ocupa son particularmente numerosos y se los conoce bajo la denomina-

ción de “Sambaquí”. En el tramo comprendido entre Cabo Frío y Torres se estima que hay cientos de tales montículos, pero son contados los que se han excavado sistemáticamente. Aparecen agrupados en las bahías, donde las condiciones debieron ser óptimas para la proliferación de los recursos marinos explotados. Se trata de elevaciones de forma circular o elongada, que tienen entre 5 y 20 m de altura y un diámetro basal entre 20 y 100 m; el tope en muchos casos es plano. Su contenido consiste mayoritariamente en valvas de moluscos, depositadas en capas compactas, intercaladas por delgados niveles de sedimento (arena o humus) y/o cenizas. Los artefactos (de piedra, hueso y concha) aparecen dispersos en esa matrix. Son comunes los restos de fogones y los entierros. No hay dudas que los montículos sirvieron como lugar de asentamiento.

El origen de esta adaptación de recolectores costeros en el área permanece poco clara, puede haber arribado ya desa-

rollada desde más al norte, o bien puede haberse originado a partir de cazadores/recolectores de tierra adentro que se vieron obligados a migrar hacia la costa y a reformular sus estrategias adaptativas debido a algún desequilibrio (ej. un cambio climático). En cualquier caso, este y sobre todo por un nivel del mar elevado (2 ó 3 m por encima del actual) que debe haber creado un ambiente costero apropiado para la multiplicación de los mariscos. No se puede aventurar una conclusión definitiva respecto a si estos grupos explotaban los recursos del litoral (marinos y terrestres) sobre una base anual o si alternaban estacionalmente con la explotación de los recursos tierra adentro.

Tradición Planáltica

Subtradición Taquara

Está representada en el sur del Brasil por más de 200 sitios.

La mayoría son del tipo a cielo abierto, solamente unos 10 se presentan en abrigos rocosos. Algo que debe destacarse es que

muchos de ellos exhiben vestigios de “casas pozo” y estructuras de tierra (montículos, cordones circulares, etc). Se ha informado sobre por lo menos un centenar, pero se sabe que en el SE del planalto habría muchas más. La distribución geográfica de esta entidad está restringida básicamente al planalto meridional, al sur del río Iguazú, y a la planicie costera adyacentes (particularmente el tramo entre Tramandaí y Torres) (Fig. 3). Por lo tanto, la mayoría esta situado a una altura mayor de 500 m sobre el nivel del mar. Los sitios que exhiben casas pozo generalmente están emplazados entre 800 - 1000 m. Las formaciones vegetales dominantes donde se distribuyen los sitios son: la selva subtropical, el bosque de araucaria y la sabana abierta o campos. si bien hay sitios localizados en el interior de esas formaciones, notamos que hay una tendencia a la ocupación de las zonas de transición (ecotonos) entre dos formaciones.

Por lo general tanto la extensión horizontal como verti-

cal de los sitios no es significativa, entre 50 y 5000 m² y entre 10 y 40 cm. respectivamente. Los que están localizados cercanos a los ríos del planalto son habitualmente pequeños.

Como se ha comentado, al igual que Humaitá, en la estrategia de subsistencia de esta entidad sobresale la explotación de los recursos del bosque de araucaria. Esto debe haber influido en el origen de las casas pozo, las cuales se presentan sobre todo en las zonas elevadas y frías del planalto, donde esta formación vegetal abunda. Las piñas de la araucaria pueden recolectarse a fines del verano y durante el otoño. En esa misma época, atraída por los frutos llega a esas zonas una fauna variada, tornando la caza muy productiva. La casi segura existencia de un excedente, tanto de los recursos vegetales como animales, sugiere la clara posibilidad del procesamiento de los mismos para la obtención de subproductos capaces de ser conservados y almacenados. El desempeño de estas actividades y la disponibilidad de una reser-

va de alimentos, cuyo transporte a otras localidades pudo ser dificultoso, los pudo haber condicionado a una permanencia prolongada en esas zonas, ya bien entrado el invierno. En esa situación la casa pozo son un elemento indispensable, ya que esa estación suele ser allí bastante rigurosa. Algunas de las mismas, aparte de su función habitacional, podrían haber sido usadas como depósitos para almacenar alimentos. El resto de los meses del año frecuentarían otros ambientes como la selva en galería de los cursos mayores.

Tomando en cuenta particularmente referencias históricas se ha insinuado la posibilidad de la práctica de la agricultura entre los portadores de esta tradición, lo cual es muy factible, al menos después de entrar en contacto con los grupos Tupiguaraní.

Schmitz (1988) ha sugerido que la fase Taquara poseía “dominio vertical” sobre tres zonas ambientales: la planicie costera, las estribaciones del

planalto cubiertas con selva atlántica y los piñerales y sabanas del interior. Accedería a las mismas organizando traslados estacionales.

Subtradición Itararé

Los sitios se distribuyen, entre los ríos Paranapanema e Iguazú y en una franja costera marítima al norte de la isla de Santa Catarina (Fig. 3). Por un lado, en las tierras altas (400 - 1000 m) donde domina el bosque de araucaria y por el otro en zonas más bajas, marginales a los valles de algunos ríos importantes como el Paraná y el Paranapanema, donde la formación vegetal es la selva tropical o subtropical. Los situados en la costa suelen emplazarse en el tope de sambaquis.

Los sitios son mayoritariamente a “cielo abierto”, muy contados los situados en abrigos rocosos. Los localizados a mayores alturas, exhiben casas pozo, en ocasiones acompañadas de montículos o cordones circulares. En general la extensión horizontal y vertical de los sitios

es reducida, termino medio 900 - 1300 m² y 10 - 20 cm respectivamente; hay excepciones en que pueden alcanzar hasta 6000 m². Los materiales son escasos, dándose en algunos casos en concentraciones sectorizadas. Los sitios de la costa, presentan una camada fértil más potente, mayor abundancia y variedad de materiales, entre los que se destacan los restos esqueléticos de fauna y humanos, así como otros rasgos que los diferencian de los del interior.

Tradición Sabanas bajas

Subtradición Vieira

Los sitios de esta entidad se caracterizan por exhibir unos montículos, a los que se conoce como "cerritos". Pueden presentarse aislados o en grupos de 2 a 8, siendo lo más común alrededor de 3. Estos sitios se distribuyen mayoritariamente en un tramo de la planicie costera atlántica y zonas interiores bajas periódica o continuamente anegadas (lagunas, esteros o bañados de distinta magnitud) (Fig. 3). Pero no faltan los loca-

lizados en zonas altas, al borde de riachos e incluso en el tope de lomadas o en las sierras que bordean la planicie costera.

Los investigadores que han trabajado en esta temática consideran que los "cerritos" son artificiales, y que fueron construidos amontonando tierra del mismo lugar. La dimensión de los mismos es variable, 10 a 100 m de diámetro y 0,5 a 3 m de altura. Exhiben predominantemente forma circular, aunque algunos pueden ser elongados. Se destacan claramente del paisaje circundante, ya sea por su prominencia o por estar cubiertos por vegetación arbórea, que crece sobre ellos debido al suelo orgánico acumulado y por estar fuera del alcance de las inundaciones periódicas. El relleno consiste en sedimento mezclado con cenizas y vestigios arqueológicos (lítico, cerámica, artefactos óseos, restos de fauna y enterramientos humanos). Los materiales se pueden presentar desde la superficie hasta la base en forma ininterrumpida, pero es más frecuente hallarlos concentra-

dos en capas o sectores discontinuos. Por otra parte, los vestigios no están limitados al montículo sino que también aparecen en el área circundante a los mismos.

Es preciso aclarar que un buen número de estos “cerritos” incluyen otros componentes, además de los de la tradición que nos ocupa. En muchos casos sin cerámica, situados en los niveles inferiores (algunos de los cuales han sido adscritos a la tradición Umbú).

Subtradición Salto Grande

Tiene su distribución en la cuenca del río Uruguay medio (Fig. 3). Provisoriamente adscribimos también a esta entidad algunas manifestaciones del Paraná medio, conocidas como Cancha de Luisa (Ceruti 1985). El ambiente donde se localizan los sitios es la margen de ríos cubiertos por la selva subtropical en galería. El tamaño de los mismos tiende a ser pequeño, entre 1000 y 3000 m². La extensión vertical muy variable, entre 10 y 80 cm.

Subtradición Ibicueña

Está representada por un grupo de manifestaciones, algunas de las cuales han sido reportadas previamente en la literatura bajo la denominación de Facie Ibicuy (Serrano 1972) o cerámica Ibicueña (Caggiano 1984). Se distribuyen en la parte meridional del delta del Paraná, en el bajo Uruguay y en ambas márgenes del Plata (Fig. 3). Los sitios suelen localizarse cercanos a los cursos de agua mayores, cuyas márgenes están cubiertas por la selva en galería. Se emplazan sobre albardones u otras elevaciones naturales a salvo de las crecientes.

Aparentemente la Tradición Sabanas Bajas estuvo caracterizada por una estrategia adaptativa muy generalizada. Estos grupos no solo combinaron la recolección, la caza y la pesca, sino que además, los recursos acuáticos y terrestres explotados fueron muy diversos. Ahora bien, cada una de las subtradiciones regionales mencionadas adecuó este patrón general a las características del

ambiente que le tocó ocupar. La movilidad residencial de estos grupos parece haberse dado básicamente a lo largo de los ríos de cierta importancia o en áreas con extensas lagunas o esteros. Los espacios del interior fueron explotados seguramente desde esos campamentos-base costeros o implementando una movilidad residencial muy dinámica.

Tradición Ribereña Paranaense

Subtradición Goya-Malabrigo

Los sitios se distribuyen a lo largo de la llanura del Paraná (desde su confluencia con el Paraguay hasta el Delta) y de la cuenca del bajo Uruguay (Fig. 3) El ambiente ecológico ocupado es la llanura aluvial de esos cursos, siendo la formación vegetal dominante la selva en galería. Los sitios son todos a cielo abierto y se emplazan sobre las terrazas fluviales, sobre albardones, sobre pequeños medanos consolidados o lomas de arena y sobre los márgenes de lagunas o bañados.

La extensión horizontal y vertical de los sitios es variable; con rangos extremos entre 100 m² y 35000 m², con una gran mayoría que aparentemente ronda los 4000 m², y entre 0,10 a 1,50 m de potencia. Por lo general, las capas arqueológicas están bastante cerca de la superficie, por lo que muchos sitios están severamente perturbados por agentes naturales o artificiales. En algunos la acumulación de vestigios es muy densa.

Esta entidad muestra una dependencia muy estricta de la llanura aluvial del río Paraná bajo y medio, donde se centra su distribución. En este tramo el Paraná presenta una extensa llanura que exhibe gran diversidad ambiental y que ofrece una muy rica fauna acuática como terrestre. Por lo general, ocuparon los puntos más altos de este hábitat deprimido (medanos edafizados, dunas, albardones), que es frecuentemente inundado por las crecientes, así como las terrazas o tierras altas que lo flanquean. Cuesta concebir el traslado en este tipo de ambien-

te ribereño sin la disponibilidad de algún tipo de embarcación. Algunas de las etnias históricas, supuestamente relacionadas a esta tradición (ej. los Timbú), poseían canoas a la llegada del Conquistador, según crónicas de la época. Cabe suponer su uso desde momentos muy tempranos. También esos mismos documentos aportan datos sobre la práctica de la agricultura; pero por el momento no hay evidencia que posibilite confirmar la misma en tiempos precolombinos.

Fase Lechiguanas

Se trata de manifestaciones informadas por Caggiano (1979, 1984), que se encuentran en sitios localizados en la zona deltaica, (ej. Isla Lechiguanas I y Cañada Honda).

La cerámica puede ser liza o decorada. La decoración puede ser plástica o pintada. En el primer caso, las técnicas aplicadas fueron Surco Rítmico, Inciso y Punteado. Los motivos son geométricos, formando guardas relativamente complicadas que

se presentan casi siempre próximas al borde de las vasijas y en su cara externa. La pintura es siempre roja y fue aplicada en una de las caras o en ambas, generalmente en la zona superior, en forma de bandas o franjas.

La caracteriza también una industria de hueso variada y de buena manufactura. Los instrumentos más populares son los punzones y los perforadores. Pueden estar grabados con incisiones geométricas.

No se cuenta con fechados asociados al material, pero es muy posible que su antigüedad se remonte a los comienzos de nuestra era.

Tradición Tupiguaraní

Está presente prácticamente en toda el área (Fig. 4). Los sitios detectados deben aproximarse al millar. El ambiente típico donde se asentaron es el de los márgenes de fuentes de agua (ríos, arroyos, lagunas, bañados) cubiertos generalmente por la selva tropical o subtropical. La zona con ma-

yor concentración es la planicie costera atlántica (sector próximo a la laguna de los Patos) en el oriente de Rio Grande do Sul. Le siguen en orden decreciente de abundancia: la cuenca del alto Uruguay y del Ijuí, las cuencas del Iguazú y Paranapanema, la cuenca del alto Paraná, el Uruguay medio y bajo y el Delta.

La extensión areal que ocupan los sitios parece ser bastante variable; los rangos extremos son 100 m² y 50000 m², pero aunque este tipo de dato falta o no es preciso para muchos sitios, parecen ser más frecuentes los que rondan los 6000 m² y los pequeños de aproximadamente 1000m². Se ha observado que los primeros suelen localizarse en los márgenes de los cursos de agua y los segundos alejados de los mismos en zonas más altas o en el litoral marítimo. La extensión vertical no suele ir más allá de 30 a 40 cm. Lo habitual es que sean bastante superficiales, por lo que no es extraño que se presenten perturbados por actividades agrícolas o de otra índole.

También es frecuente que los vestigios exhiban una distribución horizontal discontinua, presentándose en concentraciones de forma circular o elíptica, de un tamaño entre 10 y 50 m de diámetro, fácilmente discernibles no solo por los restos arqueológicos, sino también por el oscurecimiento de la tierra (“terra preta”; estos parches pueden presentarse aislados o formando agrupamientos (de 2 a 5), en los que no es posible discernir un patrón de distribución definido. Esto, obviamente, ha sido atribuido a la localización de las “malocas”.

La opinión predominante es que caracteriza a esta entidad una estrategia de subsistencia mixta: explotación de recursos silvestres con la complementación de cultígenos por medio de la práctica agrícola de roza y quema. No obstante, no se cuenta aún con evidencia arqueológica consistente para el área que confirme esa práctica, lo cual obviamente no significa que no pueda haber existido. De cualquier manera, dada la amplia distribución de estos

grupos y la ocupación de ambientes tan diversos, no es lógico esperar un patrón adaptativo uniforme para las diferentes regiones, sino más bien una dife-

renciación local; manifestada en la índole de los recursos silvestres explotados, en la significación de la agricultura y en el tipo de cultígenos cultivados.

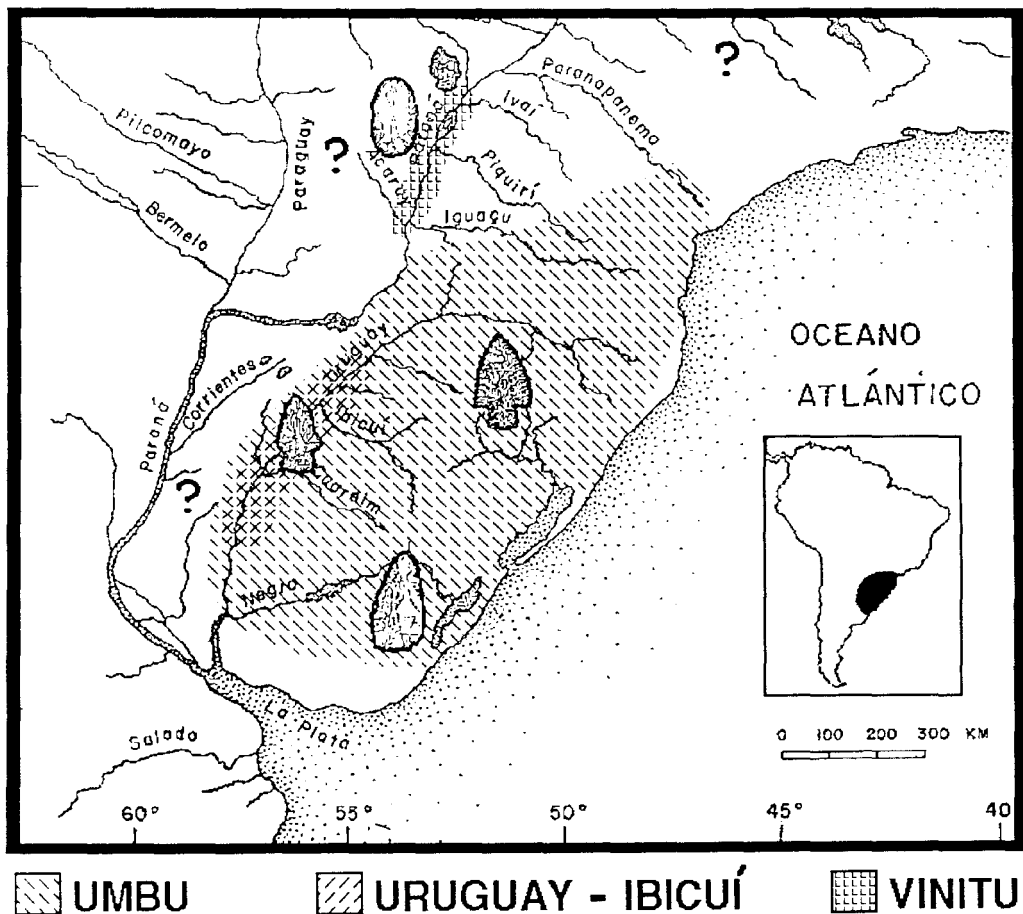


Figura 1.- Distribución espacial (áreas ocupadas) por las tradiciones Umbu y Uruguay y las fases Ibicuí y Vinitu.

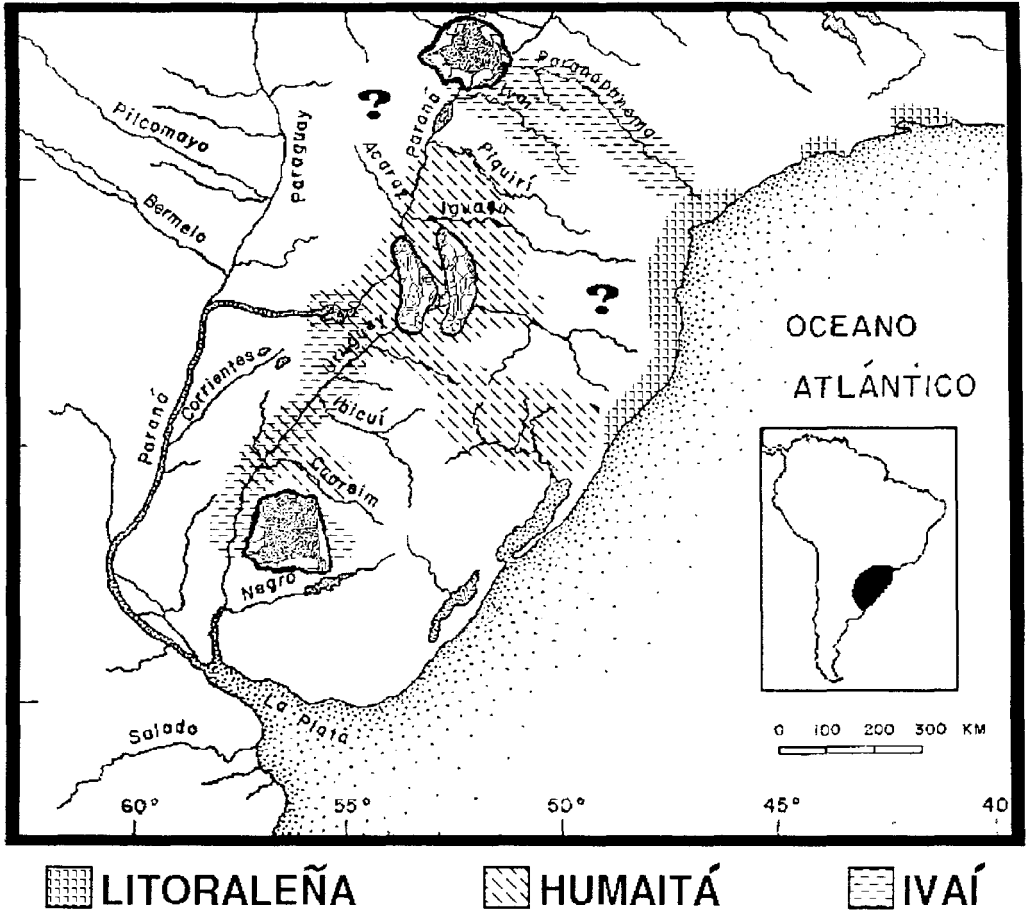


Figura 2.- Distribución espacial de las tradiciones Litoraleña, Humaitá e Ivai.

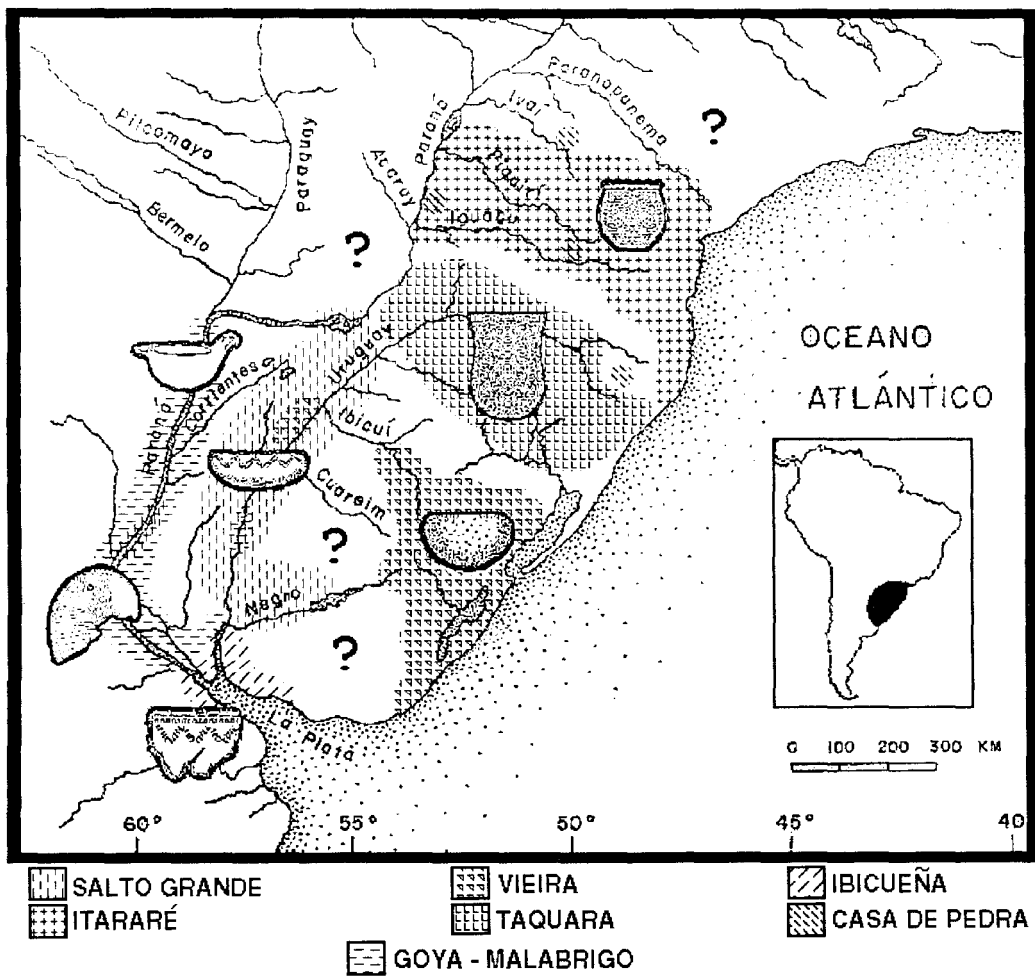
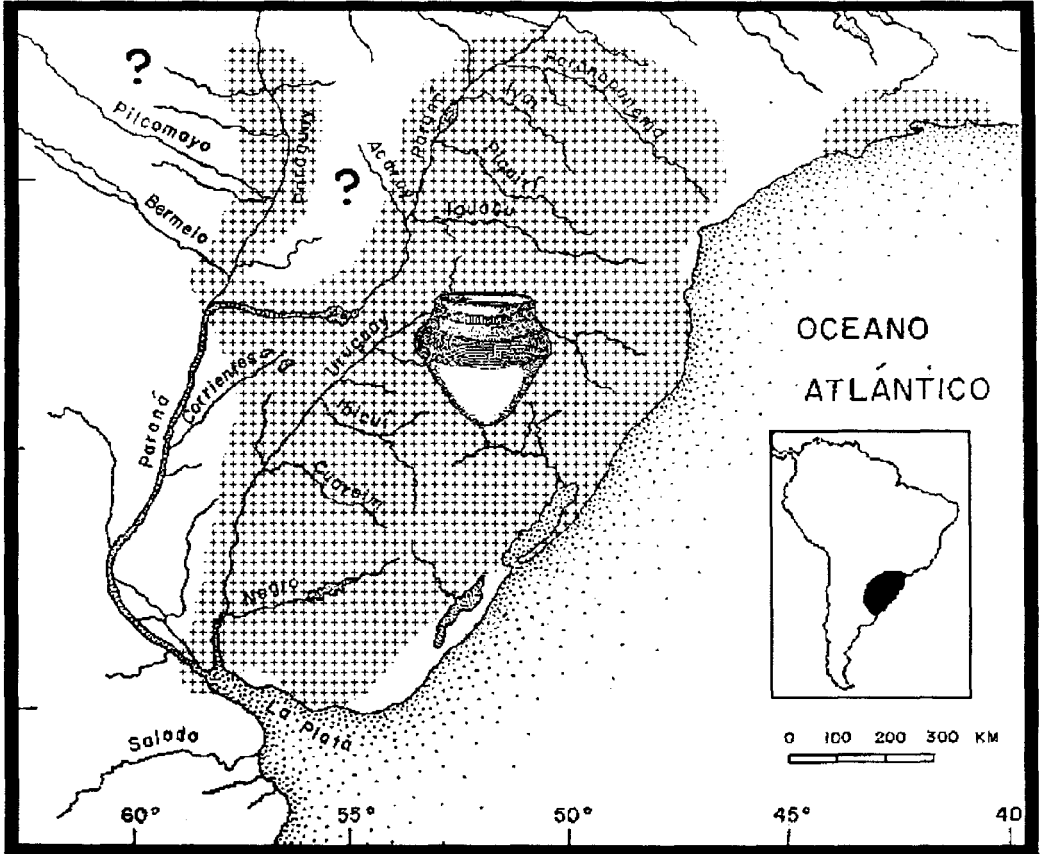


Figura 3.- Distribución espacial de las subtradiciones Salto Grande, Vieira, Ibicueña, Itararé, Taquara y Goya Malabrigo.



 **TUPIGUARANI**

Figura 4.- Distribución espacial de la Tradición Tupiguaraní.

ENTIDADES CULTURALES	CRONOLOGIA	AMBIENTE ACTUAL	LÍTICO TALLADO			LÍTICO PULIDO	ARTEFACTOS HUESO-CONCHA	RESTOS ORGÁNICOS	FUNEBRIA
			TÉCNICA	ARTEFACTOS	MAT. PRIMA				
LITORALEÑA	1.200	Litoral Marítimo	Percusión -Unifacial tosca	Choppers Cuchillos Burdiles Raspadores Lascas utilizadas Chopping-tools	Diabasio Basalto Andesita Arenisca Cuarzo	Hachas Piedras c/ hoyuelo Pesas Cuentas Morteros Zoolitos	Arpones Perforadores Puntas de proyectil Anzuelos Cuchillos Ornamentos varios	Moluscos marinos (ostrea, modiolus, anomaiocardia) Peces Ballena Lobo marino	Entierros primarios flexionados y extendidos Ofrendas simples en sitios habitacionales (sambaquies)
	7.000	Manglares Selva Atlántica	Picoteado	Utilitario y tosco					
IVAI	1.500	Ribereño	Percusión -Unifacial tosca -Retalla restringida al borde	Raspadores (varios tipos) Muecas Raederas Choppers Burdiles Perforadores Lascas y nucleiformes c/rastros	Guljarros -Cuarcita -Silix -Basalto -Calcedonia Bloques/Lajax -Arenisca me- tamórfica	Bolas con surco Piedras c/ hoyuelo Molinos / manos Azuelas Placas (labradas)	?	?	?
	6.500	Selva Subtropical Selva Marginal							
HUMAITA	1.000	Ríos del Planalto	Percusión -Bifacial tosca -Unifacial	Bifaces elongadas (Clavas, Picos, Hachas de mano) Lascas y nucleiformes c/rastros Raspadores Muecas Raederas Perforadores	Bloques/Lajas -Basalto -Areniscas metamórficas Guljarros -Cuarceitas	Bolas Azuelas Molinos / manos Hachas	?	?	?
	7.500	Selva Subtropical Bosque de Araucaria							
UMBU	600	Ribereño Lagunas-Bañados Planalto Planicies	Percusión -Unifacial -Bifacial	Puntas de proyectil Cuchillos bifaciales Bifaces lanceoladas Raspadores (terminales, plano-convexos, laterales) Muecas Perforadores Choppers	Guljarros -Cuarcita -Calcedonia -Silix -Basalto -Arenisca	Bolas Hachas Piedras c/ hoyuelo	Perforadores Retocadores Agujas	En cavetas o abri- gos ? mamíferos (gran variedad) Peces Moluscos Frutos y semillas	Entierros primarios en sitios habitacionales y cepenterios Ofrendas simples
	7.000	Sabanas Bajas Selva Marginal	Presión -Bifacial -Retoque			Escasos			
URUGUAY	9.000	Ribereño	Percusión -Unifacial -Bifacial	Puntas pedunculadas Cuchillos bifaciales Raspadores (laterales, terminales, circulares) Bifaces Choppers Perforadores Lascas y nucleiformes c/rastros	Guljarros -Cuarcita -Basalto -Calcedonia -Arenisca	?	?	Restos faunísticos (escasos) Semillas carbonizadas	?
	11.000	Sabana Selva marginal	Presión -Bifacial -Retoque						
IBICUI	± 12.500	Ribereño	Percusión -Unifacial	Choppers Raspadores Lascas retocadas Lascas y nucleiformes c/rastros	Bloques/Lajas -Basalto -Arenisca metamórfica	?	?	Glossoterium ?	?
		Selva Marginal Sabana							

Cuadro 1.- Enumeración de algunos aspectos y elementos de la cultura material de las tradiciones, subtradiciones y fases acerámicas.

ENTIDADES CULTURALES	CRONOLOGÍA	AMBIENTE ACTUAL	DECORACIÓN CERÁMICA	LÍTICO TALLADO	LÍTICO PULIDO	ARTEFACTOS HUESO-CONCHA	RESTOS ORGANICOS	FUNEBRÍA
TUPIGUARANI	300	Ribereño Litoral marítimo Lagunas-Bañados	Corrugado Unguilado Pintado (mono, bí y tricolor)	Raspadores Choppers Lascas y núcleos c/rastros	Hachas diversas Bolas Molinos / manos Piedras c/hoyuelo Tembetás Plaquetas	Puntas de proyectil Punzones Arpones Ornamentos (tembetás, cuentas, pendientes)	Mamíferos (varias clases) Peces Moluscos Aves	Entierros secundarios en urnas
	2.000	Selva Selva ribereña	Engobe Tiznado Róletado Estampado	Escaso				
GOYA-MALABRIGO	300	Várzea (riachos, lagunas, bañados)	Surco rítmico Pintado Punteado	Escaso y atípico	Sobadores Pesas de red Bolas	Arpones Puntas de proyectil Espatulas Tubos	Nutria Carpincho Cérvidos Reptiles Aves Peces (varios)	Entierros primarios y secundarios en sitios habitacionales y en montículos
	1.400	Selva marginal Esteros	Impreso Inciso		Escaso	Anzuelos Agujas		
TAQUARA	400	Ribereño Planalto	Punteado - simple - arrastrado Impreso - cestería, mallas - cordeles	Semejante a Tradición Humaitá	Hachas Molinos y morteros c/manos Bolas Pulidores Piedras c/hoyuelo Bastones (?)	Punzones Tembetás Cuentas Brazaletes Pendientes Espatulas	Esteras y cordeles Piñas Semillas Mates (Lagenaria) Calabazas	Entierros primarios en abrigos (sitios habitacionales) y en galerías subterráneas
	1.800	Selva subtropical- Bosque de araucaria y sabana	Inciso Engobe Estampado Tiznado	Talla bipolar				En montículos ?
ITARARE	500	Ribereño Planalto	Punteado Inciso Impreso Engobe Tiznado	Semejantes a Tradición Ivaí	Hachas Morteros Molinos Piedras c/hoyuelo	Puntas de proyectil Agujas Punzones Anzuelos Adornos	Abundantes y variados en los sitios litoraleños	Entierro en montículos ?
	1.500	Selva con araucaria y ribereña	Escaso	Escasos				Cremación de cadáveres ?
SALTO GRANDE	700	Ribereño	Inciso Punteado	Semejante a la Tradición Ivaí	Bolas con y sin surco Molinos y morteros c/manos Pesas Piedras c/hoyuelo	Punzones Arpones Agujas / lesnas Puntas	Mamíferos (venado, carpincho) Peces (armado, bagre, boga) Moluscos	?
	2.500	Selva ribereña Sabana	Pintado Modelado en el labio					
VIEIRA	500	Lagunas-Bañados Riachos	Punteado Pseudo digitado Inciso	Raspadores Choppers Lascas y nucleif. c/rastros	Pesas de red Bolas c/ surco Hachas - Azadas Piedras c/hoyuelo Estecas Sobadores	Puntas de proyectil Agujas / lesnas Perforadores Arpones Cuentas	Cérvidos Roedores Aves Reptiles Felinos	Entierros primarios (flexionados) y "paquetes" en los cerritos
	2.500	Sabana Selva ribereña	Engobe blanco Impreso	Puntas de proyectil Talla bipolar				

Cuadro 2.- Enumeración de aspectos y elementos de la cultura material de las tradiciones y subtradiciones ceramolíticas.

BIBLIOGRAFIA

Bombin, M

- 1976 Modelo paleoecológico evolutivo para o nequaternário da região da Campanha, oeste do Rio Grande do Sul (Brasil). A formação Touro Passo, seu conteúdoossilífero e a pedogenese pós-deposicional. *Comunicação Museu de Ciências* 15: 1-90. Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre.

Brochado, J. P.

- 1984 An ecological model of the spread of pottery and agriculture into eastern South America. Doctoral Dissertation, University of Illinois, Urbana.

Caggiano, M. A.

- 1984 Prehistoria del noreste Argentino, sus vinculaciones con la República Oriental del Uruguay y sur del Brasil. *Pesquisas, Serie Antropología* 38. São Leopoldo.

Caggiano, M. A.

- 1979 Análisis y desarrollo cultural prehispánico en la cuenca inferior del Plata. Doctoral Dissertation, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Ceruti, C. N.

- 1985 Investigaciones arqueológicas en el área del Paraná medio - margen Entrerriana. Gerencia de Proyecto Paraná Medio, Informe 73. Santa Fe.

Chmyz, Y.

- 1977 Pesquisas paleo-etnográficas efec-

tuadas no vale do rio Paranapanema, Paraná-São Paulo. *Boletín de Psicología e Antropología* 5.

Chmyz, I.

- 1980 Projeto Arqueológico Itaipu: Quinto relatório das pesquisas realizadas na área de Itaipu (1979/80). Curitiba.

Chmyz, I.

- 1982 Estado atual das pesquisas arqueológicas na margen esquerda do rio Paraná (Projeto Arqueológico Itaipu). *Estudos Brasileiros* 13: 5-39.

Hilbert, K.

- 1985 Archæologische fundplätze des rio Uruguay, Tigre und des Mandiyu, Republik Uruguay. *Beitrage zur allgemeinen und vergleichenden archæologie band* 7.

Iriondo, M.

- 1980 Antigüedad del último cambio climático en el Litoral. *Ecología* 6: 5-8.

Iriondo, M. y Ceruti, C.

- 1981 Las unidades geomorfológicas fluviales del extremo noroeste de Entre Ríos y su relación con los asentamientos humanos prehispánicos. *Revista de la Asociación de Ciencias Naturales del Litoral* 12: 72-84.

Kern, Arno A.

- 1981 Le préceramique du Plateau Sud-Brésilien. Doctoral Dissertation, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.

Meggars, B. J., and Evans, C.

- 1977 Las tierras bajas de Suramérica y

- las Antillas. *Revista de la Universidad Católica* 5: 11-69. Quito.
- Miller, E. T.
1976 Resultados preliminares das pesquisas arqueológicas paleoíndigenas no Rio Grande do Sul, Brasil. *Anales del 41 Congreso Internacional de Americanistas* 3: 483-491. Méjico.
- Miller, E. T.
1987 Pesquisas arqueológicas paleoíndigenas no Brasil ocidental. En Nuñez, L. and Meggers, B. J. (eds), *Investigaciones paleoíndigenas al sur de la línea ecuatorial*, Estudios Atacameños 8: 37-61. San Pedro de Atacama.
- Pressinotti, M. M., Turcq, B., and Martin, L.
1989 Quaternary deposits of the Tamaduaí river, São Simão - São Paulo state, Brazil. *International Symposium on Global Changes in South America During the Quaternary: Past - Present - Future*. Special Publication 1: 78-82. São Paulo.
- PRONAPA
1967 Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. *Museu Paraense Emílio Goeldi, Publicações Avulsas* 6. Belém.
- PRONAPA
1969a Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. *Museu Paraense Emílio Goeldi, Publicações Avulsas* 10. Belém.
- PRONAPA
1969b Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. *Museu Paraense Emílio Goeldi, Publicações Avulsas* 13. Belém.
- PRONAPA
1971 Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. *Museu Paraense Emílio Goeldi, Publicações Avulsas* 15. Belém.
- PRONAPA
1974 Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. *Museu Paraense Emílio Goeldi, Publicações Avulsas*. Belém.
- Ribeiro, P. A. M.
1979 Industrias líticas do sul do Brasil: Tentativa de esquematização. *Véritas* 24 (96): 471-493.
- Ribeiro, P. A. M.
1990 A tradição Umbu no sul do Brasil. *Revista do CEPA* 17: 129-151. Santa Cruz do Sul.
- Rodríguez, Jorge A.
1992 Arqueología del sudeste de Sudamérica. *Prehistoria Sudamericana: Nuevas Perspectivas*, B. J. Meggers (de). Taraxacum. Washington D.C.
- Rodríguez, Jorge A.
1993 Evolución de la tecnología prehistórica en el sudeste de América del Sur. *Simposio Internacional Arqueología Sudamericana: una reevaluación del Formativo*. Cuenca, Ecuador. (En Prensa).
- Roth, L.; and Lorscheitter, M. L.
1989 Palynology of a peat in Parque Nacional de Aparados da Serra, Rio Grande do Sul, Brazil. *International Symposium on Global Chan-*

- ges in South America During the Quaternary: Past - Present - Future, Special Publication 1: 56-59. Sao Paulo.
- Servant, M.; Soubiés, F.; Suguio, K.; Turcq, B., and Fournier, M.
1989 Alluvial fans in southeastern Brazil as an evidence for early Holocene dry climate period. **International Symposium on Global Changes in South America During the Quaternary**, Special Publication 1: 75-77. Sao Paulo.
- Schmitz, I. P.
1987 Prehistoric hunters and gatherers of Brasil. **Journal of World Prehistory** 1 (1): 53-126.
- Schmitz, I. P.
1988 As tradições ceramistas do planalto sul-Brasileiro. **Arqueologia do Rio Grande do Sul, Brasil, Documentos** 2: 75-130. Instituto Anchietano de Pesquisas, Sao Leopoldo.
- Schmitz, I. P.
1990 O povoamento pleistocénico do Brasil. **Revista de Arqueologia Americana** 1: 33-68.
- Serrano, A.
1972 **Líneas fundamentales de la arqueología del litoral**. Instituto de Antropología. Vol. XXXII. Universidad Nacional de Cordoba.
- Suguio, K.; Turcq, B.; Servant, M.; Soubiés, F. y Fournier, M.
1989 Holocene fluvial deposits in southeastern Brazil: chronology and paleohydrological implications. **International Symposium on Global Changes in South America During the Quaternary: Past - Present - Future**, Special publication 1: 70-74. Sao Paulo.

*Paulina Ledergerber-
Crespo**

**IMPLICACIONES DE
LAS OFRENDAS EN
UN CEMENTERIO
JAMBELI, EN LA
COSTA DEL ECUADOR**

* Anthropology Department,
Smithsonian Institution,
Washington, D. C.

INTRODUCCION

Este es un informe preliminar resultado del análisis interdisciplinario de los artefactos asociados con enterramientos humanos excavados por Douglas Ubelaker (1983) del sitio San Lorenzo del Mate, provincia del Guayas, en 1974 (Figura 1). Parte de la colección fue traída en préstamo al Smithsonian Institution, Washington, por autorización del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. El resto está en Guayaquil, Museo del Banco Central. El presente artículo complementa el trabajo ante-

riormente publicado por la autora (Ledergerber 1992: 369-381).

El cementerio está localizado a 80°E y 2°29'S, en una colina al NE del pueblo San Lorenzo, a orillas del río Mate al SE de la Península de Santa Elena (Figura 1) De acuerdo al Dr Ubelaker, la concentración de enterramientos estaban al tope y centro de una colina erosionada, entre 30 a 50 metros de alto desde su base. Un total de 106 esqueletos fueron excavados, 37% de estos incluían ofrendas asociadas con las personas (Ubelaker 1983).

El medioambiente es generalmente seco con pocas lluvias, excepto durante el fenómeno de El Niño. La vegetación actual que se destaca son pocos árboles de ceibo, en medio de una pradera seca y semi-seca de arbustos bajos, plantas de cactus y hierba.

San Lorenzo del Mate, el único cementerio de la fase Jambelí proveniente de la Península de Sta. Elena, que cono-

ceamos, contiene gran variedad de formas en la disposición de los cadáveres (ibid). El cementerio proporciona nuevas evidencias sobre costumbres funerarias. A más de los atributos conocidos de la cerámica Jambelí, añadimos datos innovativos sobre textilería, uso de la coca y otras plantas (tratados en detalle anteriormente-Ledergerber 1992), conocimiento y uso de metales posiblemente pirita, oro y cobre, datos que no se tenía anteriormente para esta fase. Presentamos información sobre posibles sistemas de comercio; y resumimos el estado de las investigaciones.

OFRENDAS

En el plano manuscrito del sitio, dibujado por el Dr. Ubelaker, hemos tabulado los artefactos con sus enterramientos, e inferido sus disposiciones relacionándolos a sus distribuciones espaciales y observado que las personas con mayor número de ofrendas se encontraron precisamente al centro-este de la colina, lo que quizás im-

plica posición y rango dentro de la estrata social.

Por los atributos de los artefactos de cerámica y por sus tipos podemos ubicar cronológicamente al cementerio dentro del Período de Desarrollo Regional, principalmente en la fase Jambelí - aprox. 500 a.C. a 500 d.C. (Estrada y otros 1964; Netherly - sin fecha; Meggers 1969; Ubelaker 1983). No hay muestras para datación de C14, esperamos tener resultados del análisis de termoluminiscencia para dar un fechado más preciso del cementerio.

Los ajuares funerarios de San Lorenzo del Mate constan de artefactos de cerámica, llipta, metal, piedra, concha y hueso.

El apéndice N° I, presenta el listado numérico de enterramientos con ofrendas asociadas.

a) Por los atributos de la cerámica del sitio, tanto el Dr. Olaf Holm, como la Dra. Betty J. Meggers y yo creemos que pertenecen principalmente a la fase Jambelí.

Los principales artefactos de cerámica son: una pequeña ocarina (Lám. 2f); torteros de arcilla compacta fina a media, con perforaciones que varían de diámetro de 3-8mm, les atravieza de lado a lado para traspasar el huso (Lám. 2a-b). Son de formas globulares, ovalados, cónicos, bicónicos, esferoides. Varían de 2.1 y 1.5 cm de diámetro máximo, a 1.2 a 1.8 cm de alto. Aproximadamente la mitad de la colección de cerámica tiene combinación de dos o más motivos en zonas. Algunos de los diseños de los torteros son similares a la decoración de las vasijas. Los principales motivos en todas las vasijas son incisos, pintados, punteados, y con punzón, en diseños geométricos conocidos como Jambelí blanco sobre rojo, Jambelí inciso, etc. Aunque las decoraciones no llegan a las expresiones artísticas de los torteros de fases coetáneas como los de Guangala o Bahía (Estrada 1957; Wilbert 1974), estos de todas maneras confirman la existencia de la producción textil, que en el caso de San Lorenzo del Mate, está claramente asociada con

mujeres como especialistas, pues los torteros se encontraron solamente con esqueletos femeninos adultos (Ubelaker 1983).

Las vasijas: La mayoría de las vasijas están en la reserva del Museo del Banco Central de Guayaquil. Hay variedad de ellas: jarras globulares, compo-teras, platos polípodos, compo-teras dobles, tazas con hombro carenado, platos y una botella cilíndrica. Las vasijas varían de dimensiones de 2.5 a 30.5 cm de alto x 22 a 4 cm de diámetro (Lám. 3a, 3b y 3c).

b) Las lliptas son masas secas de sustancias con las cuales se mastican las hojas de la COCA para extraer más rápidamente sus alcaloides. Estas se han solidificado con el paso del tiempo. Las 7 lliptas encontradas en San Lorenzo, son incrustaciones de carbonato de calcio en polvo de concha de moluscos marinos, género OSTREA, sin quemar, con partículas microscópicas de material orgánico de plantas no identificadas y partículas de arena. La llipta ha tomado la forma de su popo-

ro/envase, probablemente de calabacitos o frutos de la planta LAGENARIA SICERARIA (Lám. 2c-3). Las lliptas estaban en su mayoría con esqueletos masculinos. En la metodología de estudio de éstas hemos empleado mediciones y observaciones arqueológicas, etnológicas, botánicas, etnohistóricas como también análisis químico orgánico e inorgánico gracias al equipo de científicos del Museo Nacional de Historia Natural, Smithsonian Institution, Washington (Ledergerber 1992).

c) Los principales artefactos de piedra son: hachas, metate y su mano, martillo, raspador, cuchillos y pulidores. Se destaca las cuentas de mica, piedras azules y cuchillos de obsidiana (Lám. 4). De paso veamos una anécdota metodológica; cuando empecé el análisis de unas piedritas color verde consulté a pocos arqueólogos y mineralólogos que les clasificaron como turquesa. Después, un geólogo/mineralólogo realizó observaciones con un microscopio y declaró que eran esmeraldas tipo "green beryl". Por lo tanto

busqué en libros las posibles fuentes de turquesa y esmeraldas traídas a la Península. Como me seguían intrigando esas piedras; por fin, mostré a una mineróloga del museo, quien cuidadosamente indicó que la única forma de asegurarnos que son, es mirando a todas a través de un microscopio binocular y luego pulverizarlas. Seleccionamos una piedrita de 1 mm de diámetro y raspamos otras cuentas más grandes, luego Dalphe Ross hizo el análisis mineralógico con Rayos X y un defractómetro Scintag. Ahora podemos aclarar la pregunta ¿qué son esas piedras verdes? La mayoría son micas verdes. No hay esmeraldas (Láms. 4k y 5b).

d) Los artefactos de variedades de conchas son, incluyendo chaquiras, más de 670, entre los que se destacan por estar bellamente trabajados los siguientes: espátulas de *Spondylus princeps*, *Malea ringens* y *Fusus dupetitthouarsi* (descritas anteriormente - Ledergerber 1992), un gancho de atlatl, espaciadores de cuentas de collar parecidos a botones de camisa y

unas cuentas rectangulares con pequeñas perforaciones utilizadas para pasar los hilos y enzarzar el collar (Lám. 5).

e) Entre los principales artefactos de hueso están: un posible bezote de vértebra de tiburón, espátulas de asta de ciervo, una flauta de tibia de venado (Lám. 6a-f).

f) Los artefactos de metal son pocos (Lám. 6-k) y sin decoración posiblemente de cobre: narigueras, una pinza depiladora, aretes, anillos, cadena de anillos; posiblemente de pirita con aleación de oro y otros minerales todavía no identificados: una nariguera, anillos, aretes y una cadena de anillos; y un colgante de una aleación de metales no identificados con partículas de oro (Lám. 6).

POSIBLE RED DE INTERCAMBIO

La variedad en los tipos de ofrendas que incluían con la persona, nos hace cuestionar si la gente enterrada en el sitio estuvo en contacto activo con los

señoríos vecinos, por medio de alianzas o por trueque, debido a que algunos de los materiales trabajados no son propios de la región.

Estos artefactos, a más de su valor intrínseco, nos dan datos sobre posible rutas de intercambio que la gente tenía con otros pueblos (Fig. 1, Mapa 1). Los artefactos tienen similitud en formas, rasgos estilísticos y motivos con artefactos de otras fases. De la Costa hay continuación de unos pocos atributos de la fase Chorrera. Luego hay aproximadamente un 65% de las vasijas parecidas a las establecidas como tipos diagnósticos por Estrada, Evans y Meggers (1964) para el Período de Desarrollo Regional (Meggers 1969). Por ej., vasijas globulares, compoteras de bases anulares, polípodos, comales, vasijas abiertas con bordes expandidos, vasijas carenadas como hay en Guangala, Bahía, Tejar, Pechiche y Garbanzal en la Costa (Izumi y Terada 1966); y/o en Cerro Narrío y Negativo del Carchi en la Sierra.

Hay similitudes en el tratamiento de las superficies de vasijas, muestra de ellos son el empleo de engobe rojo en las de cerámica; las bandas rojas en alisado o en pulido; los diseños blanco sobre rojo; las incisiones anchas, medias y finas. Están ausentes las pinturas negativa y la iridiscente. Hay vasijas únicas, innovaciones propias del alfarero que las creó, y que por ahora no hemos podido encontrar similitudes en la Península de Sta. Elena, como es la botella cilíndrica blanco sobre rojo con líneas incisas anchas del enterramiento 74B de un señor (Lám. 3a, f). La forma del labio y cuello de esta botella se encuentran similares en la noroesteña provincia de Esmeraldas (Mercedes Guinea comunicación personal en 1991).

El intercambio va más allá de los artefactos y se adentra en los procesos mismos del conglomerado social. Por ejemplo, el cronista Gaviria (1965: 285-287) relata en 1582 las actividades en la ceja de montaña del Cañar occidental en Cunchi, y dice: “en algunas vegas que hay,

siembran los indios maíz, yucas, camotes, coca, algodón, axi, pepinos y otras cosas; y gran variedad de calabazas, que llaman mates, de que se hacen vasijas para beber y vajilla: y éstos se proveen y llevan a muchas partes” y en la misma página “Provéense de sal de las salinas de Guayaquil”.

Por ahora, con datos etnohistóricos y arqueológicos de San Lorenzo podemos reconstruir las posibles fuentes de que se proveían de ciertos productos las gentes de esa área de la Península de Santa Elena. Las rutas de intercambio podrían ser para el oro las Provs. de Loja o El Oro, para la obsidiana las Provs. de Pichincha y Chimborazo, para SPONDYLUS el sur de Manabí, para metales como el cobre probablemente la Prov. de Cañar igualmente que para las calabazas y la coca la cercana región de Chunchi. Esto es comercio de mediana y corta distancia (Fig. 1). Es difícil establecer por ahora las fuentes específicas de materia prima de los artefactos, en particular de los minerales, por la falta de datos

confiables sobre la explotación minera prehistórica en Ecuador (Hosler et al 1990). Hay autores como Jijón (1951) que consideran la región del Cañar como uno de los centros importantes del trabajo del oro, plata y el cobre prehistórico. El lugar donde se extraía el cobre sigue siendo hipotético; por los estudios de la Dirección General de Geología y Minas, conocemos sitios en las zonas mineras/metalúrgicas, por ej. en las Provs. de Pichincha, Esmeraldas, Chimborazo, El Oro, Azuay, Cañar, Loja, Morona-Santiago y Zamora-Chinchi (Herrera, y otros 1981). Mientras no se realicen estudios arqueológicos de esas localidades ecuatorianas, habrán autores que sigan importando al Ecuador precolombino los metales de principalmente el Perú.

CONCLUSION

Gracias al plano manuscrito del sitio hecho por el Dr. Ubelaker, hemos inferido que al tabular los artefactos en relación a los cadáveres en el cementerio de San Lorenzo del

Mate, los personajes con ofrendas más complejas, se localizaron al este de la parte más alta del montículo -en el centro-este. En las secciones más bajas se encontraron enterrados los cadáveres con menos artefactos o sin ofrendas, esto conjuntamente relacionados con los tipos de artefactos estudiados nos indicaría diferencia en posición y rango dentro del conglomerado social. Lo cual junto con la diversidad de las ofrendas evidencia el surgimiento de la estratificación social y el incremento de la complejidad político-social-económica de un sistema del control de las fuerzas del trabajo, producción y trueque que ejecutaron los habitantes del Período de Desarrollo Regional de la fase Jambelí que demuestra una organización jerárquica de esa sociedad. Esto es menor comparando los eventos de este sitio, con la gran complejidad de los enterramientos de los señoríos que caracterizaron al siguiente período, de Integración (Meggers 1969: 132-141).

Además de este trabajo aumentamos los conocimientos anteriores sobre la fase Jambelí con el uso que dieron sus habitantes a nuevos productos como llipta, metal y torteros como ofrendas funerarias.

Mientras continuamos el análisis de artefactos de San Lorenzo, nuevamente reconocemos que las tradiciones andinas tienen diversas expresiones regionales en un proceso dinámico de cambio y continuidad. Aún ahora con métodos complejos de investigación, todavía nos queda algunos problemas que resolver. La incógnita de la muerte en el pasado de la Península de Santa Elena ha generado más preguntas que respuestas.

Agradecimientos: Primero a los doctores B. J. Meggers y D. H. Ubelaker por sus valiosas sugerencias en varias etapas de este trabajo. Igualmente a los científicos D.R. Ross, C. S. Tumosa, M. E. Zeder, H. A. Rehder y a M. Andrade de Ubelaker en Washington, D. C. También

damos gracias a O. Holm y F. Cruz, de Guayaquil. Especialmente va mi agradecimiento a la Dra. Mercedes Guinea B. quien me invitó a presentar este trabajo en el simposio titulado "Arqueología y Etnohistoria del Sur de Colombia y Norte del Ecuador" en el 47vo. Congreso Internacional de Americanistas, Julio 7-11 de 1991, New Orleans, Estados Unidos de Norte América.

BIBLIOGRAFIA

- Estrada, E.
1957 *Ultimas Civilizaciones Pre-Históricas de la Cuenca del Río Guayas*. Editorial Vida, Guayaquil.
- Estrada, E., B. J. Meggers, y C. Evans
1964 "The Jambeli Culture of South Coastal Ecuador", *Proceedings of the United States National Museum*. Smithsonian Institution, Washington, D.C.
- Herrera, G., Santamaría, W., López, E. y Gómez de la Torre, J.
1981 *Informativo Geológico Minero*. D.G.G.M./Min. R.N.E., Quito.
- Hosler, D., H. Lechtman y O. Holm
1990 *Axe-Monies and Their Relatives*. *Dumbarton Oaks Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology* N° 30, Washington.
- Izumi, S. y K. Terada
1966 *Andes 3, Excavations at Pechiche and Garbanzal, Tumbes Valley, Peru, 1960*. Kadokawa Publishing Co., Tokyo.
- Gaviria, M. de
1965 "Relación que enbio a mandar su Magestad se hiziese desta ciudad de Cuenca y de toda su provincia", *Relaciones Geográficas de Indias - Perú*, editado por Marcos Jiménez de la Espada, pp. 285-287. Atlas, Madrid.
- Jijón y Caamaño, J.
1951 *Antropología Prehispánica del Ecuador*, Prensa Católica Quito.
- Ledergerber, P.
1992 "El uso de la coca durante el Período de Desarrollo Regional en el Ecuador", *Prehistoria Sud-Americana, Nuevas Perspectivas*, J. Meggers (Edit.). TARAXACUM, Washington.
- Meggers, B. J.
1969 *Ecuador*. Praeger Publishers, New York y Londres.
- Netherly, P.
Sin fecha, "Informe sobre los trabajos arqueológicos efectuados durante la primera temporada de campo de noviembre 1978 a agosto 1979", *Proyecto arqueológico "PREDESUR"*, Museo Antropológico, Bco. Central del Ecuador, 19 págs., ms.
- Ubelaker, D. H.
1983 "Prehistoric Demography of Coastal Ecuador" en *National Geographic Research Reports*, Vol. 15: 695-704.

Wilbert, J.
1974 "The Tread of Life: Symbolism of Miniature Art from Ecuador", *Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology* N° 12-14, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

APENDICE I. LISTA PARCIAL DE ARTEFACTOS ASOCIADOS CON CADAVERES (Fe) DE SAN LORENZO DEL MATE. Información del Dr. D. H. Ubelaker)

Fe Artefacto

- 1 1 cuenta de collar y 13 espaciadores de concha
- 2 7 tiestos
- 3 8 tiestos
- 4 4 tiestos
- 5 4 tiestos
- 9 33 tiestos y 1 polípodo de cerámica
- 12 1 jarra globular de cerámica
- 13 1 tiesto
- 14 1 jarra globular de cerámica
- 15a 1 compotera y 1 plato carenado cerámica
- 15b 1 pinza posiblemente de cobre
- 16a 1 compotera alta cerámica

- 17 1 jarra globular cerámica
- 18 3 tiestos
- 19 1 tiesto
- 20 1 tiesto, 1 plato de cerámica poco profundo
- 21 1 tiesto
- 24 1 arete posiblemente cobre, 1 espátula de asta venado
- 27a 1 llipta, 1 espátula concha
- 32 1 espátula asta venado; 2 lliptas; 1 polípodo y 1 plato de cerámica; 2 artefactos piedra, 4 cuentas piedra; 3 cuentas y 1 artefacto de concha; 1 bezote de vertebra tiburón.
- 33 1 jarra globular, 1 tazón y 3 cuentas cerámica; 6 placas perforadas y 1 placa sin perforar, 1 atlas y 17 cuentas de concha; 1 cuenta perforada - cacho venado; 1 raspador, 1 cuenta y 1 artefacto n.i. de piedra; posiblemente de cobre: 8 anillos entrelazados, 5 aretes y 2 pares argollas fusionadas entre si.
- 34 1 flauta tibia venado.
- 35 1 compotera, 1 jarra glo-

- bular, 1 plato base anular, 3 tiestos y 6 torteros de cerámica; 239 cuentas concha;
 1 cuchillo y 1 raspador obsidiana; 1 núcleo y 7 cuentas piedra;
 pos. cobre/pirita: 1 arete, 1 nariguera, 1 anillo y 16 argollas; 1 placa perforada de metales
 n.i. y oro.
- 36 2 tiestos y 1 ocarina cerámica; 369 cuentas concha; 5 cuentas y 1 cuchillo piedra; 2 anillos cobre.
- 37 Urna cerámica poco profunda.
- 39 1 tiesto y 1 plato polípodo de cerámica
- 43 1 tiesto
- 45 4 tiestos; 5 cuentas concha; 2 hachas piedra
- 48 Fragmentos de urna cerámica sin esqueleto
- 49 1 cuchillo, 1 lámina piedra; urna cerám. sin esqueleto
- 51 8 tiestos
- 53 27 torteros cerámica
- 55 2 cuentas concha; 1 cuenta piedra; 1 anillo posiblemente de cobre pasado por piedra
- 60 2 espátulas concha; 1 cacho venado;
 1 cuenta y 1 pulidor piedra
- 63 1 llipta, 1 espátula concha, 1 piedra
- 64 1 tiesto, 1 cuenta piedra
- 66 1 artefacto y 1 cuenta concha;
 1 cuenta piedra; 2 aretes cobre y metales n.i.
- 69a 1 llipta 1 espátula concha; 2 ollas globulares, 1 taza llana y 1 compotera doble de cerámica.
- 69b 1 espátula concha
- 70 1 vasija blanco sobre rojo
- 72 1 tortero cerámica; 1 operculum concha y 1 concha
 Anadara Tuberculosa; 3 piedras pulidoras pequeña
- 74a 1 llipta, 1 artefacto piedra
- 74b 1 llipta; 1 espátula asta venado
- 75 a 2 aretes y 1 anillo de metales n.i. y posiblemente oro
- 81 1 cuenta de concha
- 93 1 disco de cerámica perforación no completa

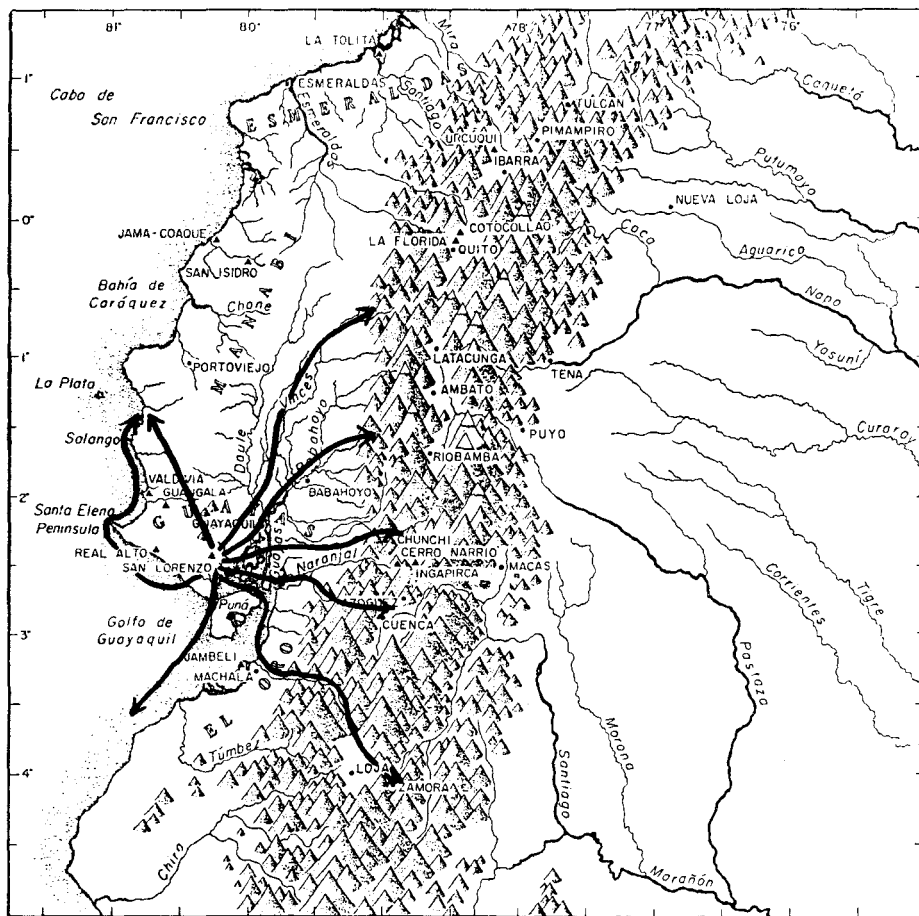


Figura 1. Mapa del Ecuador y ubicación de los sitios arqueológicos e históricos mencionados en el texto, las capitales de las provincias continentales y señaladas con flechas las posibles rutas de intercambio.

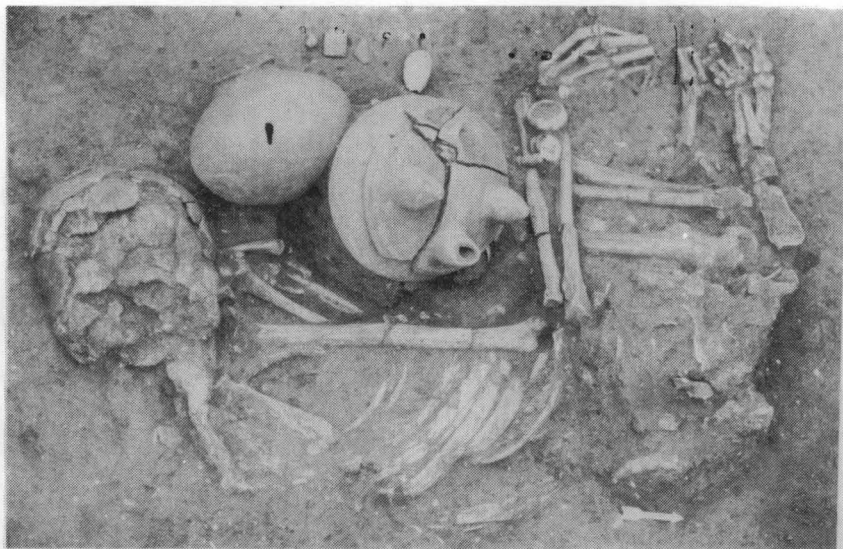


Lámina 1. Enterramientos de San Lorenzo del Mate, mostrando la asociación de los artefactos in situ: a, Fe32 hombre adulto enterrado en su lado izquierdo; b, Fe70 adulto enterrado en posición sentada. Fotos de D. H. Ubelaker.

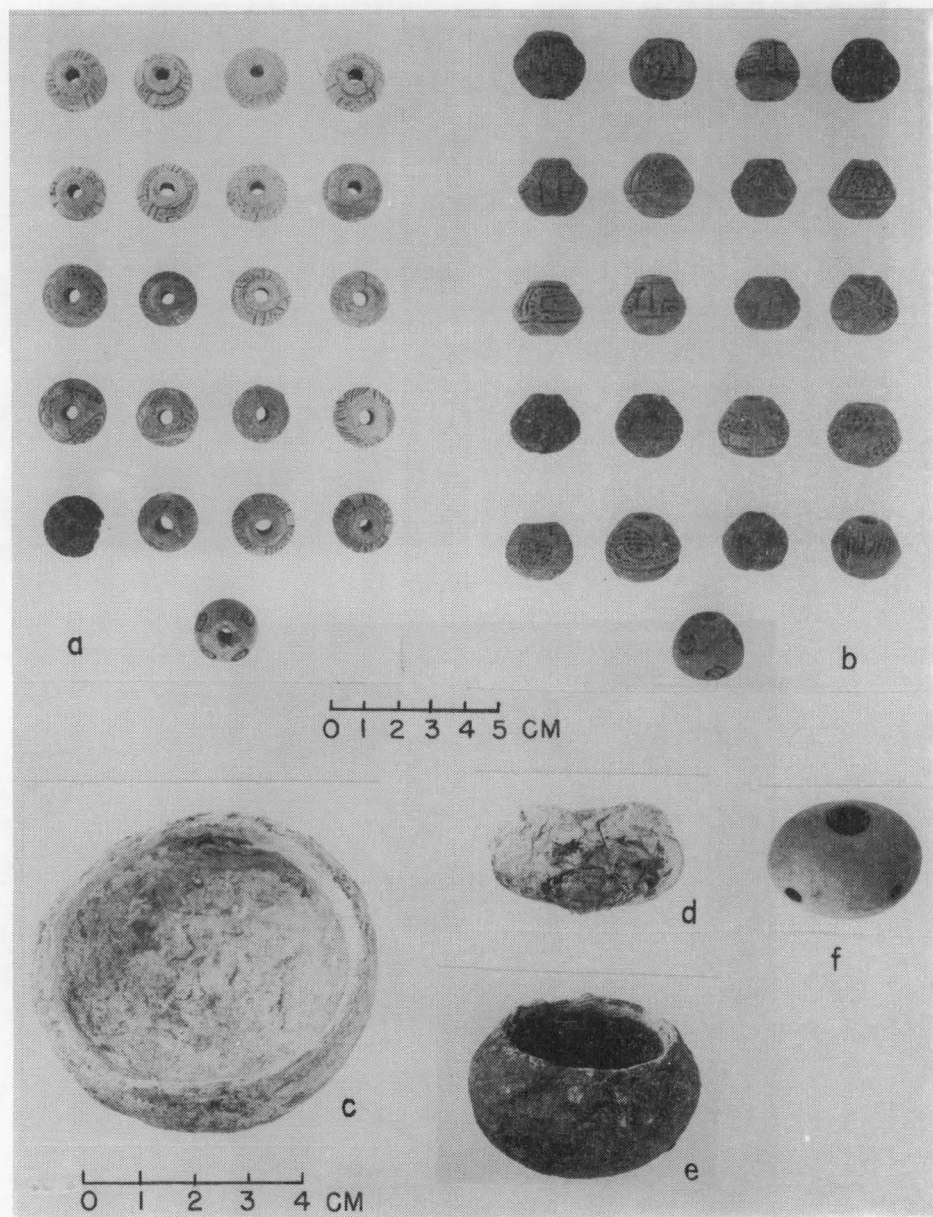


Lámina 2. a-b, torteros de cerámica; c-e, lliptas en forma de calabaza que las formaron; f, ocarina de cerámica.

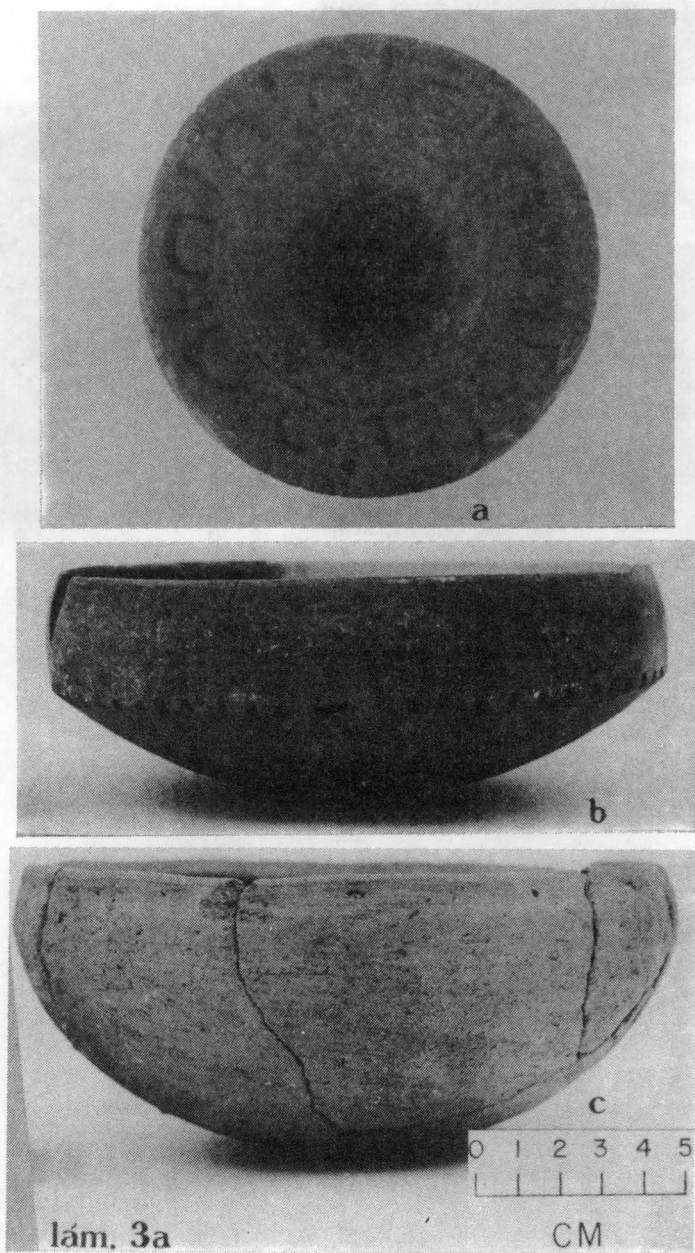
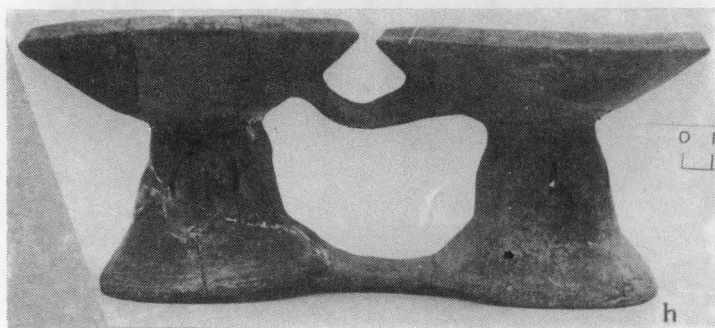
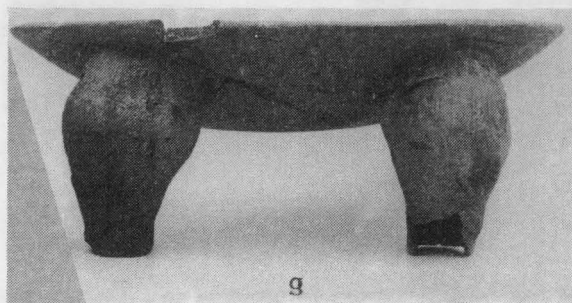
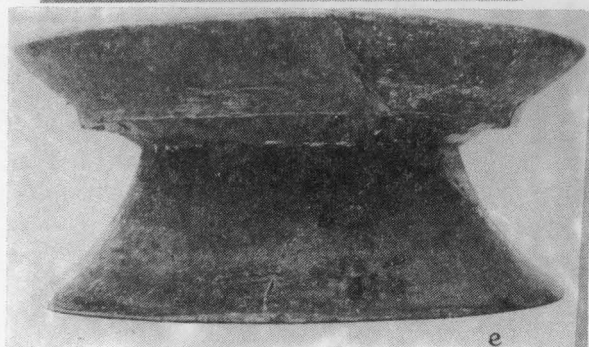
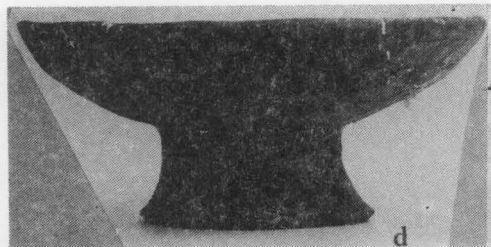
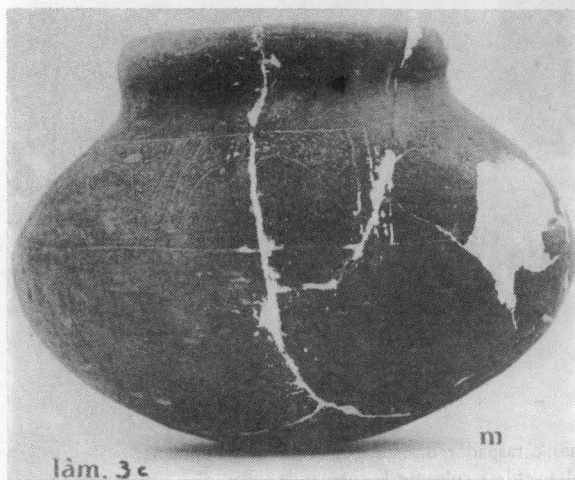
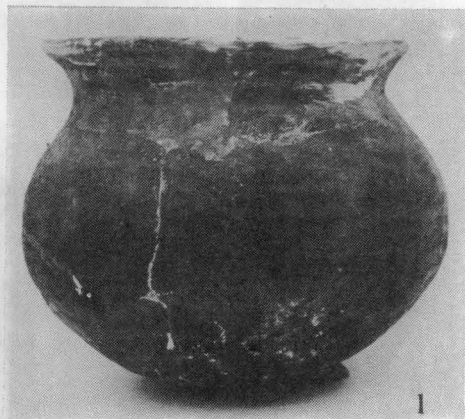
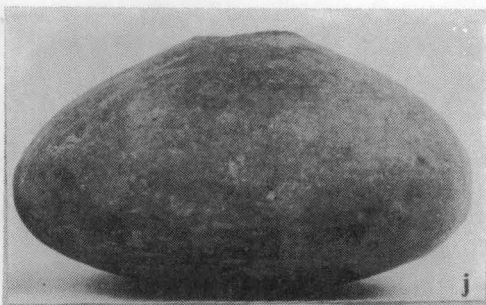
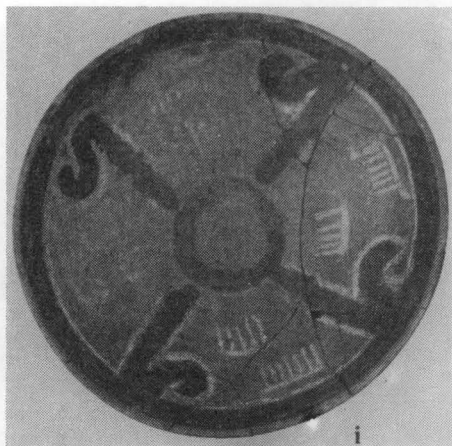


Lámina 3. Vasijas de cerámica que a la fecha se encuentran en el Museo Antropológico del Bco. Central, Guayaquil: a, pico y hombro de botella "f" con inciso profundo; b, taza carenada; c, taza redonda;



lãm.3b

d-e, compotera; f, botella cilíndrica blanca sobre rojo con líneas incisas; g, polipodo; "h" y "n", compoteras dobles altas;



i, interior de plato rojo y blanco sobre llano; j, jarra con labios casi cerrados; k, vasija globular con punteado en zonas; l-m, vasijas globulares.

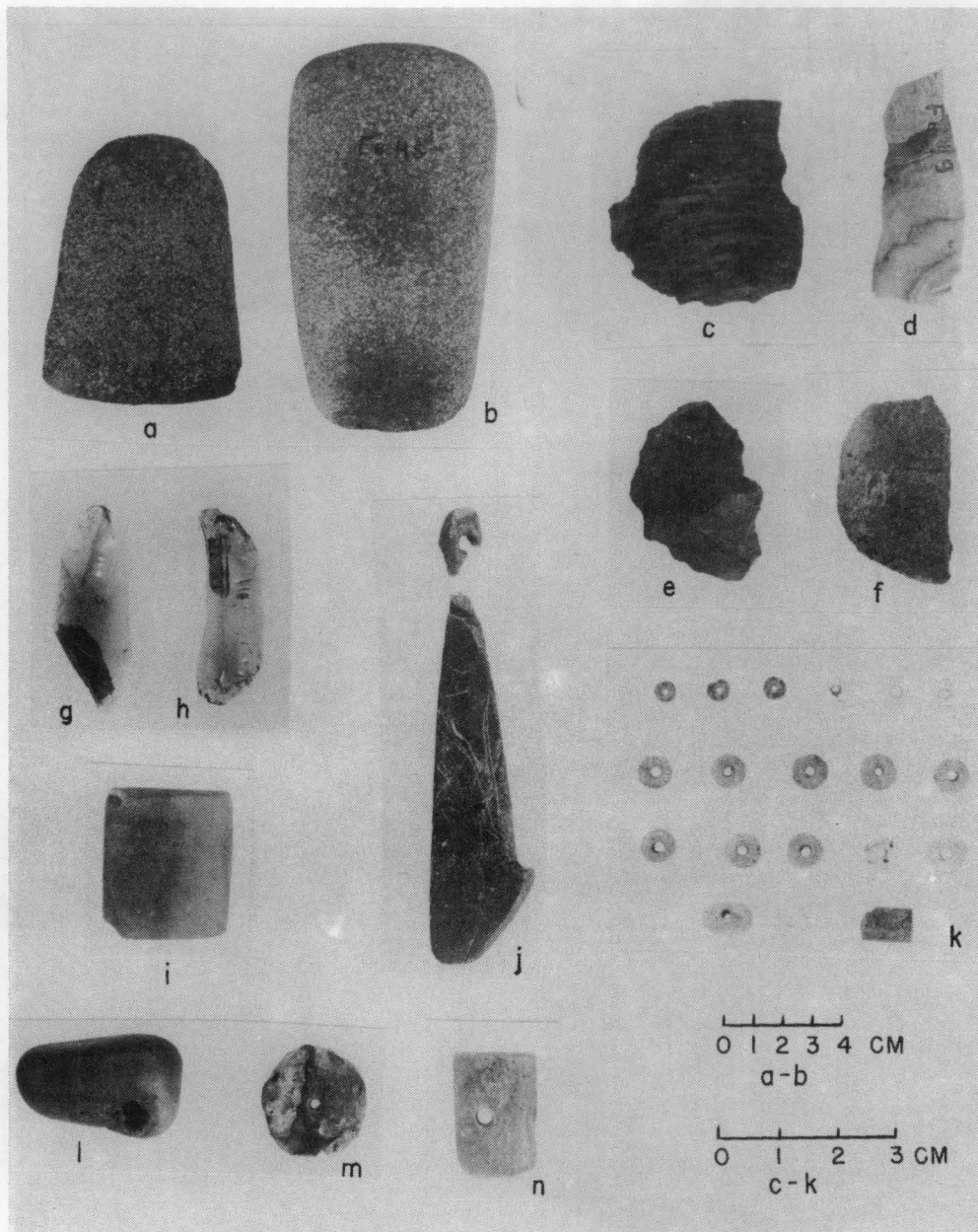


Lámina 4. Artefactos de piedra: a-b, achas; c, raspador; d, lasca; g-h, cuchillos de obsidiana; f, raspadores; i, lámina de piedra verde; j, colgante; k, cuentas de collar, l, alisador; m, cuenta de mica verde; n, cuenta de collar.

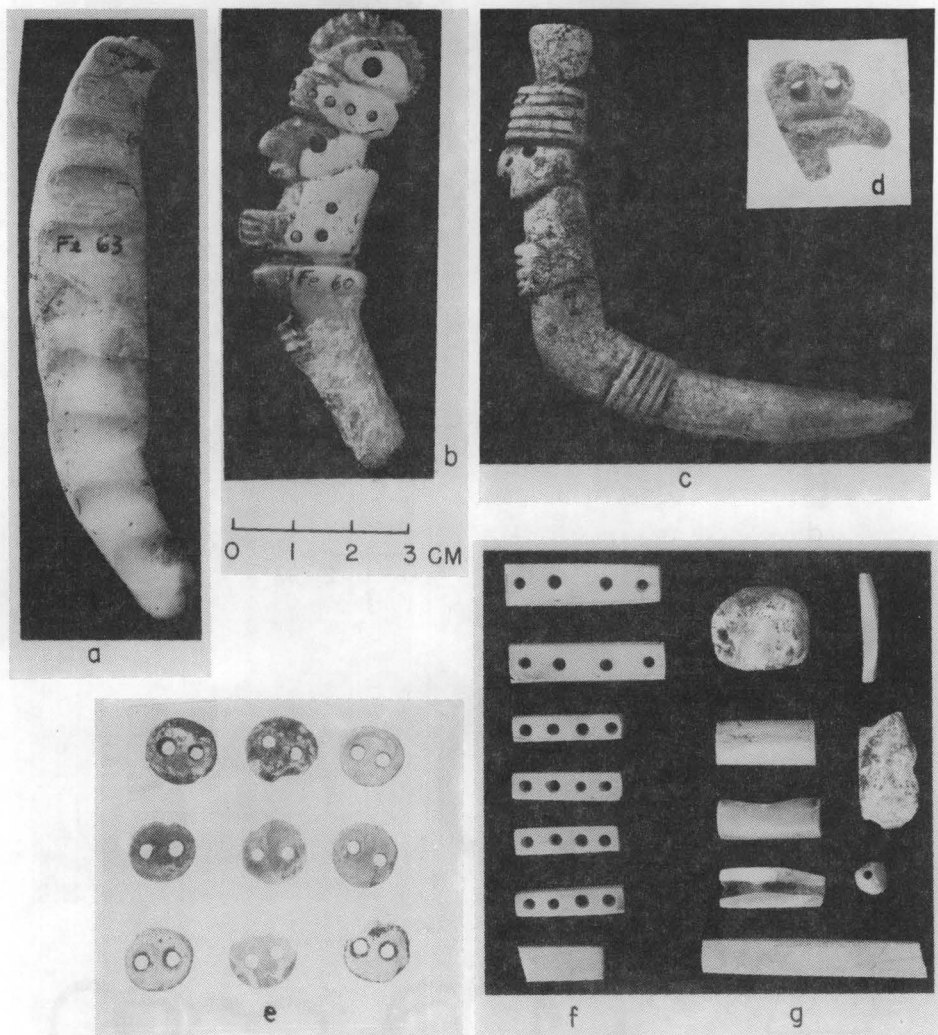


Lámina 5. Artefactos de concha: a-c, espátulas; d, atlat; e, espaciadores de cuentas de collar; f, espaciadores de cuentas de collar; g, cuentas de collar; h, artefactos misceláneos.

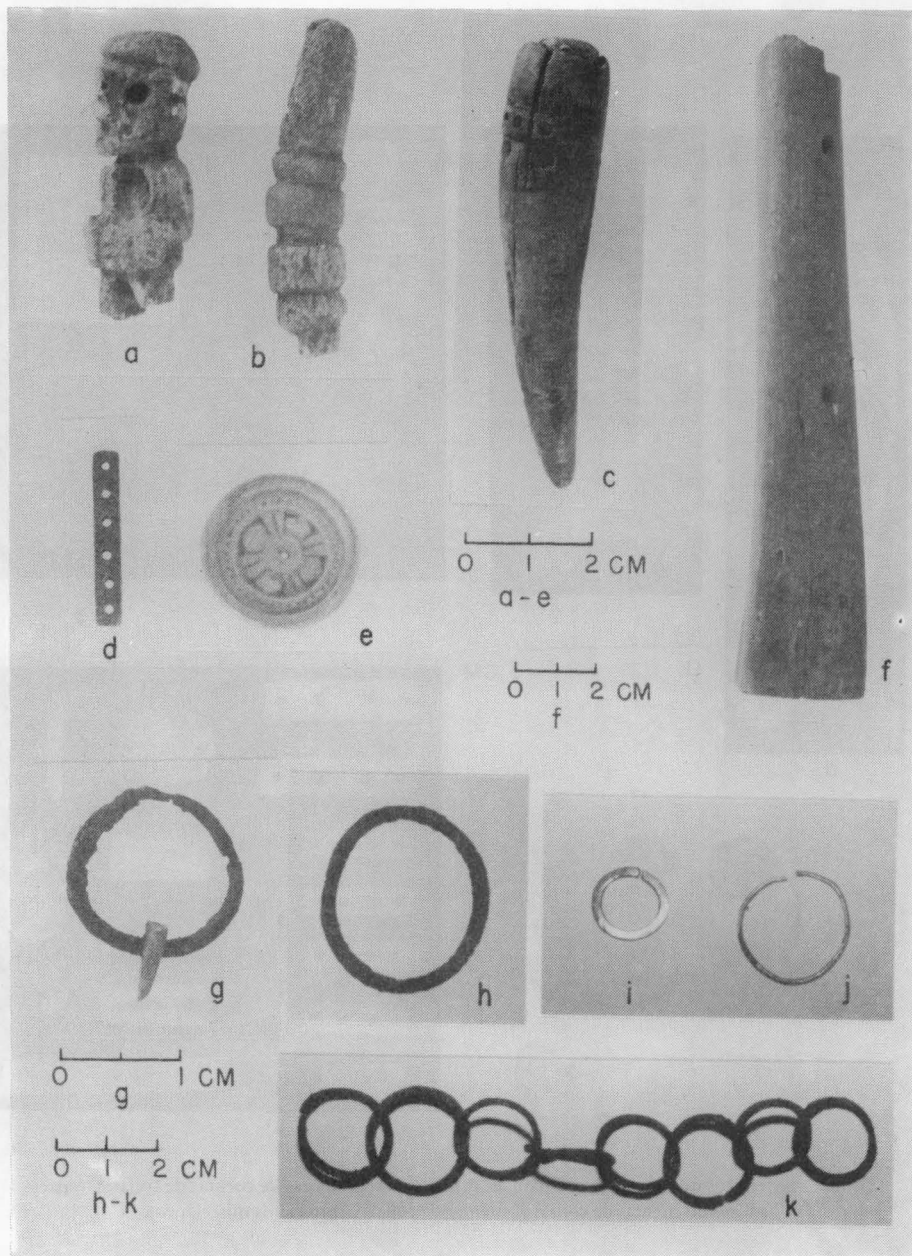


Lámina 6. Artefactos de hueso: a-b, espátula de asta de venado; Artefactos de metal.

*A. Jorge Arellano**

**IMPLICACIONES DEL
MEDIOAMBIENTE
DEL PLEISTOCENO
TARDIO Y HOLOCE-
NO TEMPRANO
Para la ubicación de
ocupaciones humanas
precerámicas en la Sierra
Central del Ecuador**

* Carrera de Arqueología. Univ.
Mayor de San Andrés.
La Paz, Bolivia

Introducción

El presente trabajo formó parte de las iniciales investigaciones llevadas a cabo en el marco del Proyecto Paleoindio-Formativo en la Sierra Central del Ecuador, realizado entre 1989-1992 y fue dirigido a determinar las áreas factibles para ubicación de asentamientos tempranos, en el entendido que para esa parte de la Sierra se propugnaba dos hipótesis: La una, que la sierra central se encontraba despoblada durante el período comprendido entre el límite Pleistoceno-Holoceno debido a la glaciación y una in-

tenza actividad volcánica. Y la otra, por la ausencia de una prospección dirigida a la ubicación de sitios correspondientes al paleoindio o precerámico y formativo.

Para el efecto, postulamos que debió existir un corredor libre de hielos por el cual se conectaron los grupos de cazadores recolectores transhumantes del Norte hacia el Sur, es decir aquellos grupos ubicados en la zona del Ilalo (Bell 1965; Mayer-Oakes 1986; Salazar 1979, 1980, 1984) con los de Chobshi (Lynch y Pollock 1980) y Cubilan (Temme 1982). En este sentido, sitios tempranos debían ocurrir en este corredor

Con este objetivo, mediante un exhaustivo trabajo de campo en toda la sierra central, se realizó un análisis de la forma y depósitos geológicos producidos durante el Pleistoceno y Holoceno temprano. Los datos geomorfológicos obtenidos fueron traducidos en dos mapas, el primero para conocer los límites del máximo avance de los hielos y el segundo el área de

dispersión de la cangahua derivado de la actividad volcánica en el pleistoceno.

Pero no sólo debíamos reconocer el corredor intercuenas y el periodo en el cual posiblemente se abrió, sino también inferir si las condiciones ambientales podían haber sido aptas para una estadía prolongada y si había la posibilidad de recursos para la subsistencia. Estos últimos aspectos fueron sólo correlacionados de regiones cercanamente similares de Colombia y Bolivia, donde se efectuaron estudios específicos al tema en cuestión.

El medio geomórfico actual

La denominada sierra central del Ecuador se encuentra limitada aproximadamente entre los paralelos 1° 20' y 2° 20' de latitud Sur y meridianos 78° 30' y 79° 10' de longitud Oeste. Para Baldock (1982:12) está comprendida dentro la unidad geomórfica "sierra", la cual conforma un sector de la cordillera de los Andes que atraviesa el Ecuador de Nor-

Noreste a Sud-Sudoeste. Esta unidad geomórfica mayor se divide en tres sub-unidades: Cordillera occidental, valles interandinos y cordillera oriental, con dos conexiones bien definidas hacia las unidades geomórficas de la costa y el oriente a través de cuatro importantes cuencas de drenaje, la de los ríos Cataruma, Chan Chan, Chimbo y Cebadas-Chambo.

El marco geomorfológico actual que presenta la sierra central, fue producto de una combinación de los procesos endógenos y exógenos que actuaron con considerable intensidad para el modelado del paisaje, fenómenos que aún continúan con intensidad modificando la superficie de esta parte de la sierra.

Entre los procesos exógenos el de mayor importancia por su influencia en la formación de los valles inter-andinos en la sierra central, es la erosión. Aspecto que puede observarse en las pronunciadas pendientes y en los perfiles transversales de las cuencas mencio-

nadas que apenas se constriñen a la etapa juvenil dentro del ciclo geomórfico fluvial.

De la misma forma la erosión glaciár diseñó el paisaje a partir de los 3.000 metros de altura, proporcionando los elementos para la conformación de corrientes fluviales con poder erosivo. En este análisis pueden ser integradas las cuencas de los ríos Cataruma, Chimbo y Cebadas que muestran en sus orígenes a valles glaciares de típica forma en U con amplias planicies asociadas a circos glaciares y donde se desarrollan por ejemplo los ríos Simiatug, Salinas, Yasipan, Atillo Osogoché.

El proceso de acumulación de sedimentos o agradación es perceptible en la cuenca sedimentaria de Riobamba por la variedad tipológica de sedimentos, depositados en capas prácticamente horizontales tanto por el agua corriente como por la acción eruptiva de los volcanes próximos Carihuairazu, Tunguragua y Sangay que formaron cangahua. Paralela-

mente el viento realizó un intenso trabajo de erosión, transporte y agradación, en particular en la cuenca del río Cebadas-Chambo que presenta áreas con depósitos de dunas de arena como las de Palmira, Cebadas, Guano y Chimborazo.

La glaciación de montaña está representada por la deposición de morrenas, sedimentos de composición litológica heterogénea, en toda el área de influencia del Chimborazo y la planicie de Osogoche-Atillo.

Entre los procesos endógenos, el diastrofismo y vulcanismo fueron las causantes para definir el modelo estructural de la sierra central, esta trama particular se observa en la disposición paralela rectangular de las tres cuencas de drenaje fluvial, que reflejan el control producido por un sistema de bloques fallados, que dieron lugar a la reactivación erosiva vertical de los ríos de Alausí, Chimbo, Cebadas-Chambo, Simiatug, Chazo Juan y Cristal.

Por otra parte la situación geográfica de los volcanes Chimborazo, Carihuairazu, Tungurahua y Altar, definieron el límite superficial de la cuenca sedimentaria de Riobamba influyendo notablemente en el aporte de sedimentos de naturaleza terrígena y volcánica para su relleno.

A partir de estas consideraciones, en la sierra central podemos definir las siguientes áreas o sectores puntuales con características geomórficas específicas: El arco volcánico que proporciona un diseño de drenaje fluvial de carácter radial. En el valle de Riobamba los niveles de terrazas cubiertas por cangahua (ash falls) y una delgada capa de suelo. Los depósitos coluviales en las faldas de los montes con pendiente abrupta de la cuenca del río Cataruma. Las amplias terrazas aluviales de Pallatanga, del río Guasuntos-Zula y los grupos de terrazas sobre las laderas del río Chambo. Morrenas, tilitas y depósitos fluvio-glaciares en el sector de Osogochi-Atillo-Zula. La cu-

bierta de arenas negras frecuentemente en forma de barjanes en Palmira.

En las cuencas de los ríos Chan Chan y Chimbo, la serie de derrumbes y deslizamientos causados por el carácter piroclástico poco consolidado de las rocas que acentúa la remoción en masa.

También en las serranías interdivisorias de aguas ubicadas en el área de Cebadas (sobre los 3.000 metros), se observa una meteorización pronunciada de las rocas, con diaclazamiento y cizallamiento que da lugar a escombros de talud y reptación de rocas.

El área de Salinas contiene abrigos, cuevas y formas rocosas de mesetas residuales, debidas a una erosión diferencial producida por la acción combinada del agua y viento. De manera similar, en Palmira la acción eólica (deflación) formó en la cangahua una variedad de figuras talladas.

Finalmente es importante enfatizar que la extrema acción

de los procesos geomórficos que se producen en la sierra central, está condicionada por la cercanía de dos niveles de base opuestos uno del otro que son la costa y la Amazonía.

Esquema Paleo-geomorfológico del límite Pleistoceno-Holoceno en la Sierra Central

La paleo-geomorfología del límite Pleistoceno-Holoceno Ecuatoriano es poco conocida, de la misma forma que su cronología y paleo-ecología. No obstante se la correlaciona con los estudios realizados en la sabana de Bogotá y laguna Fuquene de Colombia (Salazar 1988: 82).

Para los objetivos del presente análisis de la sierra central, es importante tener en cuenta los actuales rasgos proporcionados por las glaciaciones, en especial del último periodo que de acuerdo a Deler et al. (1983: 15), entre los 21000 y 13000 años AP recubrían los Andes Ecuatorianos hasta los 3500 metros de altura con ocasionales prolongaciones hasta los 3200 metros.

Así mismo las investigaciones de Guevara y Hastenrath (1977) y Hastenrath (1981) han determinado la existencia de cuatro complejos de morrenas en los principales nevados de la sierra, mencionando que los dos primeros complejos se encuentran generalmente cubiertos por una espesa capa de toba, con una variante en los nevados Chimborazo y Carihuairazu donde están cubiertos además, por piedra pomez y una vegetación abundante (Guevara y Hastenrath 1977: 21). Posteriormente se verificó que estos complejos pertenecen al último periodo glacial, equivalente al Wisconsin del hemisferio Norte y que fueron depositados a partir de los 23000 años AP (Hastenrath 1981. citado por Salazar 1988: 81).

Esta propuesta es confirmada por Clapperton y Vera (1986) al indicar que “en el área de Chimborazo-Carihuairazu, se conoce que las morrenas se han formado entre los 10000 y 35000 años AP” y que las morrenas “más frescas” son de esta

edad (Claperton y Vera 1986: 19).

Por consiguiente durante el Wisconsin tardío, los glaciares en su máxima extensión alcanzaban a los 3200 metros de altura. Aunque Sauer (1965), indica la presencia de una morrena en la región de Sibambe a 2240 metros cortada por el río Chan Chan (Sauer 1965: 287). Aquí es también posible observar un valle en U que se desarrolla desde la altura del cerro Danas hacia el río Chan Chan.

Los paisajes pronunciadamente glaciares se encuentran en la zona de Salinas-Simiatug. El río Salinas tiene su cauce a través de un valle glaciar bien modelado, con morrenas laterales. Estructuras de morrenas frontales pueden ser observadas en el trayecto Partidero-Simiatug, como también en las alturas del cerro Boliche hacia las serranías occidentales del Chimborazo.

Se presenta igualmente una alta frecuencia de depósitos morrénicos en la parte Norte de

la sierra central, en las zonas del volcán Chimborazo, cerro Igualata y volcán Tungurahua.

La cordillera occidental sin embargo no presenta muchos rasgos de actividad glacial, con excepción del mencionado en el área de Sibambe. Es posible que los mismos fueran borrados por la intensa actividad volcánica que se desarrolló durante este periodo y luego por la variedad de procesos geomórficos en el post-glacial.

Por el contrario la cordillera oriental contiene todos los caracteres de la erosión glacial. En la región de Zula, Atillo, Yasipan se tienen rastros de circos glaciares contiguos que aportaron material a una sola lengua glacial en el Wisconsin y que al retirarse formaron artesas glaciales con valles colgantes y lagos en rosario. Idénticos glaciares existieron en toda la región Noroccidental y Nororiental de esta parte de la cordillera.

En tanto hacia el Suroeste, laguna Culebrillas o río Jubal, la glaciación se desarrolló con ma-

yor amplitud cubriendo extensas superficies para crear llanuras de derrubios glaciares y tilitas.

De manera que, las áreas libres de hielos durante la fase más fría del Wisconsin tardío, configuraron una especie de corredor que conectaba la actual cuenca del drenaje del río Chan Chan con la cuenca sedimentaria de Riobamba para continuar hacia el oriente siguiendo el valle construido por el río Pastaza.

Entonces el páramo en la última glaciación predominaba en todo el corredor y la cuenca de Riobamba. No obstante las evidencias de paleofauna demuestra que también debió existir un oasis boscoso para permitir su subsistencia, durante la fase más temprana del Wisconsin.

Salazar (1989) sobre la base de Van der Hammen (1979) realiza una interpretación de las variables paleoambientales en el período Wisconsin, indicando que la fase más fría comenzó hacia los 24000 años AP hasta

los 19000 AP, mejorando el clima entre los 12000 y 11000 AP (Interestadio Susaca), siguiendo un intervalo frío muy corto y finalmente un nuevo recalentamiento entre los 10000 y 8000 AP (Interestadio Guantiva).

Así mismo el Holoceno contiene "algunas fluctuaciones entre los 5500 y 1000 Antes de Cristo, donde la línea del bosque sobrepasó en 300 a 400 metros el límite actual, reduciendo el piso ecológico del páramo (Salazar 1988: 83).

En este sentido, la sierra central del Ecuador también ha participado de estas fluctuaciones climáticas. Por ejemplo en el cerro Igualata se pueden distinguir tres grupos de morrenas dispuestas a los 3600, 3670 y 4000 metros de altura, si bien todas pertenecientes a la última fase glacial del Wisconsin, confirman las tres variables climáticas mencionadas por Salazar (1989) y Hastenrath (1981).

Los potentes depósitos glaciares y fluvioglaciares observados en los cortes producidos

por los ríos Guamote y Cebadas, cubiertos en parte por sedimentos holocénicos arenolimosos y los que se encuentran en las cercanías de San Juan, pueden ser incluidos en el primer estadal que se produjo, luego de los 24.000 AP, periodo cuando se incrementó las precipitaciones y formación de corrientes torrentosas de gran poder erosivo y con rápida deposición de materiales.

Luego de esta deposición de sedimentos glaciofluviales y fluviales se inició la deposición del material piroclástico denominado cangahua, hacia el Oeste del río Cebadas-Chambo que marca el límite oriental de sus afloramientos. La cangahua según Laurent de Noni (1977: 135) tiene su origen en las cenizas volcánicas eruptivas de tipo ash falls en los volcanes explosivos y que modificadas por el agua y viento fueron convertidas en una masa compacta de litología uniforme que descansa directamente sobre el relieve pre-existente (Ochsenius 1987: 31).

Hall (1977: 95) también menciona que durante la “época glacial” el Chimborazo se encontraba en actividad y citando a Wolf (1892) indica que la ciudad de Riobamba se asienta sobre un enorme lahar (cangahua?). Acerca del Tungurahua indica dos épocas de actividad volcánica de un volcán pre-Tungurahua (Hall 1977: 87) sin especificar una data para un determinado periodo geológico (Pleistoceno tardío - Holoceno), más adelante continúa una “renovación de la actividad en tiempos prehistóricos” con cuatro épocas (Hall 1977: 87), indudablemente esta actividad es reciente.

A partir de estos datos podemos resumir que es factible la existencia de una actividad volcánica paralela al desarrollo temprano de la glaciación Wisconsin y que el medioambiente geomorfológico de la sierra central del Ecuador durante el límite Pleistoceno (Wisconsin tardío) -Holoceno tenía las siguientes características: Los hielos se habían retirado a 3600 metros de altura ampliando

considerablemente el páramo, produciéndose una etapa o proceso erosivo en los materiales depositados de cangahua. El Chimborazo se había transformado en un volcán apagado y el volcán pre-Tungurahua destruido.

Por último se inició una nueva etapa deposicional de sedimentos incluyendo las cenizas volcánicas producidas por el Tungurahua y el Sangay, las que actualmente dan la configuración de suelos arenosos de color negro en la sierra central.

El Paleoclima del límite Pleistoceno - Holoceno

El paleoambiente en el Pleistoceno tardío (Wisconsin) y Holoceno temprano en la sierra central Ecuatoriana, puede ser inferido principalmente sobre la base de los estudios palinológicos efectuados en Colombia y luego con los efectuados en la cuenca del Titicaca en Bolivia, estos últimos tendrían mayor relación por haber soportado una glaciación similar a la de los Andes Ecuatorianos.

En primer término es importante establecer que durante el Wisconsin tardío y el Holoceno temprano existía un corredor libre de “hielos” conectando la cuenca de Riobamba con la región de Alausí.

Como la cuenca de Riobamba se encontraba a un nivel más bajo, se constituía en un refugio forestal interno en la que subsistían una variedad de especies de la denominada paleofauna. Hasta el presente se conoce que la mayor parte de esta fauna fueron hervívoros. Hoffstetter (1952), indica que “la fauna es rica en individuos pero relativamente pobre en especies” y “los animales más abundantes son los caballos de la especie *E. (Amerhippus) Andium* Wagner Branco” (Hoffstetter 1952: 33). Al respecto, en la quebrada Sanancahuan sobre el río Guamote fue posible ubicar restos de la mencionada especie, en sedimentos fluviales de litología arenosa mezclada con carbonatos de calcio, que actúan como cemento en capas de estratificación entrecruzada.

En una correlación paleoclimática para la sierra central, se tiene que en el Wisconsin tardío entre los 24000 AP a 16000 AP correspondiente a la última fase de la máxima extensión de los glaciares, el clima sería frío y lluvioso produciendo en el corredor interandino un ambiente de páramo húmedo con corrientes fluviales semi-torrentosas. A este se asocia una actividad volcánica con abundancia de cenizas y material piroclástico.

Esta caída periódica de ceniza en el “refugio forestal” de la cuenca de Riobamba y corredor interandino fue destruyendo paulatinamente la vegetación, dando lugar a la “contaminación creciente del elemento vegetal y la colmatación de los bebederos naturales” (Ochsenius 1987: 42) acelerando la extinción de la paleofauna.

El escenario paleoclimático de la sierra central también presenta periodos de recalentamiento con valores de precipitación y humedad cercanos a los actuales, entre los 16000 AP

a los 14000 AP del Holoceno temprano, en el Holoceno medio, 8000 AP a 6000 AP y en el Holoceno reciente dos cortos periodos entre el 3200 AP al 2800 AP y entre los 1500 a 1000 AP. (Tabla 1).

Los periodos de enfriamiento con regímenes de precipitaciones extremas, especialmente en el invierno de las altas montañas, se intensificaron entre los 13000 AP a 9000 AP dentro de lo que se considera el límite Pleistoceno - Holoceno y posteriormente entre los 6000 AP y 1500 AP. Sin embargo estos periodos al margen de las precipitaciones invernales fueron “climáticamente secos” (Servant y Fontes 1984: 26).

Conclusiones

Con las investigaciones realizadas se pudo verificar la presencia de un corredor libre sólo después de los máximos avances de la glaciación del Wisconsin (24000 AP a 19000 AP). Este estrecho corredor que conectaba la cuenca del Rio-

bamba con la cuenca de Alausí, estuvo desarrollado siguiendo los cursos de los actuales valles de los ríos Chambo hacia el Norte y Pumachaka hacia el Sur, y su apertura se originó entre los 19000 a 13000 AP periodo en el que posiblemente también se depositó la primera capa de cangahua.

Por otra parte, el medioambiente de páramo al principio circunscrito al corredor, se fue ampliando alrededor de los 13000 AP, hasta alcanzar sus límites actuales a los 9000 AP con lo cual aumentó la posibilidad de un tránsito más fluido de grupos culturalmente tempranos, además de proporcionar medios de subsistencia.

El periodo crítico para la ubicación de asentamientos precerámicos se encuentra entre los 13000 y 9000, por que para entonces la cangahua del último gran evento volcánico en la sierra central se había depositado en el corredor y sobre ésta se formó un delgado perfil de suelo.

Al mismo tiempo, por el retroceso de los glaciales se había formado un suelo rico en material orgánico a ambos lados del corredor. Este suelo posteriormente fue cortado por corrientes derivadas del deshielo para formar los grupos de terrazas que se observan en el área de Tixán. El proceso fue más intenso hacia la zona de Salinas, donde las corrientes de agua profundizaron hasta los depósitos de cangahua, lo que dió lugar a la formación de cuevas, abrigos y pequeños valles con suficientes accesos recursos de vegetación nativa.

Este corredor contiene todas las características geográficas propicias para ocupaciones tempranas, puesto que al margen de abrigos rocosos tienen la directa intercomunicación con zonas bajas provistas de una vegetación típica de valles, en los cuales la fauna pudo haber sido abundante. Sin embargo no hay que pensar en ocupaciones más allá de los 10000 AP.

REFERENCIAS

- Baldock, J. M.
1982 *Geología del Ecuador*. Boletín de Explicación del Mapa Geológico de la República del Ecuador. Dirección General de Minas, Quito.
- Clapperton, C. y R. Vera
1986 La secuencia glacial del Cuaternario en el Ecuador. Una interpretación al modelo de W Sauer. *Paisajes Geográficos*, 16: 3-20, Quito.
- Deler, J. P., N. Gomez y M. Portais
1983 *El manejo del espacio en el Ecuador*. Centro de Investigación Geográfica, Quito.
- Graff, K.
1981 Palynological investigations of two post glacial peat bogs near the boundary of Bolivia and Perú. *Journal of Biogeography*, 8: 353-368.
- Guevara, S. y S. Hastenrath
1977 La glaciación reciente en los nevados Chimborazo, Carihuairazu, Illinizas, Quilindaña, Sincholagua, Pichincha, Atacazo y Corazón de los Andes Ecuatorianos. *Revista de Geología y Minas*, 7: 19022, Quito.
- Hall, M. L.
1977 *El volcanismo en el Ecuador*. IPGH, Sección Nacional del Ecuador, Quito.
- Hastenrath, S.
1981 *The glaciation of the Ecuadorian Andes*. A. Balkema, Rotterdam.

Hoffstetter, R.

- 1952 Les mamíferes pleistocenes de la Republique du l'Equateur. *Memoires de la Societe Geologique du France*. 31: 1-391, (Memoire 66).

Laurent de Noni, G.

- 1977 Volcanismo Reciente en el Ecuador. *Revista Geográfica* 9: 135-145, Quito.

Lynch, T. F., y S. Pollock

- 1980 Chobshi Cave and its place in Andean and Ecuadorian Archaeology. *Anthropological Papers in Memory of E. H. Swanson Jr.* pp. 19-40, Idaho Museum of Natural History.

Mayer-Oakes, W. J.

- 1986 El Inga. A paleoindian site in the sierra of northern Ecuador. *Transactions of the American Philosphical Society*. 74, Part 4.

Ochsenius, C.

- 1987 Contribución a la paleoecología y paleoclimatología en los Andes del Ecuador durante el pleistoceno tardío, paróximo volcánico y crisis ecológica en la sierra. *Revista Geográfica* 28: 29-49, Quito.

Salazar, E.

- 1979 **El Hombre Temprano en la región de Ilalo, Sierra del Ecuador**. Departamento de Difusión Cultural, Universidad de Cuenca.

- 1980 **Talleres prehistóricos en los Altos Andes del Ecuador**. Imprenta Universidad de Cuenca.

- 1988 El Hombre temprano en el Ecuador. Ayala M. E., editor: **Nueva Historia del Ecuador**. 1: 73-123. Corporación Editora Nacional, Quito.

Sauer, W.

- 1965 **Geología del Ecuador**. Editorial Ministerio de Educación, Quito.

Servant, M. y J. C. Fontes

- 1984 The late quaternary low fluvial terraces in the Bolivian Andes. *Cahiers Serie Geologie* 14: 15-28, Paris.

Van der Hammen, T.

- 1979 Historia y tolerancia de sistemas parámetros. **El Medioambiente Páramo**. Edit. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.



Figura 1. Terrazas formadas luego del retroceso de los glaciares. Región de la Merced, Tixan. Sierra Central del Ecuador, Provincia Chimborazo.



Figura 2: Valle glacial de Atillo, con río anastomozado y lagos en rosario. Sierra Central del Ecuador, Provincia Chimborazo.

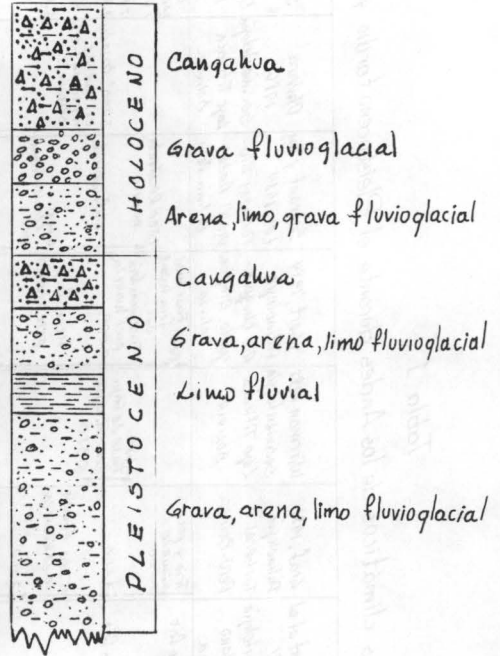


Figura 3: Perfil Estratigráfico de los procesos deposicionales de sedimentos en la cuenca del valle de Cebadas-Chambo. Periodo Pleistoceno tardío–Holoceno temprano, Quebrada de Sananchuan.

Tabla 1

Eventos climáticos de los Andes durante el Pleistoceno tardío y Holoceno

Periodo	Autor	Localidad	Descripción	Temperatura (°C)	Fecha
PLEISTOCENO TARDIO	Serant, 1971	Diatomeas Hicho Koto Altiplano Bolivia	Fase fría 2000 D.P.		
	Serant y Fogel, 1972	Sedimentología Lagos Altiplano Bolivia			
	Serant et al., 1981	Palaontología Torbernas Pico-Bolivia	Frio y poco húmedo 1.500		
	Serant et al., 1981	Sedimentología Altiplano Bolivia	Periódico frío		
	Wirthman, 1982	Sedimentología Lago Titicaca Bolivia	3.610 Fase de baja de la del agua 5.370		
	Ybert, 1984	Palaontología Rio Chingira - quillo, Altiplano Bolivia	Fase más fría húmeda de Fase más fría poco húmeda 2.000		
	Servant y Fogel, 1984	Terrazas Fluviales Andes Bolivia, Perú	1.500 Escalante húmedo		
	Wirthman, 1982	Sedimentología Lago Titicaca Bolivia	3.610 Fase de baja de la del agua 5.370		
	Serant et al., 1981	Palaontología Torbernas Pico-Bolivia	Frio y poco húmedo 1.500		
	Serant et al., 1981	Sedimentología Altiplano Bolivia	Periódico frío		
	Serant y Fogel, 1972	Sedimentología Lagos Altiplano Bolivia			
	HOLOCENO	Serant, 1971	Diatomeas Hicho Koto Altiplano Bolivia	Fase fría 2000 D.P.	
Serant y Fogel, 1972		Sedimentología Lagos Altiplano Bolivia			
Serant et al., 1981		Palaontología Torbernas Pico-Bolivia	Frio y poco húmedo 1.500		
Serant et al., 1981		Sedimentología Altiplano Bolivia	Periódico frío		
Wirthman, 1982		Sedimentología Lago Titicaca Bolivia	3.610 Fase de baja de la del agua 5.370		
Ybert, 1984		Palaontología Rio Chingira - quillo, Altiplano Bolivia	Fase más fría húmeda de Fase más fría poco húmeda 2.000		
Servant y Fogel, 1984		Terrazas Fluviales Andes Bolivia, Perú	1.500 Escalante húmedo		
Wirthman, 1982		Sedimentología Lago Titicaca Bolivia	3.610 Fase de baja de la del agua 5.370		
Serant et al., 1981		Palaontología Torbernas Pico-Bolivia	Frio y poco húmedo 1.500		
Serant et al., 1981		Sedimentología Altiplano Bolivia	Periódico frío		
Serant y Fogel, 1972		Sedimentología Lagos Altiplano Bolivia			
Serant, 1971		Diatomeas Hicho Koto Altiplano Bolivia	Fase fría 2000 D.P.		

*A. Jorge Arellano**

**LA CERAMICA
FORMATIVA DEL
SITIO EL TINGO
(BA-1)
Provincia Bolívar,
Ecuador**

* Carrera de Arqueología. Univ.
Mayor de San Andrés
La Paz, Bolivia

Introducción

Durante 1989 se desarrolló la primera fase del proyecto arqueológico Paleoindio-Formativo en la sierra central del Ecuador, la misma que consistía en la prospección de la provincia Bolívar en toda su extensión. Complementando los estudios que se venían realizando en la provincia Chimborazo. En esa oportunidad se obtuvieron los primeros indicios de cerámica formativa en el denominado sitio el Tingo (Arellano 1990).

Posteriormente en 1992, en ocasión de realizar las exca-

vaciones en el sitio de formativo de Loma Pucara en el valle de Cebadas, se tornó al Tingo para practicar el primer sondeo y obtener material cultural complementario, que serviría para definir el carácter formativo del sitio.

El sitio El Tingo (BA-1) se encuentra situado en la orilla occidental del valle del río Chimbo, sobre una colina que domina al mismo tiempo el amplio valle del río Chima en el trayecto denominado "Camino del Rey". Este camino antiguamente fue una senda de acémilas trajinada desde la Colonia para la comunicación entre la sierra y la costa cercana a Guayaquil.

La importancia de este asentamiento radica en su estratégica localización sobre los 3.000 metros de altura, desde la cual domina dos valles ecológicamente importantes para la provisión de productos naturales semitropicales y de altura de consumo diario, entre los cuales posiblemente se destacó el maíz, la papa y el ulluco.

Los diferentes pisos ecológicos y las características del entorno circundante al sitio, fueron analizados en una anterior oportunidad al tratar los asentamientos arqueológicos tardíos ubicados en el valle del Chimbo (Arellano 1992).

De manera, que el objetivo principal de la presente comunicación es presentar el análisis del material cerámico que define al Tingo como un sitio formativo y su correlación con los elementos culturales formativos conocidos para la sierra central y el Sur del Ecuador.

Descripción de la trinchera de sondeo

La trinchera de sondeo de 3 x 1 metros fue localizada en las proximidades de la edificación principal de los moradores del sitio, aprovechando un corte realizado para la nivelación del terreno con proyecciones a la construcción de un pequeño corral para animales. La trinchera con dirección Norte-Sur, fue excavada por niveles estratigráficos hasta una profundidad

media de 1.50 metros. (Figura 1).

El depósito de sedimentos está conformado por cuatro estratos I, II, III y IV, este último (IV) constituye la base de la deposición cultural y está compuesto por un limo arcilloso de color gris marrón de espesor indeterminado.

El estrato (I) relacionado de manera directa con el humus, tiene un espesor variable entre 15 y 20 centímetros de espesor, de acuerdo a la pendiente de la colina y presenta sedimentos de limos arenosos de color negro muy oscuro. Dentro de este estrato y cerca del contacto con el estrato (II) se presenta apreciable distribución de material cerámico fragmentado que corresponde a una ocupación del periodo de Integración.

Por debajo del humus se tiene una capa espesa y compacta de limos arenosos de color marrón grisáceo (II), estéril pero con eventuales fragmentos de cerámica distribuidos hacia la pared Norte de la trinchera,

producto de la remoción de material efectuado por los moradores. Este paquete de sedimentos y el estrato (IV) culturalmente estéril hasta la profundidad excavada, limitan al estrato cultural formativo (III) de 10 a 15 centímetros de espesor, compuesto por limos arenosos marrón negruzcos y con un amplio contenido de partículas de carbón vegetal entremezclados a fragmentos de cerámica.

Al margen de la cerámica fragmentada en los estratos mencionados, no se ha observado ningún rasgo particular que pueda sugerir la presencia de estructuras habitacionales. Pero debemos considerar que mediante un sondeo restringido no es posible tener una idea del área de dispersión cultural, por que a pesar de la amplitud de la trinchera el material cultural obtenido en el tercer estrato, representa un porcentaje mínimo en relación a la dispersión que presenta el material de cerámica fragmentada en superficie.

Por otra parte fue imposible obtener muestras de carbón

puro, ya que los mínimos restos estaban asociados a los sedimentos, aspecto que dificultó posteriormente la datación en laboratorio.

La cerámica

El análisis de la cerámica en esta oportunidad está enfocada sólo en el material obtenido en el estrato (III) de la trinchera de excavación, en el sentido de su representatividad para el sitio desde un punto vista de su asociación con el periodo Formativo. De esta manera, no se tomó en cuenta el material de superficie coleccionado en la primera fase del proyecto, como tampoco el material perteneciente del primer estrato y qué, como se mencionó previamente corresponde al periodo de Integración. Asimismo las sucesiones cronológicas inferidas a través de este análisis, deben verificarse en un futuro.

La siguiente tabla muestra la frecuencia de fragmentos obtenidos en los diversos estratos:

Tabla 1

Estrato N° de fragmentos	
(I)	107
(II)	58
(III)	104
Total	269

De los 104 fragmentos del estrato III, el 5.77% son decorados y el restante 94.23% no decorados. En primer término el tipo decorados puede ser individualizado en dos subtipos:

A) Incisos, sobre una superficie de pasta compacta pulida engobada de color marrón rojizo moderado (10R 4/6) a rojo moderado (5R 5/4) con antiplástico de arena fina. Se observa una cocción en una atmósfera oxidante de carácter parcial. Los fragmentos tienen una dureza de acuerdo a la escala de Mohs entre 2 y 3, y el espesor de las paredes varía de 4 a 8 milímetros. No se tienen bordes o fragmentos susceptibles de reconstrucción de formas, pero en los obtenidos la decoración incisa es geométrica y esta dispuesta en el cuerpo de las vasijas. (Figura 2).

B) Pintados, con dos variantes: Negro sobre una superficie engobada (leonada) marrón (5YR 4/4) Negro sobre engobe anaranjado grisáceo (10YR 7/4). La cocción fue parcialmente oxidante, dureza similar al anterior subtipo y el antiplástico de arena muy fina con un espesor de las paredes de 4 a 6 milímetros.

La decoración consiste en motivos geométricos o líneas horizontales en la parte superior del cuerpo. La decoración también puede presentarse en los pedestales de algunas formas. (Figura 2).

A partir de un limitado número de fragmentos de bordes se pudo determinar la forma de una pieza irrestricta simple, cilíndrica de base plana, bordes directos y con un espesor de paredes entre 4 a 5 mm. Otra forma que coexistiría con la mencionada, podría ser un cuenco con pedestal del cual sólo se tiene un fragmento de base anular con paredes inclinadas. (Figura 3).

Dentro de los fragmentos del tipo no decorados, se tienen los siguientes subtipos:

A) Engobado. Color marrón rojizo moderado (10R 4/6). Cocción oxidante, generalmente buena. Antiplástico de arena de textura mediana. Pasta compacta, dureza 3 y espesor de las paredes variable entre 3 a 4 mm. (Figuras 2 y 4).

B) Alisado liso. Color marrón negruzco (5YR 2/2). Pasta compacta, cocción mayormente oxidante, dureza 3. El antiplástico es una arena micácea fina y el espesor de las paredes de 4 a 6 mm.

El mayor porcentaje de fragmentos pertenece a cuerpos de vasijas. No obstante se pudo definir algunas formas al parecer comunes en el Formativo. Un cuenco a manera de tazón, pieza irrestricta simple, cilíndrica de bordes directos, paredes aproximadamente convergentes y de espesor constante de 3 mm. Probablemente la base haya sido ligeramente cóncava.

La siguiente forma es una vasija globular, independiente irrestricta compuesta, de bordes evertidos y directos con labios redondeados. Estas formas eventualmente pueden presentar bandas decorativas de color rojizo (5R 4/6) en la parte interna de sus bordes.

Discusión

El problema de la cronología para el tratamiento de la evolución ocupacional en el sitio del Tingo (BA-1) y su relación con los valles del Chimbo y la Chima, es inferida en forma preliminar sobre la base de sus inter-relaciones con los asentamientos formativos conocidos en el Sur de la sierra Ecuatoriana. También se debe tomar en cuenta que el Tingo por estar circunscrito a esta zona particular intermedia entre la costa y la sierra alta, ha debido presentar un constante trajín de diversos grupos culturales que paralelamente han producido distorsiones en la normal deposición estratigráfica de los sedimentos que contienen material arqueológico temprano.

Con esta perspectiva, no debemos olvidar que el patrón ocupacional de los grupos posteriores al Formativo, es decir en los periodos Regional y de Integración, a lo largo de las pendientes de los valles y con acceso a campos agrícolas limitados, fue fundamentalmente de viviendas semi-subterráneas dispersas unas de otras. Mientras que concentraciones aldeanas o de pueblos se encontraban prioritariamente dispuestas a las superficies planas de los valles bajos.

En este contexto al parecer estuvo incluido el Tingo en los periodos Regional y de Integración, de ahí la presencia superficial de material tardío entremezclado con algunos del formativo.

A través del estrato formativo podemos inferir que la más antigua tradición en el sitio corresponde a los tiestos decorados incisos sobre engobe marrón rojizo, prácticamente similares a los descritos para Cerro Narrío I y Chorrera. En esta primera tradición que ocupa el

área se incluye una variante correspondiente a la cerámica negra pulida con formas de vasijas globulares que se emparentan con el tipo Chorrera negro pulido.

Una segunda tradición está representada por los tuestos decorados en negro y rojo sobre leonado y el subtipo engobado en rojo bien pulido de pasta compacta, que directamente pueden ser considerados Cerro Narrío II.

El deterioro de la tecnología manufacturera se observa en la diferencia de la aplicación del engobe y la decoración post-cocción, como en la forma de tazón reconstruida. Igualmente el tipo alisado en una superficie marrón negruzco estaría asociada a esta tercera tradición de Cerro Narrío tardío tan común en el sitio tipo del formativo del Sur de la sierra Ecuatoriana.

Por consiguiente se establece una directa afinidad con la cerámica de Cerro Narrío descrita por Collier y Murra (1946) y al mismo tiempo con

Chorrera (Estrada 1958. 82). Esta relación también fue postulada para Pirincay a través de las investigaciones de Olsen Bruhns (1989), quien al mismo tiempo señala “que el formativo tardío solo cambia en formas pero continúa en su tecnología” (Bruhns 1989. 60). En el Tingo, de la misma forma puede darse este caso complementándose a la cerámica incisa diagnóstica indudable de su conexión a Cerro Narrío.

Al definir una área de interacción durante el Formativo entre la sierra central y la sierra Sur con derivaciones hacia la costa, debemos considerar una cronología para este movimiento expansivo con relación a la ocupación del Tingo. Para el efecto es necesario acudir a las dataciones proporcionadas para Pirincay, 1300 - 1400 antes de Cristo (Bruhns 1989: 61) y Alausí de 1420 a 800 antes de Cristo (Porras 1987: 157), como las fechas de una relación entre el Tingo y Cerro Narrío.

Luego de la tradición emparentada con Cerro Narrío,

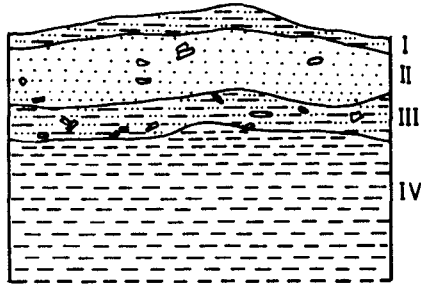
existe una discontinuidad en el sitio y solo más tarde aparece la tradición Tomavela dominante en el periodo de Integración en toda la cuenca del río Chimbo, conformando posiblemente un extenso señorío regional.

La cerámica Tomavela esta individualizada por sus formas globulares de gran tamaño, con bordes evertidos y labios rectos. Su decoración se encuentra limitada al cuello de las vasijas en forma de impresiones circulares de bambú andino (*Suro: Chusquea sp.*), siguiendo patrones geométricos y realizado en pasta fresca previo al cocimiento.

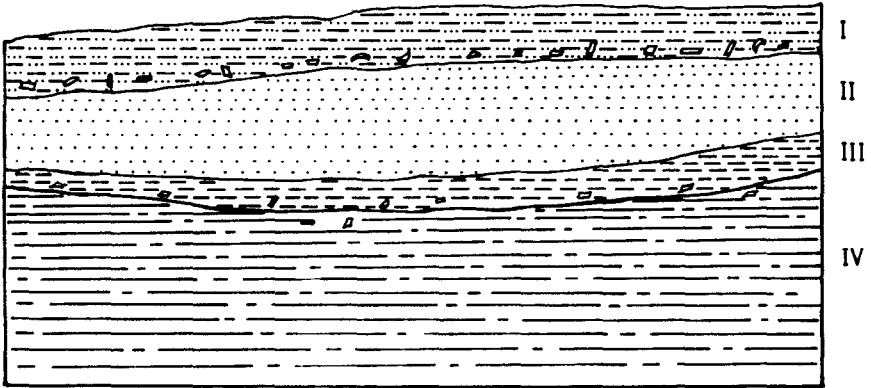
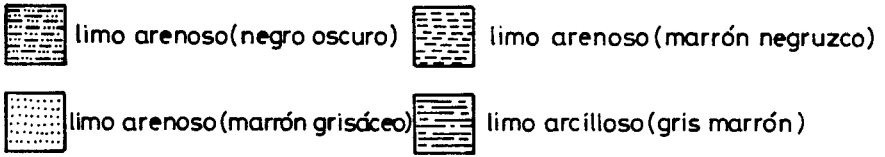
La presencia Incaica que pudo haber sido contemporánea con la tradición Tomavela, no pudo ser reconocida hasta el presente y no conocemos el impacto sobre las poblaciones establecidas hacia el occidente de la sierra central.

Referencias

- Arellano, A. J.
1990 Paleoindian and Formative Survey in the Ecuadorian Sierra. Final Report, Ms. National Geographic Society.
- 1992 Asentamientos arqueológicos tardíos del Periodo de Integración en la cuenca del río Chimbo, Ecuador. *SARANCE* 16: 173-204. Instituto Otavaleño de Antropología, Ecuador.
- Bruhns, K. O.
1989 Intercambio entre la costa y sierra en el Formativo Tardío. Nuevas evidencias del Azuay. *PROCEEDINGS*, Ed. J. F. Bouchard y M. Guinea, pp. 57-74, BAR International Series. Congreso Internacional de Americanistas.
- Collier, D. y J. Murra
1982 Reconocimiento y Excavaciones en el Sur Andino del Ecuador. Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca. PUCE, Cuenca.
- Estrada, E.
1958 *Las culturas Pre-clásicas, Formativas o Arcaicas del Ecuador*. Publicaciones del Museo Víctor E. Estrada: 5, Guayaquil.
- Porras, P. I.
1987 *Manual de Arqueología Ecuatoriana*. Artes Gráficas Señal, Quito. Ecuador.



A



B



Figura 1: Sitio el Tingo (BA), A: Perfil estratigráfico pared Norte de la trinchera de sondeo.

B: Perfil estratigráfico pared Oeste de la trinchera de sondeo.

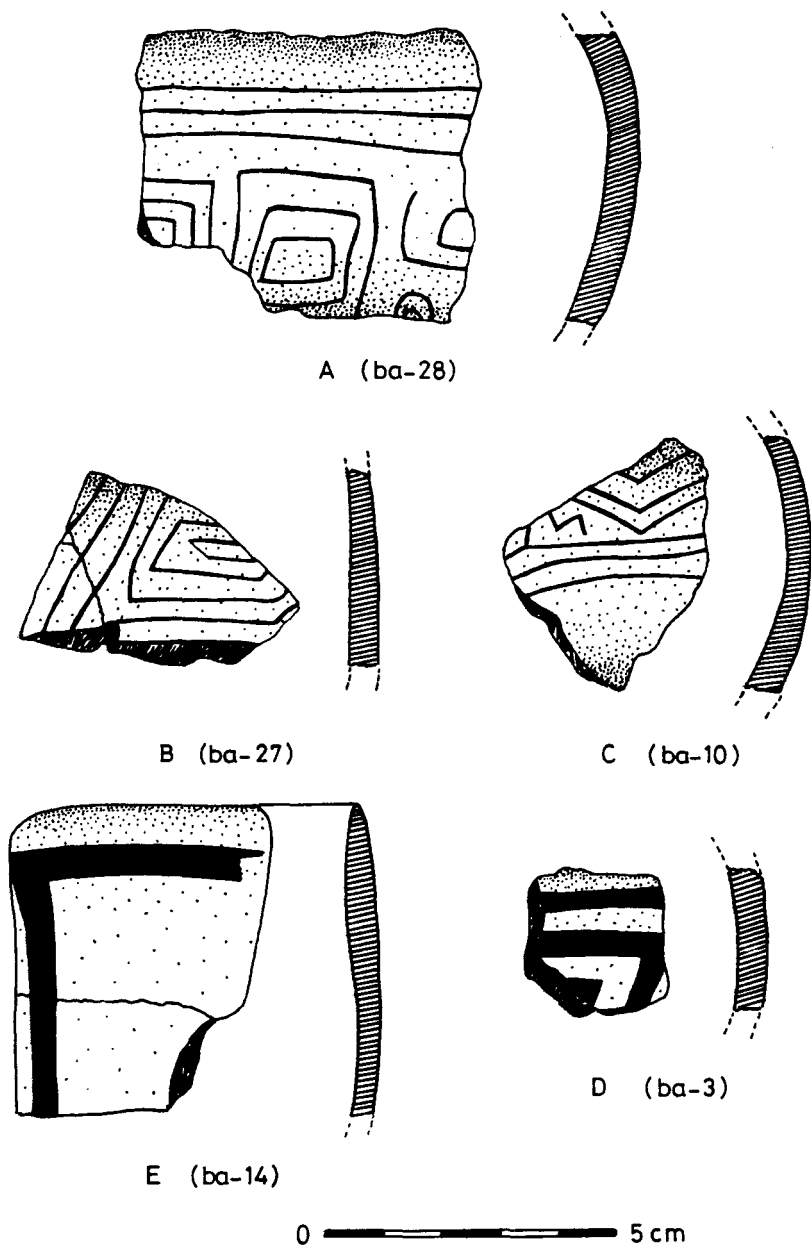
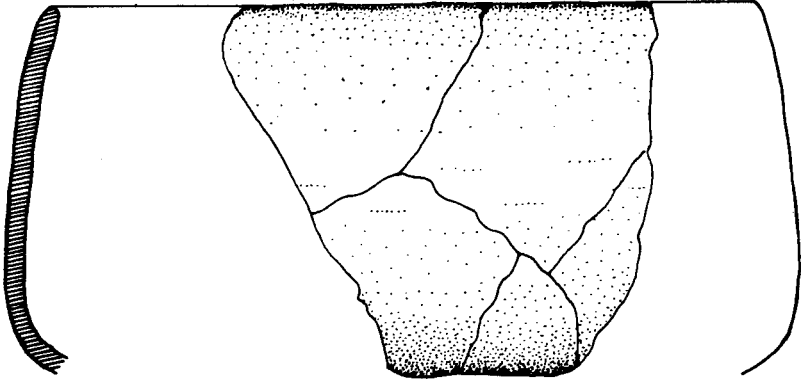
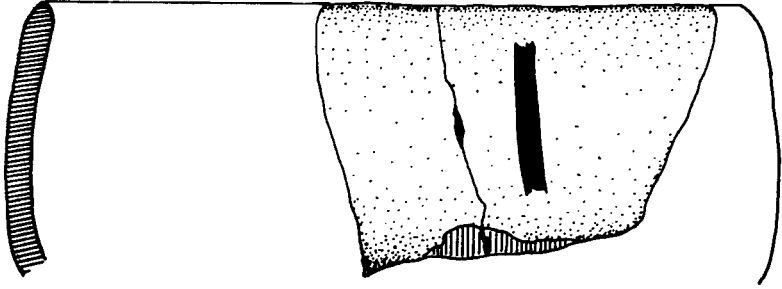


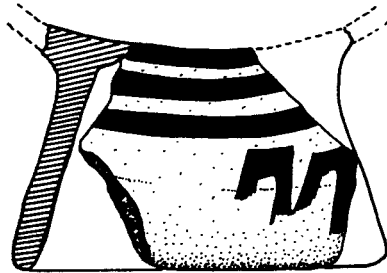
Figura 2: Sitio el Tingo (BA), A, B, C: Cerámica Formativa Tipo Inciso con diseños geométricos.
 D, E: Cerámica Formativa Tipo decorado, negro sobre leonado.



A (ba-37)



B (ba-14)



C (ba-16)

0 ————— 5cm

Figura 3: Sitio el tingo (BA), A: Cerámica Formativa Tipo engobado marrón rojizo.
B, C: Tipo decorado negro sobre leonado.

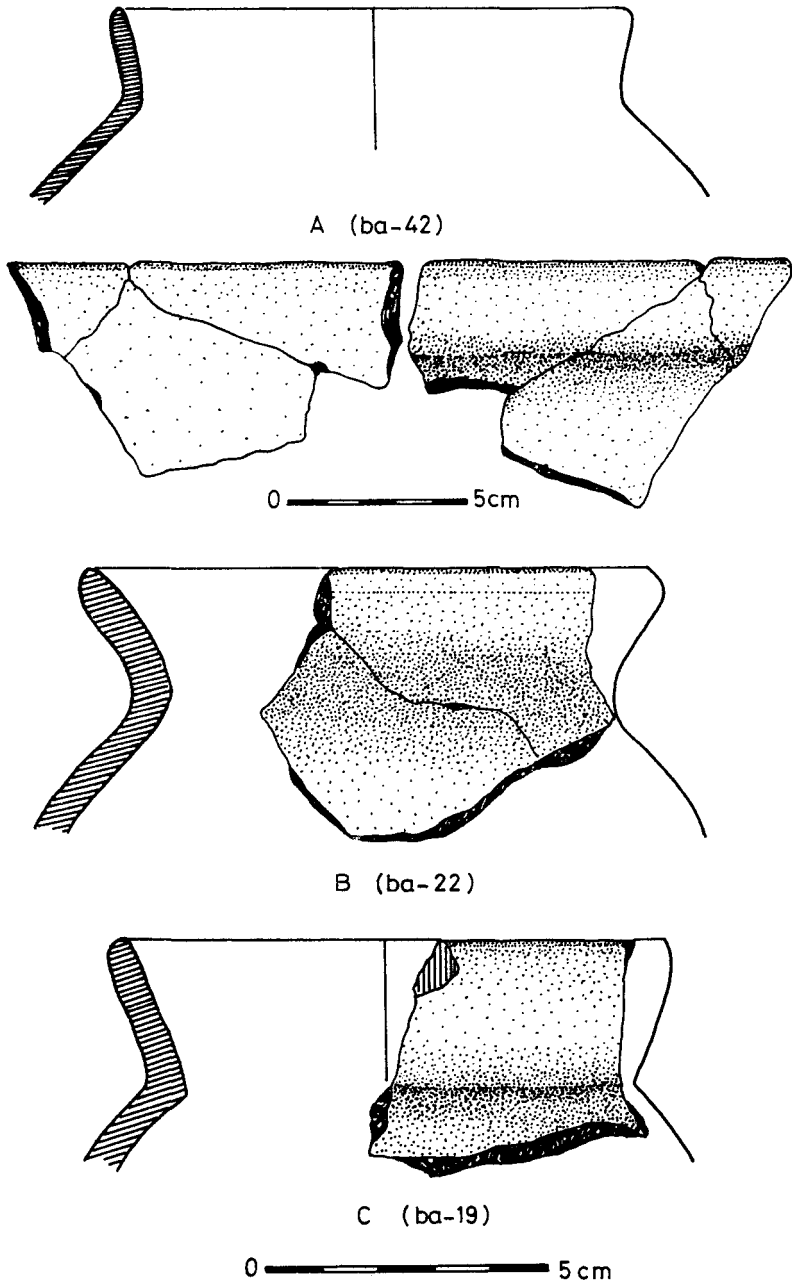


Figura 4: Sitio el Tingo (BA), A, B, C: Cerámica Formativa Tipo engobado en rojo oscuro.

Agradecimientos

En primer lugar a la National Geographic Society por otorgar el Grant 4147-89, para el desarrollo de la investigación en la Sierra Central del Ecuador.

De igual forma al Instituto Nacional de Patrimonio del Ecuador por el permiso concedido al proyecto.

En Quito agradezco a los distinguidos amigos que me colaboraron en todo momento brindándome al mismo tiempo su amistad: José Echeverría A., Ernesto Salazar, Patricio Moncayo E., Mónica Bolaños, Lupe Cruz, Susana Mogollón, Domingo Lopez. A los estudiantes Marcelo Quishpe y Dolores Galindo.

En la provincia Chimbo-razo al Padre Miguel Alexandre, Manuel Ortiz y familia y al Centro campesino de Cebadas.

A María Fernanda Vallejo que participó en esta fase del trabajo de campo y análisis de laboratorio.

Un homenaje especial de agradecimiento al Padre I. Porrás (+) por permitirme participar del Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Pontificia Universidad Católica de Quito, y decidido apoyo.

Finalmente a la Dra. Betty J. Meggers por su valiosa cooperación y asesoramiento durante el transcurso de las investigaciones realizadas a través del proyecto.

*Cristina Muñoz**

**LAS INVESTIGACIONES
ARQUEOLOGICAS EN EL
AREA SEPTENTRIONAL
ANDINA NORTE:
ANTECEDENTES Y
PROPUESTAS**

* Investigadora Asociada del IOA.

En la historia de la arqueología ecuatoriana se observa un cambio lento pero muy significativo. De una investigación individual, especulativa, aislacionista, se ha pasado a una investigación en equipo, inter y multidisciplinaria, histórica-anropológica (Cfr. Idrovo 1990).

Particularmente, en los Andes Septentrionales del Ecuador¹, los trabajos de Paul Rivet y R. Verneau (1912), Federico González Suárez (1890; 1908; 1931), Jacinto Jijón y Caamaño (1914; 1920), establecen el punto de partida de las investigaciones arqueológicas

regionales y sus publicaciones despiertan el interés de aficionados y científicos nacionales y extranjeros.

Por ejemplo, Jijón y Caamaño es uno de los primeros en llamar la atención sobre la necesidad de organizar un indicador cronológico a través del establecimiento del corpus cerámico de las diferentes unidades culturales. Hasta el momento, los datos de Jijón y Caamaño son todavía útiles, como elementos referenciales para estudios tipológicos y para proceder a la verificación de secuencias regionales, por lo menos, para ciertos períodos.

Max Uhle publica sus estudios sobre esta zona (1928; 1933), a partir de una polémica con Carlos Emilio Grijalva (1919; 1937; 1942). Manuel J. Bastidas escribe algunas observaciones en sus diarios de campo² Todos estos estudios, suscitan discusiones científicas importantes sobre la historia antigua de la Sierra Norte del Ecuador y Sur de Colombia.

Aproximadamente veinte años después, se publica la síntesis de Collier (1946), sigue el trabajo de Cruxent (1956) y algunas reformulaciones de Jijón y Caamaño (1952). María Angélica Carlucci de Santiana escribe toda la época preagroalfarera, en base a los hallazgos de artefactos líticos realizados en Chiltazón (Carchi), Otavalo (Imbabura) y Tabacundo (Pichincha).

En la década de los 60, los trabajos de la Universidad de Bonn en el Complejo de Cochashquí, marca un hito en los estudios arqueológicos regionales, al aplicarse métodos más rigurosos en la obtención del dato arqueológico, en las inferencias y los fechados radiocarbónicos que permitieron establecer más claramente algunos aspectos parciales de la secuencia del desarrollo local.

Alicia de Francisco (1969) crea expectativa al plantear una secuencia cronológica para esta área, en base a Estilos Cerámicos. Considera, aunque sin mucho énfasis, las variedades cerá-

micas sin ornamentación que acompañan a los Estilos denominados Capulí, Piartal y Tuza. En su tesis doctoral, esta investigadora, luego de presentar un breve análisis de las características físicas de la cerámica, señala la respectiva asociación, y describe las formas y decoración de los objetos predominantes en cada Fase. El eje de su cronología constituye la evolución estilística de las formas cerámicas y de los motivos decorativos. Desafortunadamente, hasta el momento, no sabemos si consiguió datar y analizar las muestras obtenidas en su trabajo de campo.

La publicación de las investigaciones realizadas en el Departamento de Nariño (1977-78), amplían la información y ofrecen más claridad en cuanto a la complejidad cultural de cada grupo humano y su sucesión en el tiempo. Las tesis de Uribe se aceptaron sin mucho reparo; sólo en los últimos años se han propuesto nuevas reflexiones sobre la historia antigua de esta área geocultural.

Uribe (1977-78) sostiene que los tres grandes complejos cerámicos: Capulí, Piartal y Tuza no son tres sociedades que se suceden una después de la otra sino que hay dos etnias en un mismo territorio. Tuza sucede a Piartal, y Capulí coexiste con ellos.

Uribe asocia en términos etnohistóricos el conjunto Piartal-Tuza con los “Proto-Pastos” y “Pastos”, respectivamente, pero no hay un tratamiento parecido con el complejo Capulí. Por otra parte, esta autora sostiene que hubo un tránsito de una sociedad jerarquizada (Piartal) a una igualitaria (Tuza), asunto que no está arqueológicamente muy claro y que la información etnohistórica más bien dice lo contrario (Cfr. Adoum y Echeverría 1992).

En los años 70, investigadores extranjeros, en colaboración con el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA), desarrollan proyectos con una planificación orgánica de la investigación arqueológica regional, capaz de orientar una continui-

dad en los problemas científicos y evaluar perspectivas a corto, mediano y largo plazo.

Particularmente importantes son los trabajos de John Stephen Athens (norteamericano) y de Fernando Plaza (chileno). Los trabajos pioneros en aereofotointerpretación y en la utilización explícita de marcos teóricos que –estructurados coherentemente con las evidencias– comienzan a formular pautas inferidas de contrastación en el nivel interpretativo, a modo de hipótesis de trabajo tentativas (Plaza 1978).

En 1981-2, el IOA, a través de un proyecto financiado por la OEA, realiza un primer intento de superar las fronteras políticas colombo-ecuatorianas, para un estudio integrado de la arqueología de los dos países. Se invita a la arqueóloga colombiana María Victoria Uribe especialista en la historia antigua del Departamento de Nariño.

La determinación de sub-áreas geográficas específicas de investigación y especialmente la

integración de la data arqueológica con la información etnohistórica ofreció una reconstrucción cultural más cercana a la realidad³.

Por otra parte, cabe resaltar los trabajos científicos de personas que, sin ser arqueólogos, han ofrecido metodologías y material de estudio de gran importancia para la investigación arqueológica de la región. Chantal Caillavet y Galo Ramón, con varios aportes orientados a crear una mayor integración de la arqueología con la etnohistoria. Pierre Gondard y Freddy López (1983) con estudios de aereofotointerpretación y Gregory Knapp sobre ecología cultural prehispánica (1988).

A pesar de los esfuerzos, a veces titánicos, realizados por los arqueólogos, los trabajos científicos en esta área cultural son todavía mínimos. Por ejemplo, al menos, para la parte ecuatoriana, no hay siquiera una secuencia estratigráfica de depósitos culturales capaz de ofrecer una cronología absoluta operativa, con indicadores cul-

turales instrumentales. Quizá para el Período Tardío se ha logrado un avance, gracias a los trabajos de la Universidad de Bonn y a los de John Stephen Athens y últimamente a los aportes de Tamara Bray.

Echeverría, en su trabajo “la cerámica como indicador cronológico” (1995), ha hecho un primer intento de ordenar el corpus cerámico de Capulí, Piartal, Tuza, “Carangues y Cayambes” (Constructores de montículos), como un medio para definir las “Culturas” o los Complejos cerámico de esta área geográfica.

Los resultados obtenidos hasta el presente, señalan la necesidad de superar el provincialismo en el estudio histórico-arqueológico de esta región y tener en cuenta el área cultural total para no minimizar la dinámica cultural de los pueblos que habitaron la sierra norte del Ecuador y el extremo sur interandino colombiano; incluso los límites este y oeste en las correspondientes cejas de montaña deben ser tomadas con cierta

elasticidad, dada la fuerte relación que existió entre la gente del altiplano con los de las tierras bajas y viceversa.

“Respetando el interés particular de los investigadores en diversas temáticas y áreas, es necesario adecuar sus esfuerzos hacia aquellas variables que contribuyan al fortalecimiento de los fundamentos científicos de un tratamiento regional (binacional), como expectativa única para conducir el proceso de investigación hacia rumbos cada día más positivos” (Plaza, 1978: 17).

Es urgente completar los estudios de aereofotointerpretación iniciados para el área ecuatoriana por Plaza (1977; 1981; 1983), Gondard y López (1983). Este tipo de estudios permiten una visión global de muchas evidencias, especialmente arquitectónicas o monumentales, en toda el área cultural, ofreciendo elementos originales para prospecciones y reconocimientos sistemáticos de campo, selección adecuada de los yacimientos, formulación de hipó-

tesis y las estrategias de investigación de campo (Plaza 1978).

Este método permite superar las fronteras políticas y el multiplicar fases, por ver solamente partes en vez del todo, o la parte independiente del todo. Así como ningún informante posee un conocimiento total de su cultura, tampoco la excavación de un solo sitio arqueológico puede dar evidencias para reconstruir la cultura del pueblo que estudiamos.

La arqueología debe ser eminentemente interdisciplinaria, por ejemplo, la variable ecológica debe estar presente en todo proyecto de investigación arqueológica, dada la diversidad de pisos ecológicos que caracterizan a esta región.

Además, por la información proporcionada por la geomorfología, la historia, la etnohistoria, y la propia arqueología, se hace necesario establecer áreas y subáreas específicas para el rescate prioritario y sistemático de evidencias; por ejemplo, las características ecológicas y

paleoecológicas de los Andes Septentrionales señalan a los valles cálidos del callejón interandino como subáreas de asentamiento o acceso a recursos importantes para las sociedades aborígenes, desde épocas muy tempranas.

La presencia de “bocas de montaña”, abras, o pasos naturales en las dos cordilleras permitieron la comunicación con regiones extrandinias hacia el occidente y hacia el oriente. Estas subáreas jugaron un papel decisivo en la estructura económica y socio-política de los Andes Septentrionales. El estudio de las subáreas de ceja de montaña puede brindar importantísima información sobre las relaciones entre los grupos andinos y los de las tierras bajas.

Aunque el aspecto cronológico no es el único fin de la investigación, en el caso de nuestra región de estudio, la carencia de secuencias cronológicas confiables, es un grave problema en la investigación de la dinámica de los procesos evolutivos.

Como es de conocimiento general, el objeto de estudio de la arqueología es la comprensión de las sociedades (pretéritas) en todas las formas y aspectos de su organización y desarrollo. Con este propósito, deben tenerse en cuenta, no sólo las actividades que el ser humano realizó y sus productos resultantes (tangibles e intangibles), sino también su propia historia.

Particularmente, en cuanto a Capulí, Piartal y Tuza, basarnos únicamente en el material cerámico (formas y técnicas de decoración) con y sin contexto, es poco para definir culturas o etnias⁴. Es muy posible que estemos tratando con sociedades muy complejas y lo que arqueológicamente hemos clasificado como tradiciones culturales distintas, aunque contemporáneas, no sean más que grupos diferentes, jerárquicamente.

Es un hecho constatado por la información arqueológica y por la documentación temprana que, en el Período Tardío,

la organización de los cacicazgos adquiere un desarrollo importante.

En esta época, es posible que lo político y lo geográfico exigieron la consolidación de tres fenómenos económico-culturales que aún persisten en algunas comunidades andinas: la reciprocidad, la redistribución y el intercambio. A estas estrategias hay que añadir para nuestra área geocultural: el control vertical y el control horizontal de los pisos ecológicos y la influencia de los aspectos religiosos y la intimidación directa o indirecta a través de hechizos y embrujamiento.

Es muy posible que Capulí, Piartal y Tuza, más que étnias diferentes no sean más que grupos especializados en determinadas actividades económico-rituales.

Si estudiamos más a fondo estos aspectos económicos y religiosos, es posible que podamos entender la intrincada complejidad de estas sociedades.

A nivel particular, se han definido ya algunos elementos, por ejemplo: el material Capulí, especialmente las vasijas decoradas en base a la técnica de pintura negativa no tiene un uso restringido en el espacio y no abunda en sitios habitacionales y en basureros. Se halla principalmente en contexto de tumba y objetos pequeños y estéticamente llamativos tienen una amplia distribución geográfica, podemos pensar en una especialización con fines determinados que bien pudo ser de carácter simbólico shamanístico.

Es sugestivo el hecho de que la técnica de pintura negativa aplicada a tejidos (técnica *ikat*) dio a estas prendas un carácter especial. Hasta hace pocos años, se les utilizaba en ocasiones solemnes, por ejemplo: “el poncho de llamas en la fiesta de Corpus Christi en Natabue-la; los ponchos de novios y padrinos, para el matrimonio católico, en ciertas comunidades de Otavalo” (Jaramillo 1991: 25).

Esta técnica se aplicó también en metalurgia para trabajar discos de cobre que presentaban superficies de distinta tonalidad (Plazas 1977-78).

Con la cerámica, parece que también tiene un significado especial enterrarse en tumbas de pozo de considerable profundidad (40m), con cámara lateral o con pozo central y ofrenda de productos exóticos.

La investigación arqueológica debe ser entendida como una integración inter y multidisciplinaria y a la vez una integración geográfica. Si bien, el arqueólogo trabaja con comunidades muertas, la cultura no debe ser entendida simplemente como “un resultado” o reducida sólo a material, a los objetos recuperados, ignorando a sus autores.

La cultura explica un proceso; como categoría no puede utilizarse simplemente para ordenar y describir. La arqueología estudia un proceso y no un evento aislado. El cambio no puede ser visto como cosa re-

entina, sino dentro del proceso, con noción de continuidad y desarmonía para poder verlo dinámicamente (Echeverría 1996).

No está por demás insistir que la depredación del patrimonio arqueológico a la que se le ha sometido a esta área cultural, exige una intervención inmediata de las instituciones pertinentes, orientada al estudio, resguardo, protección, mantención, restauración, consolidación y dinamización del patrimonio.

Sugerimos que todo proyecto de investigación arqueológica en esta región, debe estar orientado a:

- sistematizar los estudios arqueológicos regionales que supere la actual fragmentación y segmentación de la información e investigación.
- definir prioridades para una política de conservación, y proyección socio-turística del patrimonio arqueológico.
- reconstruir la dinámica cultural regional, distinguiendo, especialmente para la parte ecuatoriana, los elementos fundamentales de la estructura aborígen de aquellos productos de la doble superposición inca/hispana.
- definir sitios arqueológicos regionales que permitan obtener información sobre temas específicos de la historia antigua regional y
- poner en práctica nuevas metodologías y estrategias de investigación (Cfr. Plaza 1978).

NOTAS

- 1 Entendemos por Andes Septentrionales del Ecuador el espacio interandino comprendido entre la ciudad de Quito, al sur, y los límites fronterizos colombo-ecuatorianos, por el norte, y la ceja de selva inmediata oriental y occidental de esta sección del callejón interandino.
- 2 Notas en poder de su hijo Don Germán Bastidas Vaca.

3 Los resultados de estas investigaciones conforman el volumen N° 8 de la Colección Pendoneros, con el título "Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria", el mismo que, pese haber sido entregado al IOA en 1983 y luego al Banco Central del Ecuador en 1987, fue publicado en 1995.

4 Confiarse en el material cultural sin contexto, es muy aventurado. Germán Bastidas Vaca, observando el cuadro publicado por Uribe (1977-78), comenta que en Capulí no hay las ollas tripodes y las zapafiformes. En Piartal tampoco hay la olla tripode.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Adoum, Rosángela y José Echeverría
1992 *La Sierra Norte y Centro* (Documento entregado a la Fundación Paul Rivet, Cuenca).

Athens, John S.
1980 *El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del Período Tardío-Cara en los Andes Septentrionales del Ecuador*, Colección Pendoneros N° 2, Otavalo.

Caillavet, Chantal
1981 "Etnohistoria ecuatoriana: nuevos datos sobre el Otavalo prehispánico", en *Cultura* 11, Revista del Banco Central del Ecuador, pp. 109-127, Quito.

1983 "Toponimia histórica, arqueológica y formas prehispánicas de agricultura en la región de Otavalo-

Ecuador", en *Bull. Inst. Fr. Et. Amd.* XII, N° 3-4: 1-21.

Collier, Donald
1946 "The archaeology of Ecuador", in *Handbook of southamerican indians* vol. II, pp. 767-784, Bureau of American Ethnology, Washington.

Echeverría, José y M. V. Uribe
1995 *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*, Colección Pendoneros N° 8, IOA & Banco Central del Ecuador y Abaya-Yala, Quito.

Francisco, Alice Enderton
1969 *An Archaeological sequence from Carchi, Ecuador*. Published on demand by University Microfilms International Ann Arbor, Michigan, USA, London, England.

Gondard, Pierre y Freddy López
1983 *Inventario arqueológico preliminar de los Andes Septentrionales del Ecuador*, MAG, Proyecto Nacional de Regionalización Agraria y ORSTOM, Banco Central, Quito.

González Suárez, Federico
1908 *Los aborígenes de Imbabura y del Carchi*. Tipografía Salesiana, Quito.

1931 *Atlas arqueológico*, 2a. edición, Daniel Cadena, Quito.

Grijalva, Carlos Emilio
1937 *La expedición de Max Uhle a Cuasmal o sea la protohistoria de Imbabura y Carchi*, Editorial Chimborazo, Quito.

- Idrovo, Jaime
1990 **Panorama Histórico de la Arqueología Ecuatoriana**, Cuenca.
- Jaramillo Cisneros, Hernán
1991 **Artesanía Textil de la Sierra Norte del Ecuador**. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Jijón y Caamaño, Jacinto
1914 **Contribución al estudio de los aborígenes de la provincia de Imbabura**, Madrid.
1920 **Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura de la República del Ecuador**, Tipografía y Encuadernación Salesiana, Quito.
1952 **Antropología prehispanica del Ecuador**, La Prensa Católica, Quito.
- Knapp, Gregory
1984 **Soil, slope and water in the Equatorial Andes: A study on prehistoric agricultural adaptation**. Ph. D. dissertation, Dept. of Geography, University of Wisconsin, Madison, University Microfilms, Ann Arbor, Michigan.
- Oberem, Udo y W. Wurster (Ed.)
1989 **Excavaciones en Cochasquí, Ecuador 1964-1965**. Verlag Philipp von Zabern. Mainz am Rhein.
- Plaza, Fernando
1977 **Cotribución al estudio de los montículos artificiales prehistóricos en los Andes Septentrionales del Ecuador** (Manuscrito), IOA, Otavalo.
- 1978 **Primer borrador para la definición de unproyecto de investigaciones arqueológicas en los Andes Septentrionales del Ecuador**. Mimeo (Inédito), IOA, Otavalo.
- 1981 Informe de la Misión de Asistencia Técnica proporcionada al IOA para el estudio, prospecciones y relevamiento de un mapa de distribución, localización de evidencias arqueológicas de bohíos en la Sierra Norte del Ecuador. Contribución al estudio, preservación y valorización del Patrimonio Cultural. Manuscrito, Centro de Documentación del IOA, Otavalo.
- Plazas, Clemencia
1977-78 "Orfebrería prehistórica del Altiplano Nariñense, Colombia", en **Revista Colombiana de Antropología**, Vol. XXI, Bogotá.
- Ramon, Galo
1987 **La Resistencia Andina, Cayambe 1500-1800**, Cuadernos de discusión popular N° 14, Ediciones CAAP, Quito.
- Uhle, Max
1933 **Estudio sobre las civilizaciones del Carchi e Imbabura**, Talleres Nacionales, Quito.
- Uribe, María Victoria
1977-78 "Asentamientos prehispanicos en el Altiplano de Ipiales, Colombia", en **Revista Colombiana de Antropología**, Vol. XXI, Bogotá: 57-196.

*J. Stephen Athens**

**ETNICIDAD Y
ADAPTACION**
**El periodo Tardío de la
ocupación Cara en la
Sierra Norte
del Ecuador****

* International Archaeological Research Institute, Inc., 949 McCully Street, Suite 5, Honolulu, Hawaii 96826

** Estudio publicado originalmente en *Resources, Power, and Interregional Interaction*, edited by Edward M. Schortman and Patricia A. Urban. Plenum Press, New York, 1992. (Traducido al español por Sonia Salazar de Andrade y revisado por el autor).

Introducción

El primer objetivo de este estudio será sugerir la importancia de la etnicidad como una estrategia de adaptación para el Período Tardío de la cultura Cara en la sierra septentrional del Ecuador. Esta cultura prehistórica representa el periodo inmediatamente anterior a las conquistas inca y española. Parece que hubo poco en lo concerniente a difusión cultural o préstamo de las culturas vecinas o más distantes, contemporáneos o anteriores, que puedan tomarse en cuenta para situar el origen de un conjunto de ele-

mentos culturales que definen esta sociedad. Más aún, los límites de esta cultura son generalmente muy abruptos y parece no “mezclarse” en las áreas culturales vecinas. Esto es todavía más sorprendente porque la cultura Cara del Período Tardío parece ser el caso de un desarrollo autónomo en el cual puede asumirse que habría habido el tiempo suficiente para la mezcla de elementos culturales con las sociedades vecinas o grupos étnicos, especialmente a lo largo de las zonas periféricas de ocupación.

En lugar de asumir simplemente que la distinción de la cultura Cara del Período Tardío es el resultado de la invención humana cuando se la deja en aislamiento, este trabajo tratará de demostrar que existe una razón racional tras de ella. Lo que aquí se llama *distinción* es, de hecho la manifestación de la *etnicidad*. Parece justificado que el Período Tardío de la cultura Cara sea considerado como un grupo étnico a la luz de los cuatro criterios que Barth cita (1969: 10-11) como las gene-

ralmente considerados como características de los grupos étnicos:

- (1) [el grupo étnico] en gran medida se autopropaga biológicamente por largo tiempo, (2) comparte valores culturales fundamentales, realizados en unidades manifiestas de formas culturales, (3) integra un campo de comunicación e interacción, [y] (4) cuenta con unos miembros que se identifican así mismos y son identificados por otros, y que constituyen una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden.

Pese a que Barth (1969: 10) es crítico de tal caracterización por una variedad de razones analíticas (p. ej., asume que los límites de mantenimiento es “sin problemas y proviene del aislamiento” (Barth 1969: 11), sirve como un primer paso en destacar lo que significa etnicidad en este estudio y, como se aclarará en la siguiente exposi-

ción, en justificar la atribución del término a la cultura Cara del período tardío.

La interacción interregional, el enfoque de este volumen, se percibe generalmente como un proceso que *ata* grupos sociales diferentes, y esto se hace más comunmente a través de tales mecanismos como el comercio y el intercambio. Otro tipo de interacción interregional—quizá hasta más importante y extendida como un proceso social—conciene a la *separación* de grupos sociales cerrados yuxtapuestos cercanos. ¿No es esta la razón por la cual observamos una y otra vez en la literatura etnográfica y arqueológica, grupos sociales diferentes que viven uno al lado del otro y en obvio contacto, pero que no se mezclan, amalgaman, o son absorbidos por uno de ellos, a través del tiempo? Desde luego que existen procesos interactivos muy fuertes en funcionamiento para mantener la separación. Como Barth (1969) buscó demostrar, la etnicidad es un ingrediente poderoso en la

separación de los grupos sociales.

Desde luego, la etnicidad es una propiedad que caracteriza en cierto grado a la mayoría de las sociedades agrícolas sedentarias en todo el mundo. En Ecuador, la etnicidad prehistórica parece ser particularmente una característica notable del pasado prehistórico debido al pequeño tamaño del país y al hecho de que cada región geográfica tiene su propia secuencia arqueológica distintiva (cf. Meggers, 1966; Porras 1987; Porras y Piana 1975). En la sierra ecuatoriana, en efecto, la diversidad étnica prehistórica es aún más dramática que en las regiones costeras geográficamente más extensas. Aquí varias culturas prehistóricas coexistieron, sus diferencias amplificadas por el estrecho corredor entre montañas que los constriñe, haciendo más explícitas las fronteras culturales. Por lo tanto, al mismo tiempo que este estudio está dedicado únicamente a la ocupación Cara del Período Tardío, los argumentos concernientes a la etnicidad debería ser aplica-

bles a una gran variedad de casos en la región así como a otras áreas tropicales.

Las investigaciones de Hodder (1979) son especialmente relevantes para este estudio. Como él anota “etnicidad... es... el *mecanismo* por el cual los grupos interesados usan la cultura para simbolizar su organización interna del grupo en oposición a y en competencia con otros grupos de interés” (Hodder 1979: 452). Por tanto, “diferencias culturales materiales entre las tribus pueden únicamente ser entendidas si la cultura material es vista como un lenguaje, que expresa cohesión interna del grupo en competencia por los recursos escasos” (Hodder 1979: 447). El trabajo etnográfico de Hodder demuestra que mientras la presión crece debido a la competencia por los recursos escasos, es mucho más ventajoso para las sociedades definir las fronteras culturales y establecer mecanismos de exclusión. Cuando existe presión que resulta en una mayor interacción, los grupos culturales vecinos no “com-

parten” sus culturas como un modelo de difusión y regulación que el desarrollo cultural implica. Más bien, los grupos en competencia usan cosas materiales para comunicar claramente la identidad dentro del grupo, lo cual marca las fronteras sociales con agudeza.

Tomando las ideas de Hodder como un punto de partida, se arguiría que la etnicidad es una estrategia de adaptación. Es un medio energéticamente eficiente para alcanzar seguridad territorial dentro de un ambiente social regional intensamente competitivo. Tal perspectiva teórica no solamente explica el origen y función de la etnicidad, sino también algunos aspectos del desarrollo cultural prehistórico en la sierra norte del Ecuador.

La organización de este estudio será primeramente revisar brevemente el ambiente físico del área de estudio. Sigue con datos históricos relacionados con la naturaleza de la sociedad Cara. A esto seguirá por la discusión de datos y eviden-

cias arqueológicas para el comercio e intercambio interregional. Finalmente, se presentarán argumentos relacionados con el significado de adaptabilidad de la etnicidad y la aplicación del modelo de la ocupación Cara del período tardío. La presentación detallada de datos que sigue trata de dar suficiente información para sustentar el caso y dar una base para discusiones e investigaciones futuras. Aunque en ningún sentido los datos son los ideales o definitivos, ellos nos dan un punto de partida más amplio para la exposición.

MEDIO AMBIENTE

El presente estudio se centra en las cuencas de altura y las tierras bajas vecinas comprendidas por la parte norte de la Provincia de Pichincha y la provincia de Imbabura, entre los ríos Guayllabamba y Mira-Chota (Cuadro 1 y 2). La distancia sur-norte de esta región es aproximadamente 75 km y de este-oeste de 65 km (aproximadamente 5.000 km²). Las fuentes sobre geografía y ambiente

incluyen Acosta Solís (1968), Basile (1974), Ferdon (1950), Sampedro (1975-1976), Terán (1972), Troll (1968) y Wernstedt (1961). Un estudio reciente de PRONAREG-ORSTROM (1978, 1979a, 1979b) también nos da muy rica información.

La región es quizá mejor descrita como un mosaico de microambientes estrechamente yuxtapuestos (Figura 1). Este mosaico ambiental es principalmente el resultado de los efectos de la variable altitud y lluvia en la región. Las fronteras geográficas norte y sur están definidas por una elevación relativamente baja (1.800 a 2.000 m), valles fluviales calientes y secos —el Chota en el norte y el Guayllabamba en el Sur. Ambos sistemas de valle intersectan la cordillera occidental. Las cuencas fértiles y generalmente bien irrigadas de intermontaña se definen por direccionar de norte a sur las cadenas montañosas de oriente y occidente. Grandes haciendas controlan mucho de los valles intermontaños, mientras los agricultores indios ocupan densamente las faldas del

valle hasta cerca de 3.300 m. Los picos de montaña alrededor alcanzan más de 4.000 m. Se encuentran pastizales fríos y húmedos de *páramo*, en áreas de más de 3.400 m. Esta zona está separada de los campos agrícolas más altos por un estrecho cinturón de residuos de bosques andinos en muchas áreas. En sus flancos externos al este y oeste, las cadenas montañosas descienden a la *montaña* tropical húmeda y zonas de bosques tropicales.

El pueblo de Otavalo, situado en el centro de la cuenca intermontaña de la Provincia de Imbabura, justo a 25 km al norte de la línea ecuatorial, tiene una temperatura promedio anual de 13.9° C. y recibe un promedio de 950 mm de lluvia anualmente. Los meses de verano (junio, julio, agosto y septiembre) tienden a ser secos, aunque no carecen completamente de lluvias.

DOCUMENTACION HISTORICA

Existe relativamente poca información histórica sobre la

sociedad aborígen del norte del Ecuador para los años inmediatamente posteriores a la conquista española de 1534 (Murra 1946). La disminución de la población y las políticas de la administración colonial española alteraron severamente el horizonte social desde el comienzo del contacto europeo. A esto se debe añadir las rupturas causadas por la conquista incaica pocas décadas antes. Pese a los estudios etnohistóricos recientes (Caillavet 1981, 1983, 1985; Espinosa Soriano 1988; Salomon 1986; Salomon y Grosboll 1986) han incrementado la información dada en tales referencias estándar como Cieza de León, las *Relaciones Geográficas*, Belalcázar, y Cabello Valboa, y pocos otros, la vida aborígen antes de los contactos españoles e incas, permanecen siendo una materia nebulosa en referencias históricas.

El grupo cultural habitante del área de estudio de la parte norte de la provincia de Pichincha y de la provincia de Imbabura a la época de las conquistas inca y española ha llegado a

conocerse como los Cara¹. Como lo documentó cuidadosamente, Jijón y Caamaño (1951: 73-75), el Valle del Chota forma una frontera lingüística distinta entre la Cara y la vecina cultura Pasto al norte (en la provincia del Carchi). Caillavet (1983:6) añade que

la frontera lingüística con los Pastos está delimitada con absoluta claridad: más allá del norte del Río Chota, solamente toponimios de los Pastos, más allá del sur, solamente toponimios de los Otavalos.

Caillavet (1983: 6), sin embargo, también observa que los toponimios Pasto son comunes en el Valle del Chota como los toponimios Cara, y, más aún, que la presencia de los Pastos en las áreas del oeste de la zona Cara está documentada en fuentes de archivos². De estos datos, ella infiere que los territorios de los dos grupos étnicos se trasladaban, una conclusión que los datos arqueológicos actualmente disponibles no pue-

den sustentar (ver más adelante).

La frontera sur de los Cara, de acuerdo con Jijón y Caamaño (1951: 75), se extendía desde los valles al este de Quito (Quinche, Pifo, Yaruquí, Tumbaco, y parte del Valle de Chillo) a Pomasqui, justo al norte de Quito. Esta frontera, que no parece delimitada nítidamente por un accidente geográfico mayor, como era el caso para la frontera norte, fue situada a través del estudio de toponimias de Jijón y Caamaño y sus investigaciones arqueológicas.

Datos antroponimios recientes de Salomon y Grosboll (1986: 396) confirma que el área norte de los valles al este de Quito, tuvieron una afiliación lingüística “norteña” o de Imbabura. Ellos creen que esta filiación lingüística probablemente refleja una frontera social, dividiendo a los pobladores constructores de montículos del norte (p. ej.: Cara) de los pobladores constructores de montículos del sur (los últimos son llamados como Pazaleos o Qui-

tu [Jijón y Caamaño 1951: 77-79, Pérez 1960])³.

La frontera este de la cultura Cara es generalmente aceptada como que es el Río Pisque y la cordillera oriental. La frontera occidental no está clara (Jijón y Caamaño 1951: 74-75), aunque puede haberse extendido a la región occidental de *montaña*. Paz Ponce de León (1897 [582]: 105, 107) menciona Intag, localizado en las faldas occidentales húmedas de la cordillera occidental, como uno de los cuatro *pueblos* de la provincia de Otavalo y parte de una encomienda de su *corregimiento*. Por lo tanto, existe una buena posibilidad de que la ocupación Cara históricamente documentada se extendió por lo menos hasta allí al occidente (esto está confirmado arqueológicamente – ver más adelante).

La investigación lingüística sitúa al lenguaje Cara en el grupo Barbacoa del Chibcha (Geenberg 1987; Mason 1950; Loukotka 1968: 250), una clasificación que lo alinea con los grupos y lenguajes Cayapa y

Colorado aún existentes de la *montaña* occidental y las regiones bajas del Ecuador central (pero ver Fernández 1979). Hay una creencia entre muchos entendidos ecuatorianos de una relación directa entre estos grupos etnográficamente documentados y la cultura Cara de la cual ellos descienden supuestamente (p. ej.: Jijón y Caamaño 1951: 93-94; Larrea 1972: 110-111; Pérez 1960: 139).

Como explica el lingüista Stark (1983: 798-799), originalmente un lenguaje Barbacoa se extendió desde el norte del Río Guaytara en Colombia a la parte occidental de la Provincia del Tungurahua en el Ecuador central, regándose sobre las faldas accidentales desde Quito hacia el sur. De cálculos glotocronológicos, Stark (1983: 798) estima que por alrededor del primer siglo D.C. el lenguaje se dividió en una rama Cayapa-Colorado y una rama Coaiquer. La última ocupada por el área del Valle del Chota hacia el norte, mientras que el primero ocupó el área de Ibarra hacia el sur. La rama Colorado-Cayapa luego se

dividió así misma cerca del año 1000, cuando otro grupo cultural que no tiene nombre ocupó el Valle del Guayllabamba, creando una cuña entre los parlantes de la montaña del norte y sur y eventualmente generando una separación en el lenguaje (Cayapa en el norte y Colorado en el sur)⁴. Con la expulsión de los Cayapa de su área alrededor de Ibarra (Barrett 1925: 31) y posterior reasentamiento de colonos no indígenas en la sierra (Stark 1983: 709), los Cayapas o Colorado, pasaron a ser enteramente residentes de la montaña tropical y los bosques de tierras bajas del Ecuador occidental.

Para resumir los datos históricos y lingüísticos presentados hasta aquí, está claro que lo que podemos referirnos como a una única unidad étnica —la Cara— se distribuyó dentro de un área bastante bien definida en el norte del Ecuador. Se localizó un límite abrupto en el valle del Río Chota en el norte, y otro un poco menos precisamente delimitado en el sur, alrededor de la cuenca hidrográ-

fica del Guayllabamba. Las alturas de la cordillera oriental también sirvieron como límite, aunque al occidente el rango Cara evidentemente se extendió hacia la *montaña* tropical. Sin embargo, fue solamente en las fronteras norte y sur que el rango geográfico Cara directamente incursionó en territorios de otros grupos étnicos conocidos —los Pastos en el norte y los Panzaleos o Quitus en el sur. No se han identificado incursiones con los grupos étnicos de las tierras bajas o de *montaña* en los límites específicos este y oeste.

En relación con la organización social, Paz Ponce de León (1897 [1582]: 111) cuenta que:

Las comunidades [pueblos] de todo este corregimiento antiguamente tenía en cada división [parcialidad] de comunidad o población su jefe que los gobernaba con tiranía, porque aquel que era más capaz y valiente, a ese lo tenían por mandatario

[de ellos] y a él le obedecían y respetaban y pagan tributo, y los indios no tenían nada más que lo que el jefe les permitía tener; de tal manera que él era el mandatario de todo lo que los indios poseían y de sus mujeres e hijos e hijas y el mismo los ayudaba como si fueran sus esclavos, excepto los indios comerciantes, que no servían a su jefe como lo hacía el resto, ellos solamente pagaban su tributo en oro o telas y cuentas de hueso blanco o rojo.

Paz Ponce de León (1897 [1582]: 116) describe las casas como

chozas redondas cubiertas de paja; todas ellas son pequeñas y las paredes de ellas son de palos gruesos tejidos juntos y cubiertos de lodo por adentro y por fuera. Las casas de los jefes y señores menores son similares, excepto que son más grandes y tienen un poste grande en el medio

a fin de dar soporte a la casa.

Paz Ponce de León ([1582] 1897: 111) también indica que antiguamente los indios de su *corregimiento*

se hicieron la guerra unos a otros por la tierra que poseían, y que aquel que fue el más capaz desplazó al otro de todo lo que él poseía; y estas controversias tienen siempre los indios con sus vecinos, de una manera que todo era desorden.

Borja (1897 [1582: 132-133]) también da una versión muy similar con respecto del área de Pimampiro sobre el Valle del Chota.

Por lo menos cuatro clases sociales se mencionan en las cuentas mencionadas. Estas incluyen una clase de jefe general (*cacique*), una clase de *principal* o jefe intermedio (“señores menores” de *parcialidades*; cf. Netherly 1984: 231), una clase comunitaria, y una clase de *mer-*

caderes o indios comerciantes (esta última clase, sin embargo, puede ser una clase de especialización ocupacional más que una clase social). También está claro que las acciones de guerra y por feudos fueron comunes entre las jefaturas vecinas.

También se han sugerido mecanismos de formación de alianzas temporales entre las jefaturas a través de la naturaleza lenta de la conquista Inca. Cieza de León (1959 [1553]: 48), por ejemplo, indica

Aquellos de Otavalo, Cayambe, Cochasguí, Pifo, y otras gentes del norte de Quito habían hecho una alianza entre ellos para no permitir que ellos sean dominados por el Inca.

Cabello de Valboa (1951 [1586]: 369) indica casi lo mismo. Sin embargo, las guerras incesantes entre las jefaturas vecinas, como menciona Paz Ponce de León y Borja, sugiere que tales alianzas deben haber sido muy frágiles.

Con respecto a la subsistencia, Paz Ponce de León (1897 [1582]: 114) dice

Ahora he dicho que en esta tierra los indios nativos de ella cuentan y han contado para su sustento con el maíz y fréjoles lupinos [*Lupinus mutabilis*] y patatas y camotes, que son *batatas* [Patatas españolas, *Convolvulus batatas*], y algunas plantas pequeñas que ellos llaman *guaca-mullos*, y al presente ellos cuentan y sustentan ellos mismos con esos y con trigo y cebada y lechugas y coles y otras hortalizas que han sido traídas desde España.

Caillavet (1983: 13-19) analiza información de archivos relacionada con la agricultura, dando evidencia del uso extensivo de campos elevados o camellones para el cultivo de papas, maíz, vegetales y probablemente *tatora* (un junco usado para tejer esteras). Ella también menciona la importancia de los canales de irrigación como

mencionados por documentos coloniales tempranos.

Con respecto al uso de camellones, es interesante anotar que Paz Ponce de León (1897 [1582]: 108-109) menciona evidencia ampliamente manifestada por tierra agrícola previamente cultivada. El atribuye esto a la existencia de una población indígena muy grande previa a la conquista incaica.

Aunque lo anterior cita sugiere una población considerable, datos específicos para la región Cara y organizaciones con un jefe individual son muy difíciles de precisar de las fuentes históricas. Los datos de agricultura experimental obtenidos por Knapp (1984: 302-306) indica las densidades de 750 personas/km² sería la esperada para una agricultura de camellones. Más aún, tal sistema intensivo de cultivo habría sido un atractivo para los agricultores una vez que las densidades de las faldas del valle alcanzaban 125 personas/km² en los relieves para maíz y 70 personas/km² en los relieves más al-

tos para papas. Considerando las estimaciones de tamaño de población en base a fuentes históricas y reportadas por este autor (Athens 1978a, 1980) y Larraín Barros (1980), así como sus propias observaciones experimentales, Knapp (1984: 399) sugiere que hubieron aproximadamente 155.000 personas en la región durante los tiempos prehistóricos tardíos. Suponiendo 18 (Athens 1978a: 139, 148-149) o 21 (Knapp 1984: 316-318, 336-337) cacicazgos o jefaturas (como indicadas por los sitios de montículos con rampa) con poblaciones equivalentes aproximadamente, las estimaciones de Knapp son de 8.611 o 7.381 personas por jefatura. Tales cifras, aunque son bastante especulativas, no son del todo fuera de línea con lo que pudo haberse esperado para poblaciones de jefaturas (cf. Drenan 1987)⁵.

El único indicativo de especialización regional en la zona Cara tiene relación con la producción de algodón y coca en los valles de los ríos Chota y Guayllabamba (Aguilar 1897

[1582]: 125; Borja 1897 [1541]: 133, 134; Paz Ponce de León 1897 [1582]: 116-117) y sal en el Valle de Salinas (Paz Ponce de León 1897 [1582]: 116) inmediatamente al sur del Valle del Chota. Sin embargo, la extensión en la cual tales actividades del período Colonial temprano también caracterizaba a la región Cara antes de las conquistas española e Inca, está abierta a discusión. En cualquier caso, en lo que concierne a la agricultura, esta claro que el mosaico ambiental de la región necesitaría una cierta cantidad de variedad en estrategias de cultivo y producción. No hay información, sin embargo, que pudiera sugerir cualquier clase de organización social y económica que pudiera parecerse al modelo de archipiélago verticales propuestos por Murra (1972) para Perú (Athens 1978a: 119-120; Salomon 1986: 9-10). A este respecto es importante notar que el ambiente físico de los Andes ecuatorianos, y particularmente de la parte norte del Ecuador, es fundamentalmente diferente a la del Perú (ver especialmente Salomon 1986: 22-28) en que

entre otras cosas, el clima de Perú es menos estable y las diferentes zonas ecológicas están separadas por distancias mucho más grandes.

Lo anterior debería no interpretarse como que significa que no hubieron mecanismos para que las jefaturas Cara no pudieran traer bienes exóticos de áreas distantes, tales como coca, sal, algodón, plantas medicinales, conchas marinas y similares. *Mercaderes* o comerciantes, pudieron haber facilitado el intercambio regional de bienes, suponiendo alguna continuidad en las prácticas culturales entre los períodos prehistóricos (pre-inca) e históricos tempranos. Más aún, Salomon (1986: 114) ha documentado el intercambio interregional iniciado por agricultores andinos no especialistas en el área de Quito. Los agricultores Cara pudieron haber hecho lo mismo, pese a que no hay información específica al respecto.

Aunque los registros históricos Cara son inmensamente valiosos, guardan silencio en

muchos detalles de interés para el cientista social. Así mismo, hay una cuestión de confiabilidad histórica de los registros del período pre-incaico: ellos fueron escritos bastante más tarde de las dos transformaciones sociales principales. Estos dos problemas pueden esquivarse de alguna manera con investigaciones arqueológicas, cuyos datos actualmente disponibles serán presentados ahora.

INVESTIGACION ARQUEOLOGICA - EL PERIODO TARDIO

Las manifestaciones arqueológicas, de la cultura Cara se han clasificado colectivamente como el Período Tardío (Athens 1978a, 1980). En base a una serie de fechas obtenidas por radiocarbón por este autor (Athens 1978a, 1980), Oberem (1969, 1970), y Meyers (1975) en cuatro sitios, el Período Tardío se lo ha definido cronológicamente como situado entre aproximadamente 1250 d.C. a 1525⁶. El diagnóstico principal del Período Tardío son montículos de tierra cuadriláteros con

rampas y un tipo de vasija grande con pintura de líneas rojas sobre el color natural de la vasija (Figura 3; ver Athens 1978a, 1980 sobre análisis del diagnóstico).

Principalmente a través de uso de fotografías aéreas, se conocen un total de 18 sitios definidos de montículos con rampa (existen tres sitios adicionales con posibles montículos con rampa), y se han registrado otros 14 sitios con montículos sin rampas⁷. Se ha registrado un mapa en el que se ve la distribución de estos sitios, la mayoría de los cuales han sido verificados por investigaciones de campo y puestas en mapa por el autor, se presenta en la Figura 2. Como puede verse, sitios de montículos con rampas se encuentran en toda la región. Se dan en una variedad de ambientes, incluyendo las cuencas intermontañas templadas hasta a 3.000 m, en el cálido y seco Valle del Chota, y en el área occidental de bosques húmedos de *montaña* (p. ej.: la región de Intag; ver también Lippi [1986, 1987] para información sobre

un nuevo sitio de montículos con rampas recientemente descubiertas en esta área y otros detalles relacionados con la prehistoria de la región). La distribución de los sitios de montículos con rampa está de acuerdo cercanamente con datos históricos sobre las fronteras de la región Cara⁸. Estos sitios no se conocen en las áreas costeras bajas ocupadas por la etnia Cayapa (ver Tolstoy 1987).

Muchos de los sitios de montículos con rampa son muy grandes. El sitio Zuleta (Im 13), por ejemplo, ha registrado 148 montículos, de los cuales 13 tienen rampas (Figura 4). La base del montículo más grande es de 84 metros cuadrados y tiene una altura de 8 metros. La rampa es de 159 m de largo. Como se analiza (Athens y Osborn (1974), la construcción de tales montículos representa un tremendo esfuerzo de trabajo que más bien se asociaría con un nivel de jefatura de las organizaciones sociales⁹.

Excavaciones en Socapamba (Im-10), un sitio que

tiene 60 montículos, incluyendo dos con rampas, demuestra que algunos sitios tienen una profundidad en tiempo mayor que solamente el período tardío. Aquí los montículos fueron construidos en por lo menos 500 a 700 años d.C., y algunos depósitos arqueológicos son de hasta un período de tiempo anterior (Athens 1978a: 126-137). La ocupación de Cochasquí (Pi-4) un sitio con 45 montículos, de los cuales nueve tienen rampas, fecha de aproximadamente 950 d.C. (Oberem 1975: 79, 1981). Parece probable que el número de montículos en el sitio es por lo menos una indicación parcial del tiempo de ocupación. Los sitios de montículos parecen no haber sido asentamientos nucleados o pueblos, sino más bien lugares de asentamiento de individuos de alta jerarquía y quizá sus servidores.

La ocupación de los sitios de montículos con rampa parecen haber sido contemporáneos en el Período Tardío. Esto es apreciable no sólo por la presencia de cerámica datada del Período Tardío en todos los si-

tios para los cuales hay información disponible (15 sitios), sino también por el relativamente regular espaciamiento de tales sitios a través de la región. El análisis más cercano de vecinos indica una fuerte tendencia para un espaciamiento máximo para los 12 sitios de montículos con rampa en la cuenca de Otavalo e Ibarra (Athens 1978a), donde se minimizan las principales irregularidades geográficas. Esta clase de moldeamiento no se esperaría si esos sitios hubieran sido ocupados en diferentes períodos de tiempo, en cuyo caso habría un modelo de espaciamiento más casual. Una implicación de esta observación es que los límites territoriales entre las jefaturas de montículos con rampa probablemente permanecieron relativamente estables a través del Período Tardío. El modelo de espaciamiento regular es también una fuerte indicación de competencia entre las jefaturas (ver Athens 1978a y 1980, 1988 para un análisis de estos puntos).

La función de los montículos con rampa frecuentemen-

te ha sido visto como de una naturaleza ceremonial o religiosa (Gondard y López 1983: 267; Jijón y Caamaño 1914: 295-298; Oberem 1982: 342, 1975: 75, 1969: 322; Uhle 1939: 12). Sin embargo, en base a las excavaciones en un número de montículos en el sitio de Socapamba (Im-10), el sitio de Pinsaquí (Im-2), y el sitio de Otavalo (Im-1), este autor (Athens 1978a: 172) ha sugerido que es más probable una función doméstica o de habitación. Presumiblemente los montículos de rampa servían como fundamentos de casas de jefes de alta categoría. Esta deducción recibe sustento de los estudios etnohistóricos de Salomon (1986: 126), quien no pudo encontrar ninguna referencia a la existencia de construcciones ceremoniales especiales o arquitectura en la región de Quito. Como el anota, "el hogar del jefe mismo, parece haber sido el lugar principal para actividades ceremoniales" (Salomon 1986: 126), lo cual posiblemente es cierto tanto para la región Cara como para el área de Quito. Los otros montículos –generalmente de

forma hemisférica— se usaron ya como habitación, así como sitios funerarios, y a veces para ambos fines. Sus tamaños son bastante variables, variando entre menos de 5m de diámetro y 1 m de altura hasta 40 m de diámetro y alturas entre 8 y 10 m.

Ningún sitio de montículos parece dominar la región en términos de tamaño o elaboración de estructuras. Esto pudo haber sido posible si hubieran sido factores del desarrollo social y político, el control sobre recursos importantes, rutas de comercio o tierras agrícolas primordiales. Sin embargo, pese a la distribución diferencial de recursos y potencial productivo debido al ambiente heterogéneo de la región, no hay rasgos de que esto haya sido consecuencia en términos de crecimiento del sitio o complejidad socio-política. El sitio de montículos del Valle del Chota (Im-12), por ejemplo, fueron en localizaciones primordiales para la producción de coca y algodón; sin embargo, no hay nada sobre estos sitios que sugieren que ellos tuvieron mayor o menor im-

portancia que los sitios en las cuencas templadas.

Hay muy poca información arqueológica relacionada con las prácticas agrícolas durante el Período Tardío. Las piedras de moler *mano* y *metate* son comunes en los sitios de montículos, y frecuentemente se encuentra maíz carbonizado en las excavaciones.

En relación con los sistemas de agricultura, se han anotado tres áreas pequeñas de camellones. Estos están en las vecindades del sitio de Paquiestancia (Pi-2), el sitio de Cayambe (Pi-3) y el sitio de San Rafael (Im-14; Athens 1978a: 120-121). Los primeros dos sitios agrícolas cubren un área de aproximadamente 5 km², mientras que el último consiste de aproximadamente 2 km². Estos campos, hallados en áreas de tierras bajas y a menudo tierras de inundación, pueden haber sido mucho más extensas antes del advenimiento de la agricultura mecanizada (hasta 59 km² de acuerdo a Knapp y Denevan 1985: 202)¹⁰. Su aso-

ciación con los sitios de montículos de rampa sugieren un origen en el Período Tardío, y Knapp y Denevan (1985: 189) informa una sola fecha de radiocarbono de 1450 d.C. del sitio de San Rafael (ver también Molestina Zaldumbide 1985).

Knapp (1984, 1988), en un estudio detallado sobre campos elevados, demuestra que era un sistema de cultivo de dos cosechas anuales y altamente intensivo en trabajo en pantanos reclamados. El sugiere que los camellones fueron bastante extensivos en los fondos de los valles y que su alta productividad fue un factor económico principal en el desarrollo de las jefaturas Cara del Período Tardío (Knapp 1984: 306-307, 331, 352). Para presentar argumentos en contra de esta conclusión, sin embargo, se puede notar que un número significativo de sitios de montículos con rampa *no* están localizados en los fondos de los valles en donde el acceso a la agricultura en camellones hubiera sido posible (p. ej.: Im-6, Im-10, Im-12, Im-

15, Im-19, Pi-4 y probablemente otros).

Pequeñas áreas de posibles terrazas agrícolas se han observado en la vecindad de los camellones, aunque Knapp (1984: 236-246; 1988: 123-129) sugiere que estos más bien deben haber sido estructuras defensivas no relacionadas con la agricultura¹¹. Jijón y Caamaño (1920: 113) también cita evidencias de canales antiguos en la región Cara, creyendo que “el cultivo de una gran parte del territorio de Caranqui [Cara] es a duras penas posible sin ellos”¹². Esto sería cierto para los Valles secos del Chota y Guayllabamba y las áreas vecinas. Sin embargo, la agricultura indígena en su mayoría moderna en los valles templados depende de la lluvia, lo cual sugiere que el uso prehistórico de la irrigación en esas áreas puede haber sido innecesaria. Como anota Knapp, “Existe notoriamente poca evidencia de canales de irrigación pre-incásicos en los Andes Ecuatoriales” (1984: 233). Un estudio reciente (Knapp 1987) da datos de campo adicionales e

información de archivo relacionada con la irrigación en la región. Finalmente, Knapp y Preston (1987) han documentado la presencia de campos con zanjas en tierras inclinadas de la sierra norte.

La crianza de animales en el Período Tardío incluía llamas, cuyes y perros, todos los cuales se encontraban representados en los depósitos arqueológicos de Socapamba (Athens 1978a: 280-281). No se encontraron huesos de caza salvaje, tales como venados, tapires y agutíes en el sitio, sugiriendo que esos animales no eran explotados o que quizá no estaban disponibles en el área de Socapamba. Sin embargo en los basureros de Socapamba fue relativamente común encontrar huesos de conejo.

Se ha identificado solamente un sólo sitio sin montículos, con características diferentes a las agrícolas. Este sitio (Im-21) fue probablemente el lugar de una granja pequeña. Indudablemente existen muchos otros sitios como este, pe-

ro serían muy difíciles de encontrarle sin una investigación de campo intensiva.

En este momento, los datos arqueológicos no permiten una estimación cuantitativa del tamaño de la población para el Período Tardío. Existen indicios, sin embargo que el tamaño de la población regional debe haber sido bastante numerosa. Las observaciones experimentales de las investigaciones de Knapp sobre los sistemas agrícolas de campos elevados ya han anotado (el esfuerzo de trabajo requerido para este tipo de sistema de producción no tiene sentido económico hasta que las poblaciones no alcanzan una densidad de 750/km²). Con la conversión presuntiva de grandes trozos de tierras pantanosas previamente no utilizadas a esta forma de cultivo altamente intensiva durante el Período Tardío, se presume que los niveles de población debieron haber sido bastante altos.

Además, dado el hecho de que los sitios de montículos con rampa tienen un promedio de

distancia más cercana con la vecina de solamente 6.56 km en la cuenca de Otavalo-Ibarra, la disponibilidad de tierra arable no utilizada fue aparentemente la única alternativa para sustentar un gran y presumiblemente creciente población. Finalmente, el tremendo esfuerzo de trabajo requerido para la construcción de muchos montículos cuadriláteros de tierra muy grandes durante el Período Tardío es por sí mismo sugerente de niveles relativamente altos de población.

COMERCIO E INTERCAMBIO REGIONAL

La importancia del comercio e intercambio regional durante el Período Tardío puede juzgarse en cierta medida en términos de la cantidad de materiales exóticos identificados en los contextos arqueológicos del Período Tardío. A este propósito, se puede anotar que se ha identificado una pequeña cantidad de cerámica Tuza y cerámica “de hechura delgada” Cosanga-Pillaro (también denominada *cerámica Panzaleo*).

La primera es de la región de Pasto hacia el norte (ver Francisco 1969), mientras que la variante de la Cosanga probablemente proviene de las tierras bajas orientales cerca del nacimiento del río Napo y la variante Pillaro de las áreas del altiplano de Ambato en el Ecuador central (ver Porras 1975 y 1987: 204-212, 240-245). Ambas variantes, aunque tienen en común muchos aspectos de la forma de vaso y el estilo, son muy distintas, y hay muy poca duda de su origen externo a la región Cara. Sólo la variante Pillaro es importante para el presente análisis, ya que la variante Cosanga parece ser de una fecha anterior al tiempo de la construcción de los montículos¹³.

Lo que es interesante acerca de la cerámica exótica es que había poca presencia en los sitios que han sido investigados con cierto detalle (Im-1, Im-2, Im-6, Im-10, Im-12, Im-15, Im-19 y Pi-4). Por ejemplo, en una recolección superficial sistemática controlada en el sitio de Socapamba (Im-10) se recogieron 7.689 fragmentos (2.59 frag-

mentos por m²). De este total, hubieron solamente 14 fragmentos de Píllaro (11 llanos y 3 pintados) y 9 fragmentos Tuza (Athens 1978a: 173-184). Las excavaciones en el sitio de Socapamba produjeron de similar manera un pequeño número de fragmentos Píllaro y Tuza. En el sitio de montículos de Cochasquí (Pi-4), que está situado al lado opuesto del territorio Cara, Meyers (1975: 106-108) informa de muy pequeñas cantidades de estos fragmentos. Meyers también observa que la cerámica Píllaro y Tuza, aunque muy limitada en cantidad, está ampliamente distribuída en la región Cara¹⁴.

En relación a otros posibles materiales importados no conocidos de darse naturalmente en el área Cara, existe solamente la escasísima indicación de la presencia prehistórica de concha marina, jade y metales. Esta evidencia limitada proviene case enteramente de las investigaciones de Jijón y Caaño (1914, 1920). Cuando se indica la proveniencia, la mayoría de artefactos, proceden de

enterramientos y seguramente datan de épocas anteriores al Período Tardío. Las investigaciones del autor en los sitios de Socapamba y otros montículos produjo solamente un sólo artefacto exótico no cerámico; y fue un ornamento de cobre de un contexto temprano (700-800 d.C.) (Athens 1978a: 128-129). No se ha informado de objetos exóticos (diferentes a la cerámica ya mencionada) del sitio de Cochasquí (Oberem 1969, 1975, 1981, 1982).

Se sugiere que por la evidencia del sitio La Chimba (Pi-1; Athens y Osborn 1974; Athens 1978a, 1990) puede haber habido más comercio o intercambio interregional durante períodos prehistóricos anteriores. Se ha documentado hasta 3 m de depósitos de desperdicios estratificados en este sitio que está localizado cerca de los límites superiores de la agricultura a la extremidad este de la región de estudio. La Chimba tiene una secuencia cerámica bien definida, y las recientes excavaciones dieron como resultado en la recuperación de una gran

cantidad de artefactos, huesos de animales y muestras botánicas (Athens 1990). La fecha inicial de la ocupación en La Chimba está cerca de 700 a.C. y la fecha más tardía es aproximadamente 300 d.C. (Athens 1990 y registros de fechas por radio-carbono no publicadas).

Entre los artefactos exóticos de La Chimba existe un cierto número de fragmentos y algunos artefactos de concha marina (uno de estos últimos es una talla en relieve de un pescado), un rallo de cerámica con incrustaciones de piedra (posiblemente para procesar la mandioca o camote), una pequeña pero consistente presencia de cerámica de Cosanga de las tierras bajas del este (anteriormente analizada), un fragmento de una figurina mascadora de coca de cerámica (sugiriendo el uso de la coca), y restos de trabajo en oro. Cuando se considera esta evidencia con los artefactos metálicos de Socapamba y los datos de Jijón y Caamaño de entierros el comercio o intercambio a larga distancia, aunque probablemente llevado a

cabo en pequeña escala, fue aparentemente de mayor importancia durante los períodos anteriores en la región de los Caras.

Se ha iniciado hace poco un estudio por parte del autor para identificar químicamente la fuente de los restos de lascas de obsidiana que se encuentra comúnmente en los depósitos arqueológicos de la región Cara (el análisis fue realizado por Christopher Stevenson, usando fluorescencia de Rayos X). Aunque sólo se han analizado 22 muestras de 4 sitios hasta el momento, ninguna de las muestras puede asimilarse con otras muestras o localizaciones de canteras fuera de la región (ver también Asaro et al. 1981a, 1981b). Sin embargo, investigaciones recientes en La Chimba han demostrado que otro tipo de obsidiana, Mullumica, era importada de una fuente cerca de 30 km al este de Quito, durante por lo menos los períodos anteriores (hasta el momento la obsidiana de Mullumica que es muy identificable —ver Salazar 1985— no se ha encontrado en

los sitios de montículos). Adicionalmente a La Chimba, la misma obsidiana Mullumica se ha encontrado en pequeñas cantidades en el sitio de Tababuela en el Valle del Chota (cerca de la confluencia con el Río Ambi –ver Berenguer y Echeverría 1988), que data del período medio cerámico de La Chimba (Athens 1990). Esto indica que fue bastante ampliamente distribuida durante la ocupación anterior de la región. Por lo tanto, datos preliminares indican que algo de la obsidiana de la región Cara provino de fuentes fuera del área durante los períodos anteriores pero que posiblemente nada vino de fuentes foráneas durante los períodos posteriores.

En relación con los modelos de distribución de la obsidiana cuyas fuentes han sido químicamente estudiadas (obsidiana que no es de Mullumica) en la región, parece que por lo menos uno de los tres tipos fue ampliamente circulado. Una vez que puedan obtenerse para análisis otras muestras, será posible documentar más adecuada-

mente los modelos de distribución.

EL SIGNIFICADO DE LA ADAPTABILIDAD DE LA ETNICIDAD

Como se ha aclarado en el análisis precedente, la cultura Cara del Período Tardío representa una entidad social bien definida y altamente reconocible en la sierra norte del Ecuador. Sus límites con otros grupos sociales al norte y sur son generalmente bastante identificables y abruptos. Esto está claramente sugerido en registros históricos y ha sido confirmado arqueológicamente. Dentro de la región Cara existe lo que puede llamarse “unidad de formas culturales”, especialmente de lo que puede verse con la presencia de montículos con rampas y grandes jarros con bandas de engobe rojizo y decoraciones con líneas rojas. Estas formas culturales originales sugieren que la cultura Cara del Período Tardío puede considerarse un grupo étnico. La gente Cara del Período Tardío evidentemente ha compartido una

identidad cultural y parecen haberse diferenciado marcadamente de los grupos sociales fuera de su región. El contacto externo aparentemente fue limitado, y los pocos artefactos exóticos presentes en el área —específicamente, pequeñas cantidades de cerámica Píllaro y Tuza— sugieren un comercio e intercambio mínimo. Entonces parece que la cultura Cara del Período Tardío fue una sociedad relativamente cerrada, respondiendo poco o nada a los estímulos fuereños para su desarrollo o funcionamiento pese a la proximidad geográfica cercana de otros grupos sociales.

La pregunta que ahora se debe hacer es cómo comprender el desarrollo de tal etnicidad regional. Por ejemplo, ¿por qué mismo existe una unidad de formas culturales? Esta es una pregunta especialmente intrigante cuando consideramos la cantidad de feudos y guerras entre los grupos vecinos a los Cara indicados por los registros históricos. ¿Por qué todas estas “mini” sociedades o señoríos no tuvieron su propia ruta, desa-

rollando una docena o más de “mini-culturas” en toda la región Cara? Si negamos teóricamente inadecuadas nociones de difusión e intercambios culturales para explicar la creación y desarrollo de una sociedad Cara, ¿qué podemos ofrecer en su lugar?

Se propone aquí que la etnicidad es una adaptación a un ambiente regional competitivo (ver Athens 1988 para un análisis de las causas de competencia). Presiones selectivas operan para mantener un sistema cultural en toda la región aunque no hay una organización sistémica formalizada que unifique sus diferentes elementos sociopolíticos (p. ej. señoríos individuales) dentro de la región. Como un supuesto fundamental de este arreglo es que señoríos solos, dentro de la región Cara no hubieran sido sistemas sociales viables en que ellos no hubieran tenido la capacidad de afianzar la seguridad y supervivencia de sus miembros a largo plazo. Este es porque la competencia de los grupos étnicos vecinos por tierra arable limitada

en los estrechos valles andinos, constantemente ejerce presión para la expansión territorial. Los señoríos individuales, especialmente en las áreas limítrofes, serían víctimas fáciles de esta tendencia expansionista. Sin embargo, la membresía étnica permite a los señoríos solos, resistir las incursiones territoriales o su absorción en virtud de los principios adscriptivos y exclusionarios inherentes a la etnicidad (ver Barth 1969: 10-16).

Lo que esto significa es que cualquier incursión territorial en contra de un grupo dentro de una región, automáticamente pasa a ser de interés para todos los otros grupos, precisamente porque el principio exclusionario está en peligro. Los valores culturales compartidos —la esencia de la etnicidad— puede facilitar la formación de alianzas expeditas entre grupos independientes de otra forma, con el propósito de ejercer resistencia efectiva contra los fue-reños.

La ventaja selectiva de la etnicidad sobre otras formas de

organizaciones supralocales, como una organización política jerárquica única en toda la región, es que es un método muy eficiente en lo que se refiere a energía para dar seguridad a sus miembros. Siempre está allí, sin embargo, la necesidad de energía e intercambio de información entre los diferentes subgrupos (p. ej., señoríos) puede ser mínima. Así, no es necesario una jerarquía de administradores con los costos de atención. Además, cualquier amenaza externa puede ser enfrentada con la fuerza de contrapeso precisa, sea una sola poli, algunas polis vecinas o una coalición de polis de toda una región. Esta clase de respuesta de organización expedita a través de alianzas temporales puede ligarse para el período de tiempo preciso para la acción que se requiere; cuando no existe una amenaza inmediata, no hay necesidad de invertir la energía en el mantenimiento de una organización supralocal. Claramente, una población organizada étnicamente en la serranía norteña del Ecuador podría ser un reto formidable para las amenazas

externas a cualquier parte de la integridad de la unidad territorial de la etnia.

El mejor ejemplo de como funciona la etnicidad regional como una respuesta de adaptación y su efectividad para mantener la seguridad de las poblaciones locales es, desde luego, la conquista inca a los Cara. Es este caso, un extremadamente gran estado conquistador —el Inca— casi encontró su par con las polis Cara pequeñas y poco organizadas. Aunque los Incas en cierto momento predominaron, las hostilidades militares fueron bastante prolongadas. Según Murra (1946: 808), ellas pueden haber durado tanto como 17 años. La razón para esto fue que las pequeñas polis Cara fueron capaces de con flexibilidad cohesionarse o desunirse, en proporción directa a la fuerza de la oposición. También la referencia de Cieza de León (1959[1553]: 48) a las alianzas formadas entre los diferentes grupos Cara deben ser recordadas (ver transcripción anterior) Pese a que los Incas triunfaron en algún momento debido a sus

muchos más bastos recursos, la efectividad de la resistencia fue notable. Retadores de menor talla de los inca nunca tuvieron la posibilidad.

Muchas hipótesis pueden deducirse del modelo teórico mencionado sobre el significado de adaptación de la etnicidad. Uno de estos es que dada la efectividad de la etnicidad para afianzar la seguridad de las poblaciones humanas relativas a un grupo étnico, los límites territoriales deberían tener una gran estabilidad a través de los tiempos. La segunda hipótesis es que la etnicidad, manifestada en formas culturales evidentes, tales como tradiciones culturales distintivas, deberían hacerse cada vez mejor definidas mientras aumenta la competencia de población humana. Una tercer hipótesis es el desarrollo cultural a través del tiempo tenderá a ser aislado en su carácter: contactos con otros grupos étnicos no tendrán poca o ninguna influencia en el contenido cultural del grupo étnico en cuestión.

Datos relevantes para la hipótesis 1 se dan en la frontera norte de la región Cara, localizada en el valle del Río Chota. Que esta haya sido una frontera cultural muy estable a través del tiempo se puede deducir por la ausencia de la secuencia del estilo Capulí-Piartal-Tuza de la provincia del Carchi al sur del valle del río Chota, así como por la ausencia de grandes embankes circulares de tierra (*bohíos*) asociados con los períodos Piartal y Tuza (ver Francisco 1969 por la descripción de esta secuencia)¹⁵. Del mismo modo, la secuencia arqueológica de la región Cara parece estar ausente del área norte del valle del Río Chota (Provincia del Carchi), incluyendo los estilos de cerámica recuperados de las tumbas con recámara más tempranas (Athens y Osborn (1974; Mayer et al, 1975), la secuencia cerámica de La Chimba (Athens 1978a 1990), y los montículos de tierra y estilos de vasijas en los períodos posteriores (Athens 1978a, 1980). Como la secuencia arqueológica de la Región Cara cubre un período de más de 2.500 años, el valle del Río

Chota claramente ha sido una frontera cultural muy estable.

En relación con la hipótesis 2, existen dificultades de medida en la determinación si formas culturales abiertas llegan a ser mejor definidas mientras la competencia aumenta. Un índice de competencia es el tamaño de la población regional (ver Athens 1978a, 1988 por argumentos que respalden). Aunque los datos arqueológicos son demasiado limitados para dar cualquier clase de estimaciones confiables, el análisis anterior en relación con el tamaño de la población, como se recordará, señalan enfáticamente sobre niveles de población muy altos durante el Período Tardío. Toda la tierra arable estaba evidentemente completamente ocupada por los campesinos Cara. Adicionalmente, se había iniciado la recuperación de pantanos para dedicarlos a la agricultura intensiva. Así, si el tamaño de la población regional puede ser tomado como índice de presiones de la competencia, parecería que la competencia debe haber sido muy intensa dentro del te-

ritorio Cara durante el Período Tardío. En relación con la competencia exterior, de parte de grupos étnicos vecinos al norte y al sur, los datos que puedan referirse al tamaño de la población son virtualmente inexistentes. Sin embargo, se puede resumir que los niveles de población en estas áreas fueron suficientemente altas para hacer poco práctica la expansión Cara a la luz de estas poblaciones organizadas étnicamente.

La cuestión de analizar las formas culturales abiertas es también problemática debido a la naturaleza subjetiva de cómo se lo determina. De una manera general, sin embargo, parece que los estilos de vasijas pasan a ser cada vez más identificables a través del tiempo, lo que sugiere que se hacía un esfuerzo consciente para afianzar crecientemente y definir la etnicidad. Esto es particularmente cierto cuando se compara la muy simple cerámica temprana de tumbas con recámara con la cerámica de períodos posteriores (cf. Athens y Osborn 1974; Meyers et al, 1975). Sin embargo,

la secuencia La Chimba indica que estilos identificables ya estuvieron presente en fechas tempranas.

La construcción de montículos puede también ser visto como una forma cultural abierta para construir la etnicidad. A este respecto, las investigaciones de Renfrew (1976) sobre los montículos europeos son importantes. Como resume Hodder (1979: 45), Renfrew sugiere que

grandes montículos funerarios y monumentos pueden ser usados para simbolizar grupos locales en competencia y linajes. Tales montículos pueden llegar a ser más importantes mientras la conciencia del grupo, en relación con otros grupos, crece en situaciones de tensión.

Tomando la idea de Renfrew un paso más allá, se puede argumentar que el *acto* de construir montículos puede ser tan importante como la estructura

misma para la identificación étnica. La construcción de montículos es a menudo una actividad participativa, y esto señalaría y reafirmaría la membresía e identidad de un individuo o grupo dentro de una unidad étnica particular, así como la afiliación al linaje o alianza con el jefe. En este sentido, la noción antropológica frecuentemente oída de que los proyectos de construcción prehistórica a gran escala es un indicador del ejercicio coercitivo de la autoridad, es probablemente bastante erróneo en muchas instancias (cf. Athens 1988).

La situación parece haber sido muy similar en la región Cara, donde la construcción de montículos comienza relativamente temprano con formas hemisféricas simples y progresan a formas cuadriláteras y con rampa más elaboradas en el Período Tardío. La construcción de por lo menos algunos montículos también parece haber sido organizado con la participación de diferentes grupos de trabajo, cada uno de los cuales puede haber sido responsable

de llenar “celdas” individuales dentro del montículo (ver Athens y Osborn 1974). Pero se debe enfatizar que el uso de datos de montículos como medida de etnicidad, como los datos cerámicos, es muy subjetiva.

La hipótesis 3 se relaciona con el creciente aislamiento o carácter cerrado del desarrollo cultural a través del tiempo, de acuerdo al crecimiento de la etnicidad. Los datos para esta hipótesis han sido ya anotados anteriormente en la sección que trata del comercio e intercambio regional. Como se dijo, aparentemente hubo muy poco comercio e intercambio interregional durante el Período Tardío (sólo pequeñas cantidades de cerámica Pillaro y Tuza). Como para los períodos anteriores hay un poco más de comercio e intercambio, parece que esta hipótesis es sustentable.

CONCLUSION

Este capítulo ha presentado un examen de la sociedad Cara del Período Tardío en la serranía norte del Ecuador. Se analizaron registros históricos

pertinentes y se resumieron los datos arqueológicos disponibles. Luego se anticipó un modelo teórico para respaldar el desarrollo de etnicidad y el aparentemente autónomo desarrollo de la sociedad Cara prehistórica. El modelo sugiere que la etnicidad es una adaptación, dando seguridad las unidades miembros en un ambiente social competitivo regionalmente. Permite a segmentos pequeños y relativamente independientes de una entidad étnica regional enfrentar y superar desafíos externos a su integridad territorial con gastos de energía mínimos. Por lo tanto se considera que una organización social jerárquica regional no fue dable por existir este mecanismo social más costoso. La naturaleza extremadamente prolongada de la conquista inca a los Cara demuestra la efectividad de esta forma de organización social para el mantenimiento de la seguridad y la integridad territorial. Se dedujeron tres hipótesis del modelo teórico. Aunque los datos para confirmar estas hipótesis no fueron muy parejas en calidad y cantidad, hubo

evidencia disponible para apoyarlas, y no se encontró evidencia en contra.

Es necesario notar que el modelo de etnicidad presentado aquí es principalmente aplicable a sociedades agrícolas sedentarias en localizaciones tropicales con ambientes estables. Parece muy diferente la condición selectiva presentada por ambientes estacionales o periódicos, y la etnicidad puede resultar y funcionar de alguna manera diferente en tales localizaciones (ver Athens 1978a 1980, 1988 para el análisis de estos puntos en relación con el desarrollo de la complejidad social).

RECONOCIMIENTOS

Se presentó una versión anterior a este material en el simposio *Problemas Actuales de la Arqueología en los Andes del Norte*, en la 52da reunión anual de la Sociedad de Arqueología Americana, en Toronto en 1987. Doy mis agradecimientos a sus organizadores, Patricia J. Netherly y Karen E. Stothert,

por la invitación a participar, por lo tanto dándome el entusiasmo para la preparación de este capítulo. El trabajo de campo en Ecuador, llevado a cabo entre 1972 y 1976, y nuevamente en 1989, fue auspiciado por el Instituto Otavaleño de Antropología; en el último año, a través de José Echeverría. El financiamiento fue provisto a través de donaciones de la Universidad de Nuevo México (1972), Sigma Xi (1976), Wenner-Gren (1976), Instituto Internacional de Investigación Arqueológica, Inc. (1989). El manuscrito fue considerablemente mejorado como resultado de los comentarios hechos por Rosalind Hunter-Anderson. Estoy muy agradecido por el apoyo y asistencia de aquellos individuos e instituciones.

NOTAS

- 1 El término Cara es aparentemente un producto de estudios históricos que han llegado a ser de uso común. De acuerdo con Caillavet (1983: 4), fue "creado" por el Padre Juan de Velasco, quien publicó a fines del siglo XVIII una historia de un supuesto imperio preincaico cuyo centro fue Quito. Esta histo-

ria se basó en gran parte en cuentos legendarios y orales históricos (ver Salomon 1986: 12). El real nombre étnico, si lo hay, por las últimas gentes prehistóricas habitantes del norte de la provincia del Pichincha y de la provincia de Imbabura es desconocido. Las fuentes documentales más tempranas se refieren solamente a organizaciones con jefes de diversos nombres (p. ej.: Caranqui, Otavalo, Cayambe, Cochasquí, etc.) y no especifica una entidad étnica regional. En el presente estudio se utiliza el término Cara en referencia a la información derivada de fuentes históricas. La información arqueológica para la última cultura prehistórica de esta área —ciertamente los restos de los históricamente descritos Caracae dentro del término "Período Tardío" (Athens 1978a, 1980).

- 2 La presencia de los Pastos en el valle del Chota está documentada por Borja (1897[1582]: 134), quien indica que ellos llegaron a ser como residentes nativos en el curso de su trabajo en las fincas de coca. El describe que,

Siempre hay en cualquier momento en este pueblo de *Pimampiro* y en el dicho valle de Coangue [Chota] más de trescientos indios afuereños de *Otavalo* y *Coangue* y de *Latacunga* y *Sigchos* y de otras tierras más distantes de esta, que vienen con el propósito de *coca* a tratar con estos [indios]. También hay allí más de doscientos *indios Pastos*, que vienen para el mismo co-

- mercio. Hay ochenta indios *Pastos*, que son como nativos, estos son *camayos*, esto es, que son como guardianes de los campos de coca, y que ellos permanecen con estos nativos, porque les dan tierras en que sembrar; y de esta manera están ahora como nativos.
- 3 Jijón y Caamaño (1951: 79) escribe lo siguiente con respecto a la distribución sur de los montículos de tierra y los toponimios Cara:
- ...no hay “tolas” [montículos de tierra] de Pomasqui hacia el sur, y el Valle de los Chillos, el último esta cerca de Sangolquí, estos [montículos de tierra], comunes en el Quinche, son muy raros en Tumbaco y Cumbayá, los apellidos y nombres geográficos del tipo Caranqui están mezclados con aquellos del tipo Pazaleo, disminuyendo en la misma proporción que las “tolas”. Todo indica un avance reciente de los Caranquis [Cara], acercándose a Quito, pero no alcanzándolo.
- 4 De acuerdo a Jijón y Caamaño (1951: 93), durante el período temprano anterior, los Panzaleos se expandieron hacia el norte del Ecuador, ocupando un área mucho más larga que aquella descrita por su grupo cultural durante el siglo XVI. Al momento de la conquista incaica, los Cayapas estaban todavía en proceso de reconquista de sus nativos valles de montaña al
- norte del Ecuador, trayendo con ellos el conocimiento de la construcción de montículos que habían aprendido durante su éxodo a las áreas costeras bajas (Jijón y Caamaño 1951: 94).
- 5 Belalcazar, escribiendo en 1547, pero posiblemente refiriéndose al año de su conquista en 1534, informó que el cacique (jefe general) de Otavalo tenía entre 1500 a 2000 indios (1936 [1549]: 356). Si estos se consideran solamente como los indios que tributaban, y si se aplica un factor de ajuste de población de 4.7 (ambos puntos son sugeridos por Larraín Barros 1980: 122 en un estudio detallado de los datos), entonces la población de la jefatura de Otavalo estaría entre los 7.050 y 9.400 personas. Aunque quizá fortuito, es interesante que este estimado coincida tan precisamente con el estimado derivado de las jefaturas individuales basadas en la cifra total de Knapp de 155.000 personas para la región. Sin embargo, el uso de la cifra de población de Belalcázar asume que hubo poco o ningún cambio en la población como resultado de la conquista incaica.
- 6 La fecha de terminación de 1525 es una estimación basada en documentos históricos. La construcción administrativa Inca en la región Cara fue mínima, limitada a Caranqui (Athens 1978a: 217) y Quinche (Jijón y Caamaño 1914: 71-81). Esto sugiere una presencia muy breve. Hyams Ordish (1963: 119) consideran que fue probablemente en 1513 que los incas co-

menzaron su esfuerzo final para incorporar al Ecuador septentrional. Suponiendo un conflicto prolongado –cuya evidencia son la construcción de numerosos *pucará*s en lo alto de la montaña o fuertes militares en la región de los Caras (Athens 1978a: 111; Plaza Schuller 1976, 1977)– la fecha de terminación de la ocupación preincaica de los Caras para 1525 parece razonable.

7 Gondard y López (1983) han terminado recientemente un estudio intensivo de fotografías aéreas, localizando todas las formaciones arqueológicas visibles en el norte del Ecuador. Desafortunadamente, hicieron muy poco de verificación en el campo de sus localizaciones de sitios por aerofotogrametría, un factor que más bien ha resultado en algunas equivocaciones de identificación y quizá la sobredimensión del número de sitios. Sin embargo, su trabajo, que incluye un excelente análisis de la arqueología del norte del Ecuador, es extremadamente valiosa por su método sistemático y el buen dibujo de mapas, dando una excelente base para futuros estudios.

8 En relación con la extensión sur de los montículos (no necesariamente sólo los relativos al Período Tardío) Jijón y Caamaño (1914: 300) escribe:

Al sur puede afirmarse que no existen tolas [montículos de tierra] en la planicie sur de Guayllabamba. No existen tampoco en los valles de Pomasqui, Quito y Chillo, y en-

tendemos que no son muy comunes en Tumbaco (1) en cuya parte occidental creemos que se carece absolutamente de ellos, se nos ha asegurado que existen en Niebli, Nono y otros pueblos localizados al sur del cañon del Guayllabamba, pero no en las faldas de las montañas, hacia la costa...

(1) El límite de las tolas en el Valle de Tumbaco es muy difícil de determinar; son numerosas en el Quinche, existen en Pifo y no se las ha visto ni en Tumbaco o Cumbayá; quizá la frontera, para esta área, es el profundo lecho del Río Chiche.

Gondard y López (1983: 98-103) hacen un detallado análisis de la distribución de los montículos de tierra para toda el área excepto la del límite sur. Sin embargo, igual que Jijón y Caamaño, no pueden dar ninguna indicación de la localización temporal de los montículos. Sus conclusiones sobre la distribución son similares a las de Athens (1978a, 1980).

9 El esfuerzo de trabajo que puede haberse requerido para la construcción de los montículos fue calculada para Paila-tola del sitio Im-4 (Athens y Osborn 1974: 10-11). El sitio está localizado dentro y alrededor del pueblo de Atuntaqui. Paila-tola, una estructura cuadrilátera, mide 80 m. de base, 50 m. en la parte superior, 22 m. de altura, y tiene una rampa de 120 m. de largo y 25 m. de ancho en la base (Jijón y

Caamaño, 1914: 294). Hay una depresión de 40 m. de diámetro en la parte alta. De acuerdo con Athens y Osborn, "Cien hombres acarreando 3.17 m. cúbicos cada uno, de una distancia de 50 metros, requeriría 330.6 hombres-día para construir el montículo (1974: 10). Hay razón para creer que esta es una estimación conservadora.

10 Las mediciones de Gondard y López (1983: 145-165) varían considerablemente de aquellas de Athens. Para los sitios de Paquiestancia y Cayambe (las cifras de sus sitios [P-088, P-095, P-106, P-108]), ellos registran un área total de 12.71 km². Para el sitio de San Rafael (su número de sitio, I-097), ellos registran un área total de 4.75 km². La mayoría de sus otros sitios son mucho más pequeños (ver también Knapp 1984: 250). Batchelor (1980) da más información del estudio de campo del sitio de Cayambe.

11 Información adicional sobre sitios de terrazas se da en Gondard y López (1983: 135-144). Para la Provincia de Imbabura y el norte de la Provincia de Pichincha ellos hacen una lista de 28 sitios con un área de 17.28 km². Casi la mitad del área total en terrazas es una serie de sitios localizados a 17 km al oeste de Otavalo sobre las faldas occidentales de la cordillera.

12 Jijón y Caamaño (1920: 113) escribe que:

En Urcuquí hay un canal de mucha antigüedad. El pueblo

de El Quinche posee uno, construido, parece, por los Incas, y [el pueblo] de Pimampiro [tiene] tres, que se originan en el cañon cerca de Chapi, que toma sus aguas del Chota [Río] (Borja 1897: 130) y otro que estaba en ruinas y fue restaurado por un Clérigo Agradecido (Ordóñez de Cevallos 1614: 225).

También hay una referencia a un "gran canal antiguo" que se origina en las vertientes en Carangue, que fue hecho en una reunión del Cabildo en Ibarra en 1607 (Garcés G. 1937: 59-61).

13 La cerámica Pillaro y Cosanga son sorprendentemente similares en términos de la forma de los vasos y su construcción de paredes muy delgadas. Sin embargo, en base a la experiencia del autor con la cerámica Pillaro y Cosanga en los altiplanos del centro y norte, los dos tipos pueden ser claramente distinguidos: cerámica Pillaro, tratados en estudios anteriores con el nombre de Panzaleo (Jijón y Caamaño 1951: 209-211), tiene predominantemente una pasta exterior naranja, mientras que la Cosanga tiene un color crema. Este último también tiene un desgrasante de arena volcánica gruesa, mientras que el primero tiene un desgrasante micáceo. Un registro estratigráfico de cerámica Cosanga importada se encuentra en el sitio La Chimba, situado a 3.180 m, cerca de la Cordillera Oriental al límite oriental de la región Cara (identificado como Pi-1 en la Figura 2). Las fechas por

radiocarbono de los depósitos indican que la cerámica Cosanga comenzó a aparecer cerca de los 700 a.C. y duró hasta cerca del 300 d.C. (edades basadas en 10 fechas radiocarbónicas inéditas y una publicada – ver Athens 1990; se esperan más fechas para una cronología más detallada). Antes de cerca de 100 a. C. su frecuencia fue relativamente baja, para aumentar considerablemente y para decaer solamente después de cerca de 100 d.C. (ver gráfico de densidad, Athens 1990: 67). Estas fechas son comparables a las fechas de 420 a.C. y 600 a. C. señaladas por Porras (1975: 15) y 1987: 240 respectivamente) para el inicio de la Fase Cosanga, y 600 o 700 d.C. para su terminación de la fase de tierras bajas y comienzo de la “migración intensa” hacia las tierras altas (Porras 1975: 151 y Porras y Piana 1975: 241, respectivamente). Porras y Piana (1975: 242) anotan que casi el 80% de la cerámica Píllaro en los museos y colecciones ecuatorianas proviene del área de Píllaro al noreste de Ambato, vecindad de la cual este autor cree puede haber sido el origen de esta cerámica. Porras (1975, mapa no numerado entre las páginas 152 y 153; 1987: 204) por otro lado, cree que los migrantes Cosanga establecieron sus asentamientos de tierras altas en un área muy amplia desde tan al sur como Riobamba hasta Carchi en el norte del Ecuador.

Las excavaciones y fechas por radiocarbono del sitio de Socapamba en la región Cara indica la presencia de cerámica del tipo Píllaro en

el área de las tierras altas alrededor de 700 y 800 d.C., y continúa estando presente a lo largo del Período Tardío (Athens 1978a, 1980). Durante el Período Tardío es seguro que los exteriores de los vasos tienen pintura.

Es quizá innecesario señalar que estudios detallados y bien documentados en las áreas Cosanga y Píllaro sería lo más conveniente para determinar la naturaleza y relación de estas dos variantes de cerámica, así como sus contextos geográficos y culturales.

- 14 Meyers (1975: 107) también informa sobre la presencia de cerámica de estilo inca en Cochasquí en los depósitos arqueológicos superiores. El no está seguro si esta cerámica es importada o es una imitación local. No se menciona la cantidad exacta.
- 15 Gondard y López (1983: 79) han localizado lo que creen son posibles sitios de bohío en la provincia de Imbabura, como resultado de sus estudios de fotografía aérea. Ellos describen esos sitios como generalmente dispersos con un sólo bohío en cada sitio. Esto contrasta con los sitios encontrados en la Provincia del Carchi, donde numerosos bohíos frecuentemente están agrupados. Ellos también anotan que la identificación a estos sitios en la Provincia de Imbabura fue difícil debido a las pequeñas diferencias en contraste entre las estructuras putativamente arqueológicas y los terrenos alrededor en las fotografías aéreas. Como ellos di-

cen, una verificación de campo de estos sitios en Imbabura se hace necesaria.

REFERENCIAS

- Acosta-Solís, M., 1968, *Divisiones Fitogeográficas y Formaciones Geobotánicas del Ecuador*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Aguilar, F. de, 1897, Relación fecha por mí, Fray Geronimo de Aguilar, de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, redención de cautivos, de la doctrina y pueblo de Caguasquí y Quilca, que doctrino y tengo a mi cargo, en cumplimiento de lo que por S. M. se me manda y en su nombre el muy illustre señor licenciado Francisco de Auncibay, Oidor en La Real Audiencia de Quito [1582]. In *Relaciones Geográficas de Indias* (tomo III) (ed. Jiménez de la Espada). Tipografía de los Hijos de M. C. Hernández, Madrid, pp. 124–127.
- Asaro, F., H. Michel, and R. Burger, 1981a, *Chemical Source Groups in Ecuadorian Obsidian*. Lawrence Berkeley Laboratory Preprint No. LBL-13247. Technical Information Department, Lawrence Berkeley Laboratory, University of California, Berkeley.
- Asaro, F., H. Michel, and R. Burger, 1981b, *Major Sources of Ecuadorian Archaeological Obsidian and Provenience Assignment of Artifacts*. Lawrence Berkeley Laboratory Preprint No. LBL-13246. Technical Information Department, Lawrence Berkeley Laboratory, University of California, Berkeley.
- Athens, J., 1978a, *Evolutionary Process in Complex Societies and the Late Period-Cara Occupation of Northern Highland Ecuador*. Doctoral dissertation, Department of Anthropology, University of New Mexico. University Microfilms, Ann Arbor.
- Athens, J., 1978b, Formative Period Occupations in the Highlands of Ecuador: A Comment on Myers. *American Antiquity* 43:493–496.
- Athens, J., 1980, *El Proceso Evolutivo en las Sociedades Complejas y la Ocupación del Periodo Tardío-Cara en los Andes Septentrionales del Ecuador*. Colección Pendoneros, No. 2. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Athens, J., 1988, *Competition and Hierarchical Social Organization: The Adaptive Imperative of Evolutionary Ecology*. Paper presented at the 12th International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences, Zagreb.
- Athens, J., 1990, *Prehistoric Agricultural Expansion and Population Growth in Northern Highland Ecuador: Interim Report for 1989 Fieldwork*. Report prepared for Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Ecuador. International Archaeological Research Institute, Inc., Honolulu.
- Athens, J., and A. Osborn, 1974, *Archaeological Investigations in the Highlands of Northern Ecuador*. Breviarios de Cultura, No. 1. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Barrett, S., 1925, *The Cayapa Indians of Ecuador*. Vols. 1 and 2. Museum of the American Indian, New York.
- Barth, F., 1969, Introduction. In *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Culture Difference* (ed. F. Barth). Little, Brown, Boston, pp. 9–38.
- Basile, D., 1974, *Tillers of the Andes: Farmers and Farming in the Quito Basin*. Studies in Geography, No. 8. Department of Geography, University of North Carolina at Chapel Hill, Chapel Hill.
- Batchelor, B., 1980, Los Camellones de Cayambe en la Sierra de Ecuador. *América Indígena* 40:671–689.

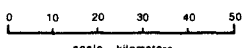
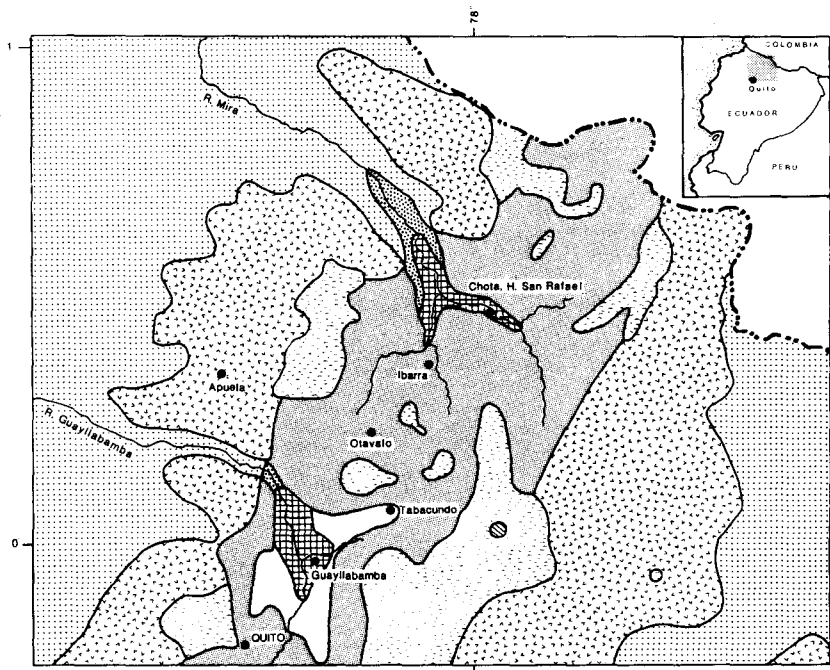
- Belalcázar, S. de, 1936, *Colección de Documentos Inéditos Relativos al Adelantado Capitán don Sebastián de Benalcázar, 1535-1565*. Descifrados y Anotados por Jorge A. Garcés G., Publicaciones del Archivo Municipal, Vol. X. Talleres Tipográficos Municipales, Quito.
- Berenguer, R. J., and J. Echeverría A., 1988, ¿Ocupaciones del Período Formativo en la Sierra Norte del Ecuador?: Un Comentario a Myers y Athens. *Sarance* 12:65-108. Revista del Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Bernárdez, E., 1979, Lingüística de Esmeraldas: Relaciones Sincrónicas y Diacrónicas. *Actes du XLIII Congrés International des Americanistes, Paris, 1976*, Vol. 9A:343-350.
- Borja, P., 1897, Relación en Suma de la Doctrina e Beneficio de Pimampiro y de las Cosas Notables que en ella Hay, de la cual es Beneficiado el P. Antonio Borja [1582]. In *Relaciones Geográficas de Indias* (tomo III) (ed. Jiménez de la Espada). Tipografía de los Hijos de M. C. Hernández, Madrid, pp. 128-136.
- Cabello Valboa, M., 1951, *Miscelánea Antártica: Una Historia del Perú Antiguo [1586]*. Intituto de Ethnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Caillavet, C., 1981, Etnohistoria Ecuatoriana: Nuevos Datos sobre el Otavalo Prehispánico. *Cultura* 5:109-127.
- Caillavet, C., 1983, Toponimia Histórica, Arqueología y Formas Prehispánicas de Agricultura en la Región de Otavalo, Ecuador. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 12:1-21.
- Caillavet, C., 1985, La Adaptación de la Dominación Incaica a las Sociedades Autoctonas de la Frontera Septentrional del Imperio: (Territorio Otavalo-Ecuador). *Revista Andina* 3:403-423.
- Cieza de León, P. de, 1959, *The Incas of Pedro de Cieza de León [1553]*. University of Oklahoma Press, Norman.
- Drennan, R., 1987, Regional Demography in Chiefdoms. In *Chiefdoms in the Americas* (ed. R. Drennan and C. Uribe). University Press of America, New York, pp. 307-323.
- Espinosa Soriano, W., 1988, *Los Cayambes y Carangues: Siglos XV-XVI: El Testimonio de la Etnohistoria* (3 Vols.). Colección Curinan. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Ferdon, E., Jr., 1950, *Studies in Ecuadorian Geography*. Monographs of the School of American Research, No. 15. Santa Fe, New Mexico.
- Francisco, A., 1969, *An Archaeological Sequence from Carchi, Ecuador*. Unpublished doctoral dissertation, Department of Anthropology, University of California, Berkeley.
- Garcés G., J. (ed.), 1937, *Libro Primero de Cabildos de la Villa de San Miguel de Ibarra 1606-1617*. Publicaciones del Archivo Municipal, Vol. 15, Quito.
- Gondard, P., and F. López, 1983, *Inventario Arqueológico Preliminar de los Andes Septentrionales del Ecuador*. Ministerio de Agricultura y Ganadería, Programa Nacional de Regionalización Agraria, and Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer. Banco Central, Quito.
- Greenberg, J., 1987, *Language in the Americas*. Stanford University Press, Stanford.
- Hodder, I., 1979, Economic and Social Stress and Material Culture Patterning. *American Antiquity* 44:446-454.
- Hyams, E., and G. Ordish, 1963, *The Last of the Incas*. Longmans, London.
- Jijón y Caamaño, J., 1914, *Contribución al Conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura*. Blass y Cía, Madrid.
- Jijón y Caamaño, J., 1920, *Nueva Contribución al Conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura de la República del Ecuador*. Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, Vol. IV, Nos. 10-11, Quito.
- Jijón y Caamaño, J., 1951, *Antropología Prehispánica del Ecuador*. La Prensa Católica, Quito.
- Knapp, G., 1984, *Soil, Slope and Water in the Equatorial Andes: A Study of Prehistoric Agricultural Adaptation*. Doctoral dissertation, Department of Geography, University of Wisconsin, Madison. University Microfilms, Ann Arbor.

- Knapp, G., 1987, Riego Precolonial en la Sierra Norte. *Ecuador Debate* 14:17–45. Quito.
- Knapp, G., 1988, *Ecología Cultural Prehispánica del Ecuador*. Biblioteca de Geografía Ecuatoriana 3. Banco Central del Ecuador.
- Knapp, G., and W. Denevan, 1985, The Use of Wetlands in the Prehistoric Economy of the Northern Ecuadorian Highlands. In *Prehistoric Intensive Agriculture in the Tropics* (ed. I. Farrington). BAR International Series 232, Oxford, pp. 185–207.
- Knapp, G., and D. Preston, 1987, Evidence of Prehistoric Ditched Fields on Sloping Land in Northern Highland Ecuador. In *Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region* (ed. W. Denevan, K. Mathewson, and G. Knapp). BAR International Series 359(i), Oxford, pp. 403–423.
- Larrain Barros, H., 1980, *Demografía y Asentamientos Indígenas en la Sierra Norte del Ecuador en el Siglo XVI* (2 Vols.). Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Larrea, C., 1972, *Prehistoria de la Región Andina del Ecuador*. Corporación de Estudios y Publicaciones, Quito.
- Lippi, R., 1986, La Arqueología de los Yumbos: Resultados de Prospecciones en el Pichincha Occidental. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 6:189–207. Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador.
- Lippi, R., 1987, *The Western Pichincha Project: Survey and Excavations in Ecuador's Western Montaña*. Paper presented at the 52nd Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Toronto.
- Loukotka, C., 1968, *Classification of South American Indian Languages*. University of California at Los Angeles. Latin American Center, Los Angeles.
- Mason, J., 1950, The Languages of South American Indians. In *Handbook of South American Indians, Vol. 6* (ed. J. Steward). Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, United States Government Printing Office, Washington, D.C., pp. 157–318.
- Meggers, B., 1966, *Ecuador*. Frederick A. Praeger, New York.
- Meyers, A., 1975, La Cerámica de Cochasquí. In *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador* (ed. U. Oberem). BAS 3, Estudios Americanistas de Bonn, Seminar für Volkerkunde der Universität Bonn, Bonn, pp. 82–113.
- Meyers, A., U. Oberem, J. Wentscher, and W. Wurster, 1975, Dos Pozos Funerarios con Cámara Lateral en Malchinguí (Provincia de Pichincha). In *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador* (ed. U. Oberem). BAS 3, Estudios Americanistas de Bonn, Seminar für Volkerkunde der Universität Bonn, Bonn, pp. 114–129.
- Molestina Zaldumbide, M., 1985, Investigaciones Arqueológicas en la Zona Negativo del Carchi o Capulí. *Cultura* 7:31–82. Revista del Banco Central del Ecuador.
- Murra, J., 1946, The Historic Tribes of Ecuador. In *Handbook of South American Indians* (ed. J. Steward). Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, United States Government Printing Office, Washington, D.C., pp. 785–821.
- Murra, J., 1972, El 'Control Vertical' de un Máximo de pisos Ecológicos en la Economía de las Sociedades Andinas. In *Vista de la Provincia de León de Huánuco en 1562, Vol. 2* (ed. J. Murra). Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Huánuco, pp. 429–476.
- Netherly, P., 1984, The Management of Late Andean Irrigation Systems on the North Coast of Peru. *American Antiquity* 49:227–254.
- Oberem, U., 1969, Informe Provisional sobre Algunas Características Arquitectónicas de las Pirámides de Cochasquí, Ecuador. *Verhandlungen des 38th Internationalen Amerikongresses*, Band 1:317–322.
- Oberem, U., 1970, Montículos Funerarios con Pozo en Cochasquí. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 53:243–249.









- Oberem, U., 1975, Informe de Trabajo sobre las Excavaciones de 1964/1965 en Cochasquí, Ecuador. In *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador* (ed. U. Oberem). BAS 3, Estudios Americanistas de Bonn, Seminar für Volkerkunde der Universität Bonn, Bonn, pp. 70–79.
- Oberem, U. (compiler), 1981, *Cochasquí: Estudios Arqueológicos* (3 Vols.). Colección Pendeneros. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Oberem, U., 1982, Algunos Hallazgos Arqueológicos de la Sierra Ecuatoriana, Indicios de Posibles Relaciones con Mesoamérica. In *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano* (ed. J. Marcos and P. Norton). Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), Guayaquil, pp. 341–345.
- Ordóñez de Cevallos, P., 1614, *Historia y Viaje del Mundo*. Madrid.
- Paz Ponce de León, S. de, 1897, Relación y Descripción de los Pueblos del Partido de Otavalo [1582]. In *Relaciones Geográficas de Indias* (tomo III) (ed. Jiménez de la Espada). Tipografía de los Hijos de M. C. Hernández, Madrid, pp. 105–120.
- Pérez T., A., 1960, *Quitús y Caras*. Llaeta No. 10. Talleres Gráficos Nacionales, Quito.
- Plaza Schuller, F., 1976, *La Incursión Inca en el Septentrión Andino Ecuatoriano: Antecedentes Arqueológicos de la Convulsiva Situación de Contacto Cultural*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Plaza Schuller, F., 1977, *El Complejo de Fortalezas de Pambamarca: Contribución al Estudio de la Arquitectura Militar Prehispánica en la Sierra Norte del Ecuador*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Porras, G., P. I., 1975, *Fase Cosanga*. Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Porras, G., P. I., 1987, *Nuestro Ayer: Manual de Arqueología Ecuatoriana*. Centro de Investigaciones Arqueológicas. Quito.
- Porras, G., P. I., and L. Piana Bruno, 1975, *Ecuador Prehistórico*. Imprenta y Ediciones Lexigrama, Quito.
- PRONAREG-ORSTOM (Programa Nacional de Regionalización Agraria—Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer), 1978, *Ecuador: Mapa Ecológico*. Map (1:1,000,000). Quito.
- PRONAREG-ORSTOM (Programa Nacional de Regionalización Agraria—Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer), 1979a, *Mapas de Suelos por Regionalización*. Centre des Antilles-Bureau des Sols, Martinique and Quito.
- PRONAREG-ORSTOM (Programa Nacional de Regionalización Agraria—Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer), 1979b, *Isoyetas Medias Anuales e Histogramas Mensuales: Período 1964–1973*. Map (1:1,000,000). Quito.
- Renfrew, C., 1976, Megaliths, Territories and Populations. In *Acculturation and Continuity in Atlantic Europe* (ed. J. de Laet). De Tempel, Brugge, pp. 198–220.
- Salazar, E., 1985, Investigaciones Arqueológicas en Mullumica (Provincia del Pichincha). *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 5:129–160. Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador.
- Salomon, F., 1986, *Native Lords of Quito in the Age of the Incas: The Political Economy of North Andean Chiefdoms*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Salomon, F., and S. Grosboll, 1986, Names and Peoples in Incaic Quito: Retrieving Undocumented Historic Processes Through Anthroponymy and Statistics. *American Anthropologist* 88:387–399.
- Sampedro, V., F., 1975–1976, *Atlas Geográfico del Ecuador*. Offsetec, Quito.
- Stark, L., 1983, Las Lenguas Indígenas de las Tierras Bajas de Ecuador: Historia y Condiciones Actuales. *América Indígena* 43:797–821.

- Terán, F., 1972, *Geografía del Ecuador* (8th ed.). CYMA, Quito.
- Tolstoy, P., 1987, *An Archaeological Sequence for the Santiago-Cayapas River Basin, Esmeraldas, Ecuador*. Paper presented at the 52nd Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Toronto.
- Troll, C., 1968, The Cordilleras of the Tropical Americas: Aspects of Climatic, Phytogeographical and Agrarian Ecology. In *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas* (Colloquium Geographicum Band 9). Ferd. Dummlers Verlag, Bonn, pp. 13-56.
- Uhle, M., 1926, Excavaciones Arqueológicas en la Región de Cumbayá. *Anales de la Universidad Central* 37:5-37.
- Uhle, M., 1939, Las Ruinas de Cochasquí. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 18:5-14.
- Wernstedt, F., 1961, *World Climatic Data: Vol. 2. Latin America and the Caribbean*. Edwards Brothers, Ann Arbor.

CLIMATIC MAP OF NORTHERN ECUADOR



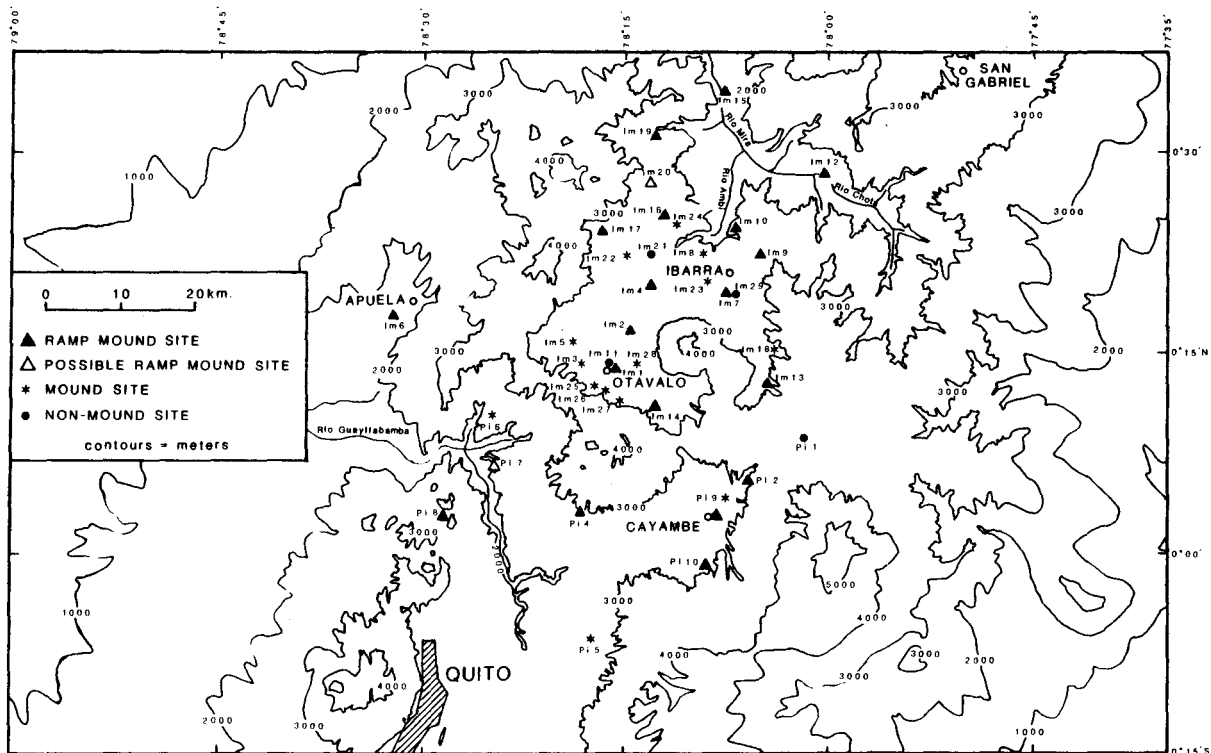
(after Ferdon 1950)

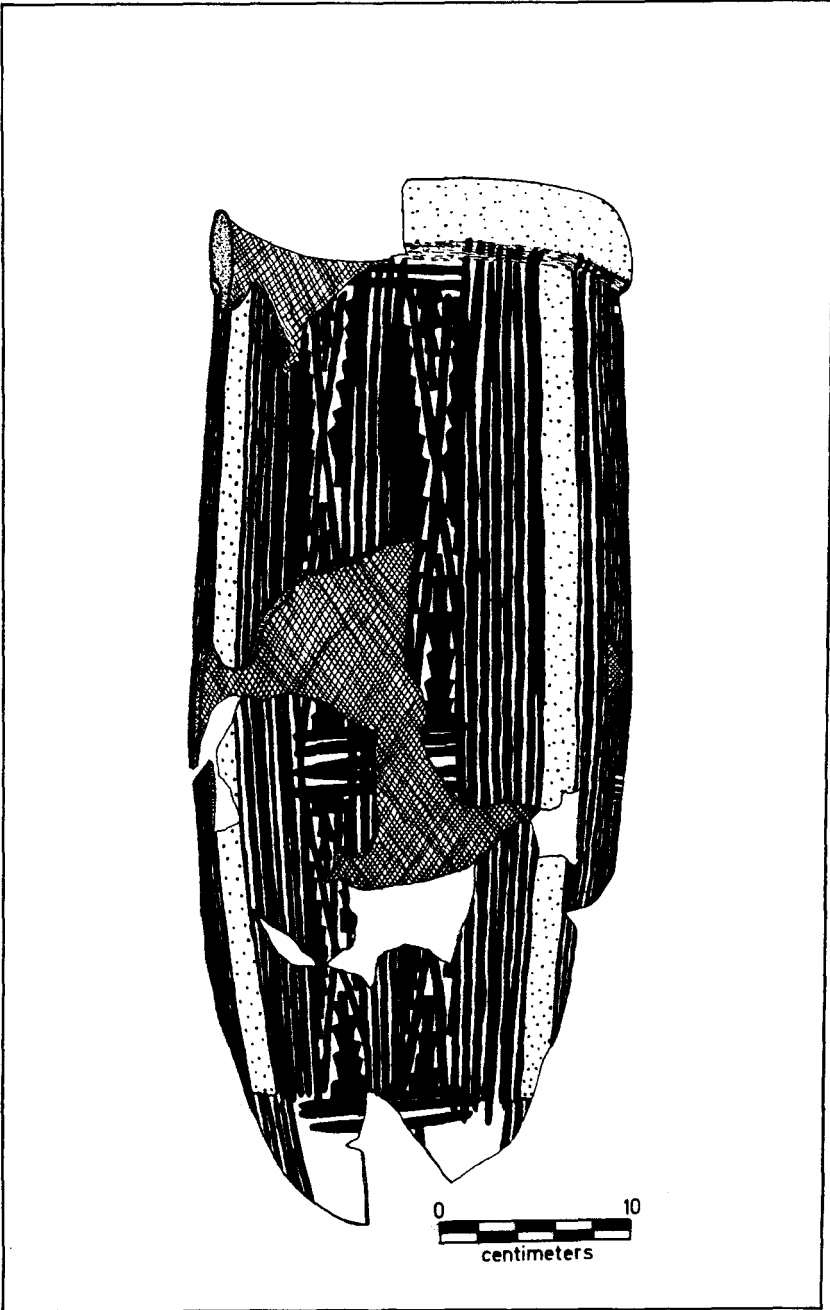
- | | |
|---|--|
|  Ati - tropical rainforest |  Cfb - cont. moist mesothermal |
|  AwI - tropical savanna |  CwbI - wet and dry mesothermal |
|  BSh - hot steppe |  ETi - paramo grassland |
|  BSk - cold steppe |  EF - perpetual snow |

Köppen classification

ARCHAEOLOGICAL SITES

PICHINCHA (Pi) AND IMBABURA (Im) PROVINCES, ECUADOR







Levantamiento de texto, diagramación e
impresión: Talleres Gráficos ABYA-YALA
Teléfono: 361-233
Cayambe - Ecuador